





Biblioteca de Pedagogía Moderna

—o—

Primera Serie

J. Philippe y G. Paul-Boncour. **Anomalías mentales en los escolares.**

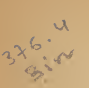
Alfred Binet y Th. Simón. **Niños anormales.**

J. Philippe y G. Paul-Boncour. **Educación de anormales.**



Oportunamente se anunciarán los títulos de la Segunda Serie.

NIÑOS ANORMALES



Niños anormales

Guía para admisión de Niños Anormales
en clases de Perfeccionamiento

por

Alfred Binet y Dr. Th. Simon

Prefacio de León Bourgeois, Senador

■■■

Traducción

de

VICENTE PINEDO

Director de Escuela Nacional Graduada en Barcelona

¿QUÉ SE ENTIENDE POR NIÑO ANORMAL?
ATRASADO E INESTABLE.
MISIÓN DEL MAESTRO, DEL INSPECTOR PRIMARIO
Y DEL MÉDICO.
RENDIMIENTO ESCOLAR Y RENDIMIENTO SOCIAL
DE ESCUELAS DE ANORMALES, ETC.

1917
LIBRERIA Y TIPOGRAFIA MÉDICAS M. ROIG
C. CIENTO, 331 Y ARAGÓN, 234
BARCELONA





Carta - Prólogo a M. Alfredo Binet

Mi estimado Colega,

Le ha parecido bien pedirme que presente al público este librito sobre niños anormales. La notoriedad de vuestro nombre y la competencia que habéis adquirido en anteriores estudios sobre dicha materia, dispensan que se os apadrine; pero ya que Vd. recuerda los trabajos de la Comisión interministerial, a los que tuve el honor de asociarme como presidente, aprovecho gustoso la ocasión que se me ofrece para señalar los servicios prestados por esta Comisión y la parte que Vd. tomara en sus debates.

Hasta los últimos años, mientras en el extranjero, encuestas metódicas e inteligentes experimentos hacían gradualmente avanzar la cuestión de anormales, Francia, que

hubo de tomar antaño la iniciativa generosa de este movimiento, permanecía estacionaria, y las excitaciones dirigidas a la opinión por tantísimo congreso filantrópico y científico despertaban sólo débil eco en las esferas oficiales. Con todo, siempre aparecía mucho más apremiante la obligación del Estado en cumplir su íntegro deber para con los desheredados de la naturaleza: ciegos, sordomudos, degenerados, atrasados, inestables. ¡Cuán triste considerar, por ejemplo, que niños a quienes lisia, originaria o adquirida, hacía la instrucción más valiosa y necesaria, eran precisamente aquellos que se veían excluídos del beneficio de las leyes escolares!

En fin, el año 1904, con el informe de M. Marcel Charlot, inspector general de Enseñanza primaria, el ministro de Instrucción pública, que encontraba en el Presidente del Consejo, ministro de Interior (1), inmejorables disposiciones, confiaba a un grupo de educadores, médicos, sabios y representantes de los negociados interesados, el estudio de las condiciones en qué debía proveerse a la educación de niños anormales. La labor era compleja: tratábase de determinar en qué caracteres se distinguen las diversas formas y grados de anomalía—de establecer, por encuesta general, el número aproximado de niños anormales—de precisar tipos de escuelas especiales cuya creación se impusiera—de determinar, cuando menos a grandes rasgos, los procedimientos pedagógicos que debieran emplearse—

(1) En España, « de Gobernación ». *N. T.*

estudiar la formación de nuevo personal—de buscar reparto equitativo, entre Estado, provincias y ciudades, de los gastos necesarios, etc.

No acierto a encarecer la profunda impresión que me dejara el recuerdo de los diez meses durante los cuales mis colegas, multiplicando sesiones de la comisión plenaria y de las sub-comisiones técnicas, visitas a los principales establecimientos de anormales, consultas, exámenes de expedientes, dilucidaban cada día un punto del problema, y apresuraban el momento en que las soluciones por ellos facilitadas traduciríanse en articulado de leyes y reglamentos.

Una disposición de la ley de presupuestos de 1906, proyecto de ley preparado por el ministro de Instrucción pública y cuya presentación al Congreso es inminente, son los primeros resultados de los trabajos de nuestra Comisión y de la provechosa agitación que suscitara en espíritus y conciencias. Ya la ciudad de París ha instituído varias «clases de perfeccionamiento» que tuve el gusto de visitar últimamente con Vd. Se irá más adelante; el deber de justicia respecto de estos desgraciados, que la naturaleza armó tan mal para la vida, no ha encontrado todavía fórmula a la par bastante amplia y precisa. Pero cuando se le comprenda y se aplique en toda su extensión, no se olvidará a los que supieron plantear con claridad la cuestión e inquirir método científico para resolverla prácticamenre. Entre ellos, mi estimado colega, tenga la seguridad de que Vd. ha de figurar honrosamente. La súplica que

la Comisión os hiciera de componer este librito, es prueba de la mucha estima en que os tiene; la manera como ha cumplido Vd. la encomienda justifica su confianza en la rectitud y penetración de vuestras miras.

LEÓN BOURGEOIS.

Mayo 1907.



Indice de Materias

CAPÍTULO I

ALGUNAS PALABRAS DE EXORDIO

CAPÍTULO II

ALGUNOS RASGOS DE LA PSICOLOGIA DE ANORMALES

CAPÍTULO III

EXAMEN PEDAGÓGICO DE ANORMALES DE ESCUELA

CAPÍTULO IV

EXAMEN MÉDICO DE ANORMALES

CAPÍTULO V

RENDIMIENTO ESCOLAR Y SOCIAL

DE LAS ESCUELAS Y CLASES DE ANORMALES





NIÑOS ANORMALES

CAPITULO I

ALGUNAS PALABRAS DE EXORDIO

Preocupaciones sociales de nuestros tiempos.—Entre las cuestiones puestas a la orden del día, las más discutidas y cuyo enunciado atrae más la atención de todos, han de ponerse en primer término las cuestiones sociales. La generosa filantropía de los siglos pasados se nos figura hoy día algún tanto caduca, y substituimos esta virtud de lujo por la idea por demás fecunda de que estamos todos obligados, por mero deber y en virtud de la constitución misma de la sociedad, a ocuparnos en la suerte reservada a la masa de nuestros conciudadanos y, en particular, a los menos afortunados. Este deber no se

funda solamente en exigencias de sentimiento humanitario; es asimismo dictado por nuestro interés personal más perentorio, puesto que, si en cierto plazo, no se diera satisfacción a lo que tienen de legítimo las reivindicaciones de las nueve décimas partes de la sociedad, que actualmente trabajan por salarios poco acordes con sus esfuerzos y necesidades, ya se vislumbra que revolución violenta, donde poco podrían ganar quienes poseen, revolvería de arriba a abajo la organización actual de la Sociedad.

Por consecuencia, los espíritus que hasta ahora más se habían separado del movimiento social, pónense en contacto con la realidad. Es hecho singular ver como los sabios que, ha cincuenta años, no salían de su laboratorio, tienden a mezclarse en la vida real. A pesar de la diversidad de móviles que empujan a unos y otros, manifiéstase aquí un hecho general innegable. La ciencia pura y desinteresada conserva sus adeptos; pero crece el número de aquellos que buscan en la ciencia aplicaciones prácticas y útiles: o, mejor, piensan menos en la ciencia que en la Sociedad; los sabios procuran estudiar los fenómenos sociales dirigibles y ofrecer a los hombres de acción, casi siempre empíricos, el tesoro de los métodos más exactos.

Innumerables ejemplos de esta intervención de la ciencia en la vida cotidiana podrían citarse. Vése, por una parte, fisiólogos — Imbert, por ejemplo — que se dedican a estudiar fenómenos de trabajo muscular y alimentación en obreros de diferentes profesiones, y que inquieren si

aumento de salario y disminución de horas de trabajo, que reclaman incansablemente los obreros, se justifican por la fisiología; aproxímase el día en que tales nociones científicas, que se aquilatan y divulgan, desempeñarán su papel en las ásperas discusiones de sindicatos obreros y patronales.

Otro ejemplo de índole diferente, pero de preocupación idéntica: los psicólogos estudian el valor de juicios y testimonios, imaginan métodos para alcanzar mejor el conocimiento de la verdad y preocúpanse de las reformas que debiera introducirse en la organización de justicia. Movimiento importante en tal sentido, iniciado primero en Francia, se prosigue en Alemania con amplitud (Binet Stern y discípulos, Claparède, Larguier, etc.)

En fin, último ejemplo que citaremos, y el más sorprendente de todos: el interés creciente con que los médicos vigilan la educación de los jóvenes, sea en la primera infancia, sea en la segunda: es la *puericultura*, son todas las instituciones destinadas a observar, proteger, socorrer a madre y criatura; es la *Cartilla sanitaria de los escolares*, que permitirá al médico cuidar y curar enfermedades, prevenir recargo de trabajo de los niños en la escuela; son, en fin, todas las reformas recién instauradas relativas a mejor higiene, mejor *educación física;* son también trabajos que se preparan por todas partes un poco, en Alemania, América, Italia, Francia (Laboratorio de psicología de la Sorbona y Sociedad para el estudio del niño), con el propósito de conocer las aptitudes de cada

uno y practicar, como se ha dicho con alguna presunción, la *enseñanza a medida.*

Instrucción de anormales. — Este movimiento, del que sólo vemos los comienzos, y que logrará, como es de esperar, el mejoramiento de la suerte de los más, se prosigue hoy con la *educación de anormales.* Es problema que se ha removido teóricamente mucho tiempo, sin resultados. Este problema entra hoy en nueva fase y, seguramente se resolverá.

Sin entretenernos en exponer historial, que sería sólo estudio de lo que se hizo en el extranjero respecto de anormales, vamos a decir donde estamos.

Ha sido en Francia donde los alienistas se ocuparon por vez primera de los niños conocidos con los diferentes nombres de anormales, atrasados, idiotas, débiles, inestables, etc. Esquirol formuló la distinción capital entre idiota y demente; y después de éste muchos otros alienistas, particularmente Itard, Falret, Voisin, describieron los principales síntomas de idiotez o se dedicaron a demostrar como puede mejorarse. Un maestro de anormales, que ha dejado nombre estimado, Séguin, mostró experimentalmente que puede llegarse, con mucha paciencia e ingenio, a elevar inteligencia y moral de algunos de estos desgraciados niños (1). En fin, más cerca de nosotros, Bourneville,

(1) Es usual citar con respeto los nombres de los precursores, y Séguin se halla con justicia en esta especie de galeria de antepasados. Pero no ha de considerarse de muy cerca la obra de Séguin. Los que la encomian, seguramente no la han leido... Séguin nos produce el efecto de un empirico, dotado de gran talento personal que no consiguió

médico bien conocido en Bicêtre, después de haber organizado el servicio más completo de idiotas que existe en Francia, solicitó de los poderes públicos, con infatigable tenacidad, que se crearan en las escuelas públicas clases especiales para la instrucción de niños anormales. Esta petición fué presentada por gran número de médicos y filántropos a consejos municipales, consejos generales (1), sociedades científicas, y a cuantos congresos, tan numerosos, de enseñanza y de asistencia como se celebraran en Francia y en el extranjero durante estos últimos veinte años.

Este esfuerzo no surtió efecto alguno; y mientras en la mayoría de países extranjeros existían desde luengo tiempo escuelas y clases de anormales — la primera escuela alemana, la de Dresde, data de 1867, — entre nosotros, los únicos muchachos de este género que recibían cuidados y educación apropiada a su estado eran hijos de ricos; los niños de los pobres seguían asistiendo a escuelas públicas ordinarias.

Sólo a partir de 1904 despertaron los poderes públicos de su indiferencia. El ministro de Instrucción pública, M. Chaumié, nombró una comisión encargada de estudiar,

---

expresar claro y comunicable en sus libros; contienen éstos algunas páginas de buen sentido y muchas obscuridades y, sobre todo, muchos absurdos. Remitimos al curioso lector a su obra principal publicada en 1846 con este titulo: *Tratamiento moral, higiene y educación de idiotas y otros niños atrasados*. Podría hacerse varias objeciones a la obra escrita de los alienistas. Pero, ¿a qué? Diríase de buena gana de tales precursores lo que Ingres a sus discípulos, cuando pasaba, en el Louvre, por la galería de Rubens: «¡Saludad, pero no miréis!»

(1) Diputaciones provinciales y Congreso. *N. T.*



bajo el aspecto escolar, los anormales físicos, intelectuales y morales. Dicha comisión, que presidió M. León Bourgeois con su autorizada competencia e interés vivísimo por las cuestiones de asistencia y solidaridad, esta comisión, decimos, después de haberse reunido muchas veces en 1904 y 1905, redactó, respecto de los niños atrasados e inestables, todo un plan de organización escolar, del que ha nacido un proyecto de ley que incesantemente debe presentar el ministro de Instrucción pública en la secretaría del Congreso.

Algunas definiciones.—¿Qué son pues niños anormales, y por qué deben los poderes públicos interesarse en su educación? Han de hacerse aquí distingos, para que se nos comprenda bien.

El lenguaje médico aplica el término de *anormal* a todo individuo que se aparta declaradamente de la media lo bastante para constituir anomalía patológica (1). En realidad, los anormales constituyen grupo por completo heterogéneo de niños; su rasgo común, verdadero carácter negativo, es que, por su organización física e intelectual, estos seres se vuelven incapaces de aprovecharse de los métodos ordinarios de instrucción y de educación usadas en escuelas públicas. Los tipos más francos hállanse compuestos de sordo-mudos, ciegos, epilépticos, idiotas, imbéciles, débiles, inestables, etc.

(1) Diremos de paso que anomalía y patología son, sin embargo, cosas muy distintas; las variaciones del individuo con respecto a su especie son únicamente patológicas cuando afectan su salud o la de su prole; muchas variaciones son provechosas, otras varias, insignificantes.

Hagamos en seguida algunas eliminaciones. Hay en estas listas niños cuya suerte nos interesa menos que la de otros, porque el Estado subviene hasta cierto punto sus necesidades; son en primer lugar los ciegos y los sordo-mudos; siempre, se ha observado que no son estos niños como los demás, y que no puede instruírselos por métodos comunes; el ciego no aprende a leer en libro donde los caracteres carezcan de relieve, y el sordo-mudo permanece ajeno a toda lección oral. La necesidad de educación especial para estas dos categorías de anormales imponíase, pues, y, hoy, aproximadamente cinco mil, reciben cuidados y educación profesional en establecimientos del Estado y en escuelas particulares, cuya mayoría es congregacionista. No nos ocuparemos de estos aquí, a pesar del interés que ofrecen. No averiguaremos, aunque fuera muy tentador, si los métodos que se les aplica podrían mejorarse. Se ha de simplificar las cuestiones, cuando se desea algo práctico.

Eliminaremos también aquí los idiotas más gravemente aquejados, que exigen tratamiento médico continuo, o que son educables en cantidad mínima; estos individuos se acogen en hospitales, hospicios y asilos. Cuando se ha eliminado estas dos categorías de niños, sordo-mudos, ciegos e idiotas completos, o ineducables, ¿qué queda?

Pues quedan precisamente los niños de quienes la nueva ley ha de ocuparse. Éstos no se encuentran por lo pronto en ninguna escuela especial; siguen asistiendo a establecimientos primarios, cuyas puertas no se les

puede cerrar, ya que se hallan por su edad sometidos a la obligación de escolaridad (1). Pero no aprovechan mucho la enseñanza que se les dá en la escuela, y de ello se lamentan los maestros, con extremada energía. Tales niños, dicen estos últimos, no se parecen nada a la inmensa mayoría de otros alumnos. Gran número de ellos padecen debilidad mental; sin ser por completo negados, no reúnen las necesarias condiciones para utilizar el común trabajo con normales; no comprenden nada, no pueden avanzar; les aprovecha tan poco la asistencia a la escuela que algunos ni siquiera logran asimilarse la instrucción de curso elemental. Muchas veces se inhiben de la clase; y esto para bien, pues se les deja entonces tranquilos en su rincón y se dá clase como si no estuvieran. Pero muchos de ellos son versátiles; tienen carácter irritable, el cuerpo en contínuo movimiento; muéstranse refractarios a disciplina ordinaria. Conviértense en causa perenne de disturbio y molestia para maestro y camaradas. La vigilancia de un solo anormal, dicen a veces los maestros, es más enojosa que la dirección de veinte normales, Vense obligados a descuidar éstos o aquél; y ambas cosas son igualmente enfadosas.

En estas condiciones, ¿qué hacer de tales alumnos reacios al régimen educativo ordinario? Nada más sencillo, diríase de buenas a primeras; que se los mande al hospital. Contamos actualmente en los hospicios de Bicêtre y de

(1) Asistir a los cursos. *N. T.*

la Salpêtrière, en la colonia de Vaucluse, sin mentar las casas de provincias, establecimientos que facilitan tratamiento a la par médico y pedagógico a niños idiotas, imbéciles, débiles, viciosos, epilépticos. ¿No sería posible llevar a tales establecimientos todos los anormales que estorban en escuelas primarias?

No; el ingreso en hospital ni es posible ni deseable; estos niños anormales no se hallan todos lo bastante lisiados para merecer internarlos. Concíbese que tal medida se imponga para idiotas radicales, que ni siquiera saben alimentarse por sí solos. Se dejará igualmente, sin reparo, en asilos, los individuos atacados de trastornos nerviosos muy graves y frecuentes, accidentes convulsivos o desvaríos; sólo aquí pueden recibir tratamiento médico apropiado a su estado. Más necesitan médico que maestro. En cuanto a los otros niños anormales que constituyen la inmensa mayoría, parece que su puesto no se halla en hospital, sino en escuela especial. Poseen inteligencia bastante para asistir a la escuela. Lo que sí probablemente necesitan es instrucción particular adaptada a su especial inteligencia, y esta instrucción no puede serles proporcionada de manera metódica y completa más que en clases lo bastante poco nutridas para permitir enseñanza individual.

De todo ello resulta a la vez definición muy clara de anormales e indicación sencillísima de lo que se les debe. Los niños anormales y atrasados son niños que no son admisibles en escuela ordinaria ni en hospital; parécenle

a la escuela poco normales, no los halla el hospital bastante enfermos. Ha de hacerse para ellos ensayo de escuelas y clases especiales.

Algo de estadística. — Obsérvese bien que tales niños así definidos no constituyen número despreciable; son legión; y puesto que el número es factor que presta su importancia a cada fenómeno social, digamos que la reglamentación de la suerte de estos niños es cuestión social de muchísima gravedad.

Las estadísticas que se han publicado hasta hoy en el extranjero no proporcionan datos tan precisos como fuera de esperar acerca del número de anormales. Unas proceden por cífras en bruto. Oras, valiéndose de mejor método, comparan el número de niños mentalmente defectuosos con el total de población. Hay así mucha incertidumbre sobre la manera de saber cómo los estadistas entendieron el término «anormal». Una encuesta versa solamente sobre niños débiles, que se distinguen apenas de los normales; otra se practicó sobre todos los niños anormales incluso los idiotas profundos, y esto es mucho más amplio; en ciertos casos ignórase como se hizo selección.

Por lo que respecta a Francia, se carecía absolutamente de documentos concretos hasta el año pasado, en que se practicaron dos encuestas, una ordenada por la comisión ministerial, otra organizada por los cuidados del ministerio de interior.

Según la encuesta ordenada por la comisión ministerial, vése que el número de anormales (anormales médicos,

atrasados e inestables) sería apenas de 1 p. 100 en muchachos, de 0,9 p. 100 en niñas. Estas proporciones son evidentemente muy bajas, y hemos podido comprobar personalmente, en contra-encuesta practicada en provincias, que bastantes escuelas inscribieron *nada* en los cuestionarios comunicados, siendo así que los directores nos confesaron que tenían varios anormales auténticos. En París, M. Vaney, director de escuela, inquiriendo, como se dirá más adelante, por medio del método de cálculo, en la población escolar de dos distritos, llegó a la proporción de 2 p. 100 de atrasados; si se tuviera igual cuenta de los inestables, cuyo número es probablemente análogo al de los atrasados, la proporción aproximaríase a 4 p. 100. Finalmente, hace poco, en Burdeos, encuesta especialmente practicada y, por cierto con grandísimo cuidado, bajo la dirección del rector Sr. Thamin, por médicos alienistas y médicos inspectores, en escuelas primarias de niños de la ciudad, permitió comprobar percentage medío de 5,17. Es probable que no se aparte sensiblemente la verdad de 5 p. 100. Todas estas encuestas son comparables puesto que todas ellas han sido verificadas en el mismo medio, medio escolar. La mucha variación de cifras se debe a distintas causas, cuyas principales son, a nuestro entender, tres: 1.º verdaderamente, de una escuela a otra, aun siendo vecinas, el número de anormales varía en proporciones sorprendentes, de simple a cuádruple; por ejemplo, el doctor Abadie, que relató los trabajos de la comisión girondina,

ha observado especialmente este hecho (1); 2.° la definición de niño atrasado de inteligencia ha sido las más veces y muy gratuitamente, dejada en lo vago por los investigadores: cada cual la entiende a su manera, de lo que resultan grandes divergencias en la estadística; 3.° la definición del inestable se presta mejor que otra cualquiera a falsa interpretación, y ciertos maestros, si se les dejara, pondrían en esta categoría todos los alumnos con quienes no simpatizan (2).

---

(1) Alianza de higiene social. *Annales*, n.° 6, Enero 1907. Padrón de niños anormales de escuelas públicas de niños de la ciudad de Burdeos, por el doctor Abadie. Burdeos, 1907.

(2) Agreguemos algunos detalles acerca de las cifras en bruto de la doble estadística de que disponemos actualmente. Según encuesta del Ministerio de Interior (1), los anormales menores (por consiguiente de menos de 21 años de edad) hospitalizados en asilos de alienados son en número de 4453, de los cuales 2491 muchachos y 1962 niñas; la cuarta parte de este número, exactamente 1488, hállanse por debajo de 13 años y en edad legal de escolaridad. Según estadística de la Comisión ministerial, el número total de niños anormales de 2 a 13 años es de 31.791. La suma de ambas estadísticas forma, pues, total definitivo de 33.279. Estas cifras han sido interpretadas de diversas maneras por los autores. Unos admiten número redondo de 40.000 niños anormales en Francia. Otros van más lejos; observando que en estadística de anormales hospitalizados, los niños de 13 a 21 años son 4 veces más numerosos que los de 2 a 13 años, desprenden que debe admitirse la misma proporción para la generalidad de anormales, y que, por consiguiente, el número de dichos niños iguala 33.279 X 4, es decir, en cifras redondas, 120.000 anormales. Este último razonamiento nos ha parecido muy flojo para justificar aumento tan considerable de cifras; y no se comprende, con todo, por qué motivo el número de anormales acrecentaríase hasta el extremo de cuadruplicarse entre 13 y 21 años. Es más plausible suponer que, si el contingente de hospitalizados aumenta desde los 13 años, es porque se multiplica por admisión de muchos niños que terminaron su escolaridad y truecan escuela por hospital. Además, todas estas cifras no son lo bastante exactas para buscarles interpretación concreta. Otro método conduce a resultados todavía más elevados. Hay en Francia 5.500.000 niños. Si se admite 5 p. 100 obtenido por Abadie, llegaríase a 275.000 niños anormales!

---

(1) En España «de Gobernación». *N. T.*

***

He aquí como se nos ocurrió ocuparnos de niños anormales. Uno de nosotros (Binet), presidente de la *Sociedad libre para estudio del niño*, hállase desde luengos años en contacto diario con personal de enseñanza primaria; para satisfacer el anhelo de gran número de maestros, organizó en la Sociedad del Niño una comisión de niños anormales, a que pertenecían personalidades distinguidas, tales como M. Rollet, M. Albanel, doctor Voisin, Mme. Meusy y, sobre todo M. Baguer, hombre útil, que se apasionó por la cuestión de educación de anormales; esta comisión comenzó por iniciar diferentes estudios relativos a atrasados. Algún tiempo después, M. Binet, nombrado miembro de la comisión ministerial de anormales, fué relator de los trabajos de dicha comisión por lo que respecta a atrasados e inestables. Juntóse entonces con el doctor Simón, y ambos comenzaron, en el servicio del doctor Voisin y escuelas del 2.° y 1.° distritos, estudios, encuestas por cuestionario, y experimentos directos sobre niños atrasados e inestables. Dispusieron, para varias cuestiones, de la colaboración inteligente y acendrada de M. Vaney, director de la escuela primaria de la calle Grange-aux-Belles, donde uno de nosotros creara laboratorio de pedagogía. Hace, pues, mucho tiempo ya que nos ocupamos de niños anormales, sea desde el punto de mira de orga-

nización de escuelas, sea desde el punto de mira de los procedimientos que debe emplearse para conocer estos niños cuando se hallan confundidos con anormales. Añadiremos que, desde ha poco tiempo, M. Bédorez, eminente director de Enseñanza primaria del Sena, dignóse confiar a uno de nosotros (Binet) la misión de cooperar a la organización de algunas clases de anormales, creadas como vía de ensayo en escuelas primarias de París.

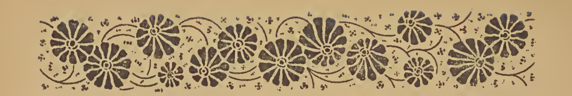
Diremos ahora muy claramente por qué, hemos escrito este libro y cual es el fin que nos proponemos conseguir. Desde que la cuestión de escuelas de anormales se ha planteado, vemos agitarse en torno nuestro no pocas ambiciones; los intereses más francamente personales cúbrense del antifaz de la filantropía y tal cual sueña crearse excelente situación en escuelas de anormales no habla jamás de ellas sin lágrimas en el acento. Son éstas las eternas comedias humanas; no hay por qué indignarse; cada cuál en la vida tiene derecho a buscar su conveniencia, siempre que no comprometa, en esta caza, intereses superiores a los suyos, los de la colectividad. Este interés general es el que nos preocupa. Habiendo visto, con nuestra experiencia personal, como puede organizarse clases de anormales, hemos podido darnos cuenta de faltas que no debe cometerse, y errores que se producirían si no se los conoce antes, y si no se hacen todos los esfuerzos posibles para prevenirlos. Sea, pues, nuestro libro con-

siderado como profiláxis, como medio de evitar error consciente o inconsciente. Considérese también como tentativa, muy imperfecta por cierto, pero de todos modos útil, para organizar encuestas sociales, llevadas con espíritu rigurosamente científico, que van siendo hoy día cada vez más necesarias para comprobar obras de interés público (1).

(1) En esta obra primera, descartamos voluntariamente no pocas cuestiones importantes: organización de escuelas de anormales, reclutamiento de profesores y, sobre todo, las reglas de pedagogía especial...







CAPITULO II

ALGUNOS RASGOS DE LA PSICOLOGIA DE ANORMALES

Aunque este libro se destine especialmente a servir de guía para admisión de niños anormales, no podemos comenzarlo con enunciado de los métodos de reclutamiento. Ha de mostrarse primero estos niños e indicar sus principales caracteres, intelectuales, morales y escolares; debe también saberse, desde ahora, y es muy importante, en qué consiste un anormal, ya que de tal noción ha de depender lo demás, organización de escuelas y sobre todo pedagogía especial. Todo método pedagógico proviene de doctrina, formulada o inconsciente, que le sirve de punto de partida y justificación. Se correría el riesgo de incurrir en empirismo ciego, al contentarnos con aplicar

método pedagógico sin inquirir la doctrina que es su alma.

Por lo que concierne a niños anormales, su pedagogía puede inspirarse de dos conceptos, absolutamente distintos. Vamos a exponerlos a continuación y veremos cual es más verosímil.

Consiste el primero en considerar el niño anormal como equivalente del niño normal, si bien más joven en varios años; o que, en otros términos, se habría rezagado en su evolución (1); el atrasado de doce años, a quien sus maestros no han conseguido todavía enseñar a leer, sería, pues, asimilable a niño ordinario de seis años, que empieza solamente a deletrear. Es evidente que esta comparación devendría inexacta, si se llevara demasiado lejos; debe hacerse muchos distingos: en primer lugar, el anormal no tiene ante sí la misma amplitud de evolución ulterior que el niño medio, si bien más joven; no puede por lo tanto compararsele estrictamente con este último; por otra parte, el mero hecho de tener doce años ha contribuído a proporcionar al anormal cierto desarrollo corporal y aun mental que no puede alcanzarse a seis años;

---

(1) Existe otra concepción, de la que no hablamos, por ser manifiestamente errónea: es la que vé la idiotez como resultado de *paro* de desarrollo. Bien pudo hablarse antaño de tal paro de desarrollo para explicar la diferencia que separa idiota y demente; el segundo, luego de haber adquirido cierta inteligencia, la pierde, es rico arruinado, mientras que el idiota no adquirió nunca más de lo que tiene, ha permanecido pobre; pero, dicho esto, compréndese que la expresión *paro de desarrollo* no ha de tomarse al pie de la letra, pues sería contraria a las observaciones; el idiota presenta siempre, en edad joven, cierto grado de desarrollo, más o menos lento o incompleto, desde luego; pero apreciable.

por ejemplo, se halla más cerca de la pubertad; su vocabulario es más extenso y, sobre todo, posee mayor número de conocimientos extra-escolares.

Pero, hechas estas distinciones, la doctrina que establece cómo el anormal es víctima de retraso en la rapidez del desarrollo individual les ha parecido acertada a muchos espíritus sensatos. Por lo regular, se la admite implícitamente, sin molestarse en formularla en términos precisos, y por esta misma razón se la admite quizá con tantísima facilidad; es la teoría clásica.

Acaso parecería más adelante, al leernos de corrido, que nosotros también la adoptáramos, por cuanto empleamos con frecuencia fórmulas como esta: «Anormal de once años, el que está al nivel de niños de nueve». Pero no deberá equivocarse sobre el sentido que atribuímos a tales términos. No es más que manera expedita de expresar cierto grado de instrucción. Nada prejuzgamos con esto acerca del orígen de dicho retraso, ni acerca de su naturaleza particular o sobre medios de corregirlo.

He aquí ahora consecuencias pedagógicas de la doctrina precedente. Si su atraso es sólo lentitud de evolución, basta con aplicar a estos rezagados los mismos métodos que a normales; se les hará seguir los mismos programas, y se los empujará estudio adelante cuanto en realidad se pueda. A todo anormal se le encaminará hacia certificado de estudios primarios. Para llegar al fin, débense recorrer regularménte 7 etapas, de año cada una; el profesor de anormales no puede confiar mucho en que

conducirá sus alumnos hasta la última etapa, se quedará, entonces, a medio camino de la vía común. Es lo que decía cierto día un maestro de la colonia agrícola de Vaucluse a varios médicos extranjeros que visitaban dicho establecimiento. El maestro, mostrando su clase de débiles a los visitantes, tuvo un rasgo de vanidad: *Nuestra enseñanza,* les dijo candorosamente, *sigue paso a paso el programa de la enseñanza primaria.*

Doctrina por completo diferente puede sostenerse; y, ésta, digámoslo en seguida, parécenos mucho más cercana de la verdad. Es que el anormal no se parece nada a normal lentoso o parado en momento de su evolución; no es inferior en grado, es otra cosa. Su evolución no fué retrasada de manera global; entorpecida en cierta fase, se ha continuado en distintas direcciones. Prodúcense hasta cierto punto suplencias. De donde se deduce que este niño no es comparable estrictamente a normal más joven: por ciertas facultades, permanece a nivel más temprano; pero, con respecto a otras, elévase al nivel de su edad. Lo caracteriza, por consiguiente, ser individuo de desarrollo desigual, parcial. Estas desigualdades de desarrollo pueden, no obstante, variar de la manera más completa de un individuo a otro; pero siempre prodúcese pérdida de equilibrio; y esta pérdida es la que constituye en parte el anormal. Decimos en parte, por figurársenos que, para ser el cuadro fiel, deberíase añadirle otros rasgos. Según opinión general, el anormal es un enfermo, y aun cuando el concepto de enfermedad queda muy

vago, abundaríamos de buen grado en la creencia común. Primero, notamos en ellos frecuencia de trastornos del lenguaje articulado. Además, estudiando de cerca el estado mental de algunos de estos niños, se les vé, en la manera de comprender, razonar, imaginar, aire especial, difícil de definir; pero que no parece tener equivalente en normal más joven, y, por consiguiente, no depende de simple retraso de desarrollo. He aquí un débil de doce años que procura contestar a nuestras preguntas y que incluso contesta a ellas rectamente y con algún acierto; pero apenas termina su respuesta, entríncase por sí mismo en desarrollo diferente y prosigue así hablando sin ilación. Este defecto de coordinación en el pensamiento constituye trastorno muy particular y no retraso de desarrollo. Es posible que no se hallaran caracteres análogos en otros atrasados, que más bien se inclinan al laconismo; pero también fuera posible que análisis concienzudo de su estado mental revelara en ellos otros trastornos mentales, que por otra parte son evidentes en la variedad llamada *inestable* (1).

En resúmen, creemos que el niño anormal presenta con gran frecuencia los tres caracteres siguientes: 1.°, retraso de desarrollo; 2.°, este retraso pronunciado especialmente en ciertas facultades, no lo hay en otras, de donde se

(1) Las palabras *versátil* y *voluble* acaso no traducen fielmente el vocablo *instable*, que significa fundamentalmente lo contrario a *estable* o *permanente*. Las palabras castellanas se refieren a movimientos del espíritu y la francesa abarca también la idea expresada por el término *inquieto* en sentido corporal. *N. T.*

origina falta de equilibrio; 3.º a veces hay trastorno particular, con carácter patológico, de las facultades mentales.

Si esta segunda doctrina es acertada, dedúcese una consecuencia práctica de suma importancia: los métodos y programas que fueron organizados para normales convienen sólo parcialmente a los anormales. No es posible plegar estos últimos a dicho programa medio; sería, salvo proporciones, tan fuera de razón como aplicar enseñanza auditiva a sordos y enseñanza visual a ciegos.

El primer deber del educador es contar con las facultades ya desarrolladas y aptitudes que se concretan. Su labor es ardua e ingrata; se haría mal en no aprovecharse de la colaboración de la naturaleza. Si este débil ofrece predisposición para tal género de estudios, evidentemente y ante todo, debe dirigírselo hacia este género de estudios. Por consiguiente, conforme a estas ideas, debe descartarse en principio programa de instrucción especial que se fundase rigurosamente sobre plan común para todos los niños; por lo contrario, *ha de preferirse la instrucción de anormales, que más cuenta tenga de sus aptitudes naturales.*

Vémonos, pues, traídos por las consideraciones que acaban de exponerse, a plantear la siguiente pregunta, que enunciamos en su forma psicológica y precisa: ¿cuáles son las aptitudes más frecuentes de este grupo de niños?

Decimos: *más frecuentes*, porque no nos referimos a tipo único, bien definido, y hay tantas variedades como individuos diferentes. Mas a pesar de estas variedades

muy numerosas, que demuestran la utilidad de la enseñanza individual, quedará siempre el recurso de establecer categorías donde podrá agruparse aquellos que más se parecen. Así es posible que las aptitudes con más frecuencia economizadas sean siempre o casi siempre de igual naturaleza.

Para resolver las cuestiones que acabamos de suscitar, nos valdremos de dos métodos:

Cuestionario;

Observación directa.

***

Un cuestionario impreso, conteniendo 38 preguntas, se distribuyó gracias al Sr. inspector primario Belot (1) a todos los directores y directoras de escuela primaria elemental, en dos distritos de París: uno central, el 2.°; otro periférico, el 10.° Es inútil reproducir aquí este cuestionario, que fué sólo instrumento de trabajo; insistiremos únicamente en las conclusiones que se coligen de las respuestas, después de haber puesto el mayor cuidado en interpretarlas.

(1) Reciba aquí M. Belot. que fué extremadamente adicto colaborador nuestro en tantísima pesquisa de pedagogía en las escuelas, la expresión de nuestros plácemes más sinceros. ¡Cuántos estudios no se hubieran comenzado sin su constante apoyo!

Las respuestas emanadas de directores de escuelas primarias y de maestros confirman el reparto, por nosotros mismos indicado, de todos los anormales en tres grupos: 1.º *atrasados* de inteligencia; 2.º *inestables;* 3.º tipo mixto, que reúne a la par atraso e inestabilidad. Los atrasados de inteligencia no presentan anomalía muy bien marcada del carácter; si bien no aprovechan o muy poco la enseñanza proporcionada en común, con métodos usuales. Los inestables, vocablo médico al que corresponde la expresión más escolar de *indisciplinados,* son principalmente anormales del carácter; se manifiestan por su turbulencia, verbosidad, falta de atención y, a veces, por su maldad.

Reparto de niños anormales en cursos de escuelas públicas. — ¿En qué cursos se encuentran estas diversas clases de niños?

Principiemos por los *atrasados.* — Hállanse, en su mayoría, en curso elemental, como puede preverse. Varios llegan hasta curso medio. Casi ninguno alcanza curso superior. He aquí las cifras exactas del reparto: 75 p. 100 en curso elemental; 25 p. 100 en curso medio.

Precisemos mejor, aproximando dos datos: edad del niño y curso que sigue. Algunos directores de escuela, no todos, se tomaron la molestia de atender una de nuestras preguntas, y estimaron en un año poco más o menos el retraso intelectual del niño con relación a normales de la misma edad. He aquí un cuadro que

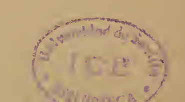
agrupa estas respuestas, y muestra que la mayoría de casos indicados ofrece retraso de 3 años (1).

Niños atrasados,	retrasados en:	0	ninguno
—	—	1 año	6 niños
—	—	2 —	12 —
—	—	3 —	12 —
—	—	4 —	9 —
—	—	5 —	ninguno
—	—	6 —	4 niños
—	—	7 —	1 —

En virtud de convenio, de que hablaremos extensamente más adelante, consideramos como atrasado de inteligencia el que se halla rezagado en tres años, cuando excede los nueve años. Los resultados anteriores están en harmonía con este convenio. Además, puede deducirse esta conclusión, conveniente en la práctica, y es que no debe buscarse atrasados de inteligencia en curso superior de escuela primaria.

La distribución de *inestables* en cursos de escuelas primarias es bastante diferente. Desde luego, hecho bastante notable, no se los encuentra o rara vez (sólo 2 por 45) en cursos superiores. No esperábamos tal carencia. A *priori*, se nos habría figurado que a pesar de la tacha de su

(1) En todo lo que sigue, no distinguimos entre niñas y niños. Es diferencia de la que trataremos más adelante. Digamos sin embargo désde ahora que las niñas anormales parecen ser algo menos numerosas, un tercio aproximadamente que los niños anormales.



carácter no les falta inteligencia a los inestables, y que muchos de ellos debieran lograr que se les abriesen las puertas del curso superior. Si no se vé ninguno en éste, es buena prueba de que no se es inestable sin presentar alguna deficiencia intelectual, a menos que circunstancia ajena al grado de inteligencia, por ejemplo, pereza inveterada, no detenga al inestable en el camino. Debe buscárselo en curso medio y curso elemental, como al atrasado; solo que en éstos se reparte en proporciones diversas. Mientras 75 p. 100 de atrasados hállanse en curso elemental, y 25 p. 100 en curso medio, los inestables encuéntranse en curso elemental en número de 45 p. 100, y en curso medio en número de 50 p. 100; distribúyense, en números iguales, entre estos dos cursos. Lo que demuestra inteligencia superior a la de los atrasados. Podía esperarse. Mas, por otra parte, su ausencia del curso superior enseña que, en general, *un inestable posee inteligencia por debajo de lo regular* (1).

Como dicha conclusión es nueva y pudiera antojársenos discutible, nos tomaremos la molestia de examinar los hechos con detenimiento.

El atraso intelectual de los niños inestables, tal como

(1) El doctor Abadie, en informe general sobre *Recuento de niños anormales de las escuelas públicas de niños de la ciudad de Burdeos,* ha comprobado, como hacemos aquí, que son los atrasados muy escasos en primeras clases, y los inestables pocos. Pero los resultados recogidos por nuestro colega son bastante menos precisos que los nuestros, y acaso el reparto de niños en clases por los maestros se hiciera con poco tino, ya que observamos la presencia de 5 o 6 atrasados de inteligencia en clase 2.ª (Véase Alliance de l' Hygiène Sociale, *Annales,* n.º 6, enero 1907, p. 18, Burdeos.)

fué señalado por directores de escuela, se deduce del siguiente cuadro:

Niños inestables, retrasados en	0	14	niños
— —	1 año . .	16	—
— —	2 — . . .	14	—
— —	3 — . . .	2	—
— —	4 — . . .	1	—

Tales cifras demuestran, bajo nueva forma, que el retraso intelectual es mucho menos preciso en inestable que en atrasado propiamente dicho, pues que en el grupo de los primeros se encuentra muchos alumnos, aproximadamente un tercio, que no ofrecen retraso alguno, según dicen los maestros; pero la mayoría esta rezagada; además, no se ha visto ningún avanzado. Por consiguiente, el conjunto arroja ligero rezago, de valor medio de un año, lo cual confirma y precisa nuestra conclusión primera; señalemos pues que *la inestabilidad mental acompáñase por lo regular de retraso intelectual equivalente a un año poco más o menos.*

Reparto de niños anormales según su edad. — Otra observación digna de ser notada atañe a las edades de dichos niños. Los retrasados de inteligencia presentan todas las edades posibles del período de escolaridad, mientras que los inestables son generalmente más jóvenes. He aquí el reparto:

	Atrasados.		Inestables.	
	—		—	
Niños de 7 años	2	Total: 31	1	Total: 43
— 8 —	5		9	
— 9 —	5		7	
— 10 —	3		10	
— 11 —	6		11	
— 12 —	10		5	
— 13 —	9	Total: 15	4	Total: 4
— 14 —	2		—	
— 15 —	3		—	
— 16 —	1		—	

Los atrasados perduran en escuelas mucho más de lo regular, mientras que les corre prisa a los inestables salir de ellas antes de tiempo. Así, pues, los atrasados forman sedimento inerte, lastre muerto que estorba en la escuela y, resultándoles ser ésta medio vital, se le adaptan; los padres tienen propensión en dejar cuanto más mejor al atrasado allí, pues no saben que hacer de él; y es probable que no protesten los maestros mucho y soporten estos atrasados, porque no perturban la disciplina. Por el contrario, el inestable halla en la escuela ambiente hostil, cuya disciplina le hiere; no le interesa quedarse, sus padres, sin duda, ningún empeño tienen en que permanezca en ello, debido a las continuas quejas de los maestros, y éstos tampoco lo retienen. Conclusión: el inestable entra temprano en la vida, y ahí lo tenemos lanzado en sociedad donde puede fácilmente, dado su carácter, devenir dañino.

En fin, resumiremos diciendo que *el atrasado perdura en la escuela, mientras el inestable la deja pronto.* Otro sí: pues los inestables son tantísimos a los diez y acaso a los ocho años, ha de concederse que, en muchos de ellos, la inestabilidad mental no resulta de perturbación ocasionada por aproximarse la pubertad. La explicación dimanada de esta causa fisiológica no es, por lo tanto, general, como se ha supuesto algunas veces (1).

Frecuencia del tipo mixto, a la par atrasado e inestable. — La tercera categoría de anormales que propusimos comprende niños de tipo mixto, a la vez atrasados de inteligencia e inestables. No ha de extrañarnos saber que estos individuos ofrecen caracteres que constituyen la media de los de atrasados e inestables, ya que en ellos se reunen las dos formas distintas de atraso. Así, bajo el aspecto intelectual, compruébase que ninguno de ellos forma parte del curso superior, la mayoría se hallan en curso elemental (71 p. 100) y poquísimos en curso medio (29 p. 100), lo que demuestra son por término medio menos inteligentes que los inestables puros, y más inteligentes que los atrasados a secas. No insistimos acerca de estos detalles fáciles de comprender y aún de prever.— Más importante es el número de casos mixtos. Los dos

(1) En su informe, el doctor Abadie ha estudiado también reparto de anormales según la edad; pero no abrigando el intento de distinguir el atrasado del inestable, faltóle ocasión de comprobar el hecho singular que apuntamos; llega simplemente a la conclusión global que el máximo de frecuencia de anormales en la escuela coincide con los diez años. *(Op. cit.,* p. 17.)

grupos simples que se acaba de mentar son aproximadamente de igual valor numérico (1). En cambio, no encontramos sino 21 casos mixtos en población donde los inestables que se nos indicara suman 44 y los atrasados 57, de modo que los casos mixtos representan únicamente la quinta parte del total, mientras los casos simples constituyen sus cuatro quintas. Tales proporciones muy dispares significan que *en la mayoría de casos, inestabilidad mental y atraso intelectual se presentan aislados;* no son fragmentos del mismo estado patológico, antes bien, dos estados patológicos que pueden coexistir en el mismo individuo, cual acontece por ejemplo con alcoholismo y epilepsia, pero no por eso dejan de ser distintos, aunque por lo regular no coexisten.

Retrato psicológico del atrasado. — Veamos desde más cerca los niños que han de ocupar escuelas de anormales. Compulsando las respuestas a nuestro cuestionario, sorpréndenos la repetición de ciertas frases con las que llega el maestro a caracterizar sintéticamente al alumno atrasado. He aquí ejemplos de tales frases; resumen sólo impresiones, pero la repetición de impresiones concordantes justifica que se las atienda.

Carlos hace cuanto puede.
Agustín escucha atento.

---

(1) En 452 anormales el doctor Abadie, por su parte ha contado 309 atrasados y 134 inestables. Las proporciones son por lo tanto muy diversas.

Emilio es muy dócil y muy pacífico.

Pablo es útil para multitud de menudencias.

Marcelo es servicial y cortés.

Juana se sonroja a la menor reconvención.

La severidad paraliza a *Ernestina* y anula los escasos recursos con que cuenta.

Camila sonríe en cuanto se le habla, hace inmediatamente lo que se le pide.

Luis se muestra complaciente.

Angela no se vuelve cuando sus compañeras la inquietan y atribuye sus lágrimas a molestia de sus ojos.

Eugenia muéstrase afectuosa; es querida de sus compañeras que la divierten: una niña de ocho años le enseñó a hablar y leer, aunque ella tiene quince.

Resalta en todas estas notas que el atrasado es simpático; incluso en relación con su grado de atraso. Con este criterio examinamos diversas observaciones; y he aquí la comprobación por demás singular que hicimos. Cuanto más simpático es el retrato del niño, tantos más años puede suponerse exactamente que ofrece de retraso, y rara vez dicha suposición es errónea.

Pondérase la benignidad de carácter del atrasado. Si no comprende el trabajo que se hace en clase, por lo menos no manifiesta su incomprensión de manera ruidosa; tranquilamente sentado en el banco, deja que lo olviden. Se puede seguir como si no estuviera presente, y las más veces es el determinio (1) que se adopta. Sería injusto

(1) Neologismo formado como *exterminio, dominio,* etc., sinónimo de *determinacion. N. T.*

reprobar esta negligencia a maestro que tiene a su cargo 40 ó 60 alumnos. La lentitud de espíritu de tales individuos, su torpeza corporal son como cualidades negativas que el maestro agobiado tiene a veces la debilidad de tolerar. Cuando el atrasado se halla frente a la disciplina, se nos dice que no puede resistirla; pues él es obediente, respetuoso, y probablemente sugestible. Algunas veces le reconoce el maestro ciertas cualidades más positivas. Varios atrasados son gustosamente serviciales, casi atentos, buenos para con sus camaradas, afectuosos, agradecidos por los miramientos que se les dispensa. Como en general son mayores que los demás, válese de ellos el maestro para diferentes diligencias. Con lo que puede juzgarse de la moralidad, en naturaleza cuyo nivel intelectual es tan bajo, parece ser que la fuente de sentimientos altruistas es copiosa en el atrasado; sin embargo falta saber si su docilidad y complacencia no ilusionan acerca del valor real de sus sentimientos, ya que otro rasgo del atrasado es la tendencia a repetir fórmulas de urbanidad o expresar principios morales que se le inculcaron. Tiene moralidad superficial, puramente verbal (1). Apuntemos el último rasgo; el atrasado es sensible a castigos como recompensas, bien que el efecto de unos y otras le sea muy fugaz por su falta de inteligencia.

---

(1) Visitad establecimiento de atrasados; notaréis que los más atentos son los más dificientes. Son aquellos que se apartan de fila, se os acercan, os estrechan la mano con expresiones cómicas de urbanidad, luego os dicen que se debe ser bien atento, bien criado, afable, etc. Todas cuantas manifestaciones afectadas parecen explicarse a la vez por falta de reserva social, y por el prurito que tienen los atrasados de ostentar sentimientos morales.

Retrato psicológico de inestable.—Este retrato acusa peregrino contraste con el anterior; y no ha de extrañarnos; el inestable es para la escuela estorbo perpetuo; el maestro juzga sin contemplaciones a este mal alumno que altera constantemente el orden en clase y compromete su autoridad.

Como se ha hecho para el atrasado, citaremos aquí algunas de las frases con las que nuestros corresponsales juzgan a los inestables.

Carlos no puede permanecer sentado o en fila y por su atolondramiento, nada le afectan las observaciones que se le hacen.

Alberto nunca obedece sino de mala gana.

Marta pone siempre cara fosca cuando se la reprende.

Mauricio recibe las observaciones con gestos de impaciencia.

Susana las acoge con aires de despecho.

Eugenia, cabeceando; escarnece a su maestra y causa risa a las demás a quienes impele taimadamente.

Octavia contesta: No me importa; ríese a carcajadas y sigue haciendo lo que se le prohibe.

Leontina refunfuña, replica y manifiesta en alta voz su descontento.

Raul acoge las reprensiones renegando; tiénese por mártir, víctima de injusticia, algunas veces amenaza. Los castigos provocan en él intemperancias de lenguaje.

Víctor se rebela, palidece y niégase a obedecer en cuanto se le hace una advertencia.

Lucía encolerizada ha roto su estuche escolar.

Helena, en iguales circunstancias, atropella cuanto se halla a su alcance.

Luisa golpea la mesa con los codos y aun en cierta ocasión dió un puntapié a su maestra.

León es pendenciero; sus camaradas lo temen.

Jorge molesta continuamente a sus camaradas, mancha sus cuadernos, arranca las hojas de sus libros y los acusa de ello.

Carlos, a quien la dureza hiere, a quien los castigos irritan, parece dichoso cuando se le muestra interés.

Eugenia, a quien los castigos exasperan, a quien hacen sonreír las recompensas, gusta de ser adulada y escogida para prestar servicio.

Los tres rasgos siguientes aparecen constantemente en retratos de inestables: son turbulentos, parlanchines e incapaces de atención. A esto redúcese la psicología de los menos profundamente caracterizados; es inestabilidad de cuerpo, de lenguaje, de atención que puede provenir sea por exceso de nervosismo, sea buenamente por naturaleza cuya exuberancia repugna estudío sedentario y silencioso. Pero en otros muchos el cuadro es más cargado: a los síntomas anteriores añaden maldad para con los camaradas, e indisciplina ante los maestros. Se los considera brutales, embusteros, crueles; y en cuanto a su resistencia al maestro, datos abundan en cuestionarios, pruebas del recuerdo poco agradable que dejaron al personal escolar. Para estos con preferencia se han reclamado escuelas especiales. Su manera de acoger las sanciones de disciplina es por demás notable. Se nos dice que son poco sensibles a recompensas, recíbenlas a menudo con desdén, risa o ironía, cuando no las rehusan. Pero, sobre todo, los cas-

tigos les producen mal efecto. Casi siempre el inestable se irrita y subleva contra el castigo, de modo que los maestros acaban por evitar infligírselo. Hay en esto señal de carácter muy interesante para el psicólogo, pero en cambio muy comprometido para la pedagogía. ¿Cómo entonces someter los inestables a cualquiera disciplina? Grave problema, tanto más necesario de resolver cuanto son los inestables los que se aprovechan de la educación de anormales; de ellos es de quienes se sacará mejor provecho (1). Opinamos que, para dirigir niños, ha de conocerse primero su tendencia dominante. La lectura de las respuestas al cuestionario, nos permite entrever que el principal móvil del inestable, es el amor propio, orgullo, vanidad, en una palabra, toda la gama de manifestaciones egoístas. En naturalezas de este temple, el castigo no puede triunfar fácilmente, ya que encuentra como obstáculo orgullo a veces indomable. Se llegaría más pronto a la meta, no rompiendo resistencia orgullosa, sino imprimiendo a ésta orientación diferente. Felicitar al inestable, cuando se ha portado bien, es ya castigarlo por sus faltas. Nos parecería también acertado que se le atestiguase alguna estima, y aun que se le confiaran cargos delicados, muy mo-

(1) Un director de institución privada para anormales, M. L....., remitió a uno de nosotros nota en la que insiste especialmente acerca de los beneficios de la educación de inestables; son éstos los únicos, o poco más, según atestigua, quienes recompensan los esfuerzos del educador. Es probable, sin embargo, que haya de hacerse aquí un distingo: se obtiene de ellos más fruto en instrucción; esto se comprende por ser su inteligencia superior a la de los atrasados simples. ¿Ocurre lo propio respecto al rendimiento social? (Véase más adelante lo concerniente a organización alemana.)

destos, en verdad, que ejercería bajo fiscalización discreta.

Aptitudes intelectuales de los atrasados. — Después de haber esbozado sumariamente las aptitudes morales de los anormales, veamos cuáles son sus aptitudes intelectuales. Es cuestión ésta muy cautivante. Dicha inquisición acerca de aptitudes individuales hubiera debido practicarse desde largo tiempo há en beneficio de la enseñanza. Todos lo reclaman. Nadie, o casi nadie lo emprende. Será, pues, más urgente comenzarlo con anormales, ya que los métodos pedagógicos son tanto más provechosos cuanto los alumnos son más jóvenes o menos inteligentes. Si un espíritu es superior, poco importa en verdad la cultura que se le aplica. Aun cuando un Berthelot o un Pasteur hubiesen tenido imbéciles por maestros de química, no por esto habrían tenido menos genio. Las inteligencias medianas necesitan buena pedagogía. Los niños jóvenes requieren métodos inteligentes. Por lo tanto, debería darse a los atrasados los mejores maestros, pues toda falta de método que se cometa en su educación puede acarrearles consecuencias que los perjudicarán más tarde.

Sólo nos ocuparemos de aptitudes de los atrasados de inteligencia; disponemos, para conocerlos, de tres medios de interpretar nuestros cuestionarios. Estos comprenden primero la siguiente pregunta: *¿Presenta el niño alguna aptitud especial, en la escuela o fuera de ella?* Tal pregunta

ha suscitado respuestas no muy variadas, porque tan sólo se designaron entre las aptitudes de niños las de vida práctica (diligencias, quehaceres domésticos) gimnasia, costura y dibujo. En este mismo cuestionario, otra pregunta, inscrita en la siguiente página, es casi idéntica, en cuanto a forma, a la primera: *¿Hay ejercicios especiales por los que se interese el niño con preferencia a otros?* Las respuestas a esta segunda pregunta fueron algo más prolijas que a la anterior. Cierto que ambas difieren por leve tinte, distinción entre interés y aptitud; puede interesar ejercicio por el que no se tiene ninguna aptitud. Exponemos en cuadro distribución de las respuestas hechas a las dos preguntas anteriores.

Atrasados de inteligencia

Aptitudes.		Interés.	
Ninguna	19 alumnos	Ninguno	11 alumnos
Vida práctica	7 —	Escritura	8 —
Costura	7 —	Dibujo	7 —
Gimnasia	1 —	Costura	6 —
Dibujo	1 —	Gimnasia	5 —
		Cálculo	3 —
		Recitado	3 —
		Historia	2 —
		Francés	1 —
		Música	1 —
		Canto	1 —
		Lectura	1 —
		Lecciones de cosas	1 —

Las dos listas no pueden sobreponerse; pero juntándolas en síntesis, se observará que los ejercicios sensores y motores, tales como *gimnasia, vida práctica, costura, escritura* y *dibujo* son los trabajos que más agradan a estos alumnos. Costura, escritura y dibujo son con preferencia sus ejercicios predilectos. Figurábasenos que el canto no les sería indiferente, por cuanto en otras inquisiciones nos mostraron voz afinada; pero ha de reconocerse que los atrae menos el canto que el dibujo. Es muy característica la falta de nota para redacción. Ciertos anormales gustan del cálculo; ninguno brilla en redacción. Este hecho, aunque negativo, nos parece digno de atenderse. Jamás, puede decirse generalizando, niño hábil en redacción será atrasado, sean cuales fueren sus deficiencias en otros estudios.

Hemos indicado que hay para nosotros tercer medio de saber lo que valen las aptitudes de niños atrasados. En otra parte del cuestionario, les pedimos a los maestros valuar el adelanto de estos niños en las distintas materias de enseñanza. Resulta de dichas valuaciones que cuatro materias son por ellos cultivadas con más provecho que otras, a saber: *gimnasia, dibujo, escritura* y *lectura*. Sentimos no haber incluído en nuestra lista costura, trabajos manuales y lecciones de cosas. He aquí resultados en cifras. Están formulados de la siguiente manera: indicamos para cada alumno las dos materias en que obtuvo puntuación más elevada.

Lectura.	23 alumnos		Cálculo.	6 alumnos	
Escritura.	18	—	Ortografía	5	—
Dibujo	11	—	Canto	3	—
Gimnasia	11	—	Recitado	3	—

No es muy raro que en escritura o dibujo se clasifique al atrasado primero, hecho notabilísimo, aunque ha de agregarse en seguida que casi siempre es el atrasado el mayor de la clase.

Todos estos datos ofrecen bastante coherencia y convergen hacia igual conclusión. El atrasado es niño en que dominan inteligencia de sentidos, y de percepciones concretas y aptitud para movimientos. Son estas facultades las que tuvieron desarrollo normal. Su deficiencia constante en redacción demuestra cuán manifiestamente quedó en él la función verbal inferior a las funciones sensoras y motoras. Consideremos estos hechos y concluyamos. ¡Qué grave error sería dar a este género de individuos el programa de enseñanza que se hizo para normales! Este programa hállase en harmonía con el desarrollo de todas las facultades. ¿Como podrá imponerse a niños que poseen sólo aptitudes parciales?

***

Las encuestas por cuestionario ofrecen inconveniente varias veces indicado; recogen datos facilitados por corresponsales, con frecuencia desconocidos, cuyos celo y sutileza de ingenio son imposibles de apreciar; cada una de sus observaciones, aislada, tiene poco valor probatorio; el conjunto de observaciones concordantes debe solo tenerse en consideración; y con todo, ha de serse muy circunspecto, antes de sacar de ellas algunas conclusiones prácticas, pues, a veces, la concordancia de las respuestas revela sólo influjo de error común.

Tales escrúpulos, que conocen bien todos los investigadores, nos decidieron a practicar personalmente observaciones directas sobre anormales de escuela, que se nos ocurrió comparar con normales de igual edad. Labor larga y difícil, como cuanto se inicia. Hemos recogido hechos inesperados, mientras que, a menudo, verdades que buscábamos se nos ocultaron. Sería imposible resumir aquí cuanto la realidad nos ha enseñado y sugerido. Extractaremos de nuestras inquisiciones; abarcaremos únicamente lo concerniente a aptitudes de anormales. Aún nos limitaremos a una sola clase de éstos. Resulta que se practicaron observaciones metódicas en doce niños débiles, cuyas edades eran todas análogas, entre once

y doce años. Forman, pues, grupo bastante homogéneo, bajo doble aspecto de edad y mentabilidad. Vamos a examinar las aptitudes más marcadas y las deficiencias más aparentes en este grupito. Sin desconocer diferencias individuales, sin olvidar que el anormal, y aun el débil se reduce difícilmente a tipo único, nos ha parecido por de pronto más interesante insistir acerca de sus semejanzas que en sus diferencias. Los tomaremos pues en globo, para oponerlos a un grupo de niños normales de igual edad y estado social, asistiendo a las mismas escuelas, en el mismo barrio. Esta equivalencia de condiciones es necesaria para hacer palpables los caracteres distintivos del niño débil.

Los exámenes a que sometimos nuestros 12 débiles (1) constituyen pruebas rápidas, apuntadas con toda precisión posible. Los concebimos antes de enterarnos de los datos que nos facilitaron nuestros cuestionarios y éstos habían sido redactados con antelación a nuestros experimentos. Hánse efectuado, pues, dos estudios absolutamente independientes, no sólo en procedimiento, sino también en idea directora; por consiguiente, los puntos en que hubiere cualquiera coincidencia serán tanto más significativos.

---

(1) La mayoría de nuestras inquisiciones se efectuaron en el Laboratorio de Pedagogia normal creado por uno de nosotros en la Escuela primaria, calle Grange-aux-Belles, n.° 36, cuyo distinguido director es M. Vaney, colaborador nuestro. Este laboratorio depende hoy de la Sociedad libre para estudio psicológico del niño. Hallaránse detalles acerca del funcionamiento de dicho laboratorio en l'*Année psychologique* (t. XII, p. 1 y p. 233. París, Masson), y también en el *Bulletin* de Diciembre 1906 de la Sociedad libre para estudio psicológico del niño (Alcan, París).

Nuestro conjunto de experimentos de atraso mental es ya conocido de los lectores de l' *Année psychologique*. En el tomo XI de dicha publicación (1), hemos descrito extensamente cuantos detalles se necesitan para hacerse cargo de nuestro método experimental; y, desde que aquellos se publicaron, el doctor Decroly, que estudia especialmente anormales de escuela en Belgica, ha tenido ocasión de valerse de nuestros métodos y comprobar nuestras conclusiones (2). El objeto que nos propusimos constantemente fué sacar a luz la potencia intelectual del niño, considerada en sí, y apartada de cuanto constituye el saber. Nuestros exámenes psicológicos son por consiguiente lo contrario a exámenes escolares, certificado de estudios, por ejemplo, o bachillerato, en que se comprueba ante todo la memoria del candidato, y muy poco su juicio.

Hemos practicado así múltiples experimentos. Enumeremos buenamente algunos de ellos observando en qué consisten. Se comprenderá mejor de esta manera nuestro método y, en particular, nuestros resultados.

Memoria de figuras que representan objetos conocidos.— Muéstranse a los niños 13 figuras por el corto espacio de 30 segundos, se les pide en seguida enumerar de memoria tales figuras.

---

(1) Binet y Simon. Méthodes nouvelles pour le diagnostic du niveau intellectuel des anormaux, *Année psychologique*, Masson, 1905, p. 191.

(2) Decroly y Degand. Los tests de Binet y Simon para medida de la inteligencia, *Archives de psychologie*, t. VI, n.° 21.

Comparación de líneas cortas. — Se hace comparar dos líneas trazadas con tinta en una misma hoja de papel, contiguas y que puedan percibirse de una sola ojeada. Hay serie completa de líneas, cuya longitud media es de 30 milímetros y cuya diferencia varía entre 1 y 75 milímetros.

Ordenación de pesas. — Colócanse en órden creciente de peso 5 cajas cuyos pesos respectivos son de 3 gr., 6 gr., 9 gr., 12 gr. y 15 gr.

Memoria de cifras. — Esta prueba consiste en repetir una serie de cifras en seguida de haberlas oído.

Memoria de frases. — Pronunciase delante del niño una frase cuya longitud es de unas 12 ó 15 palabras y se le pide repetirla, acto contínuo.

No hemos de insistir acerca del detalle de tales inquisiciones. Son todavía demasiado incompletas. Habrá de experimentarse mucho antes de que pueda decirse: Esta es, en el mecanismo mental del atrasado, la pieza que falta o que se halla viciada.

Sin duda, cuando las clases de anormales estén en pleno funcionamiento, cuando gran número de individuos estén reunidos y dispuestos de cómoda manera a disposición de experimentadores, será dable a éstos, gracias a trabajo inveterado, ver claro en esta psicología confusa. Por el momento, hemos de contentarnos con ojeadas de conjunto. Si bien, por someros y defectuosos que parezcan todavía nuestros primeros ensayos de experimentación, bastan ya para orientarnos.

¿Qué se observa, en efecto, en los resultados obtenidos con las pruebas anteriores? Dichos resultados clasifican netamente estas mismas pruebas en dos grupos. Según unas, proporcionan los débiles respuestas casi equivalentes a las de los niños normales. Según otras, al contrario, su atraso o, mejor, su deficiencia es siempre más notable. Tal diferencia estaría desprovista de todo significado si ciertas pruebas no ofrecieran alguna dificultad a inteligencia de normal. Mas, en todos los casos, la dificultad era bastante grande para que los propios normales incurrieran en no pocas faltas, y con esto nos convencemos de que, mientras para varias de aquellas los dos grupos de individuos son sensiblemente iguales, para otras, en cambio, manifiéstase claramente inferioridad en los débiles.

Experimentos en qué débiles y normales marchan a la par son: 1.° comparación de líneas cortas: 2.° memoria de figuras. Demos algunos detalles sobre esta última prueba, que nos parece típica. Se presentó a cada niño, en particular, una hoja de papel en que aparecían pegadas 13 figuras de objetos conocidos; tales figuras tiradas en negro y sencillísimas, reducidas casi a perfil, representan: una nariz, una cabellera, una rosa, dos cerezas, una cama con jergón, un tonel, un clavo, una llave, un ómnibus, huevos, una campana, sol poniente en el mar, y una garganta. Trátase en este caso de ejercicio de memoria sensora, puesto que se le pide al niño recordar una impresión visual. Sin embargo, se nece-

sita leve trabajo suplementario: consiste en comprender la figura y hallar su nombre: pero no representa dicho trabajo dificultad verdadera; y el conjunto del ejercicio corresponde a la inteligencia sensora. Hemos observado con sorpresa que se encuentran los tales débiles, en este experimento, a nivel normal de 11 años. El término medio de sus aciertos es 7, cifra que representa precisamente valor normal. He aquí en serie los números de figuras recordados, comparada con la de niños normales de 11 años.

Enumeración de 11 figuras, por un acto de memoria.

Números de figuras indicadas:	Niños normales:	4-5-6-6-7-7-8-9-10-10
	Niños débiles:	4-4-7-7-7-8-8-9-11.

¿No resulta aquí confirmación muy clara de lo que nos enseñaron los cuestionarios anteriormente? Trátase de ejercicio que ya ofrece algunas dificultades, puesto que los normales cometen olvidos; si fuese demasiado fácil, no nos extrañaría que nuestros dos grupos de normales y débiles obtuvieran igual éxito. Luego, a pesar de la dificultad, no es inferior el débil al normal. Cualquier comentario disminuiría la elocuencia de tales hechos.

Sin entretenernos, con cada una de las demás pruebas, en el análisis de dificultades que ofrece ni en los resultados comparativos que arroja con normales y débiles, separamos del conjunto una prueba, que presenta notable contraste con la anterior. Tanto cuanto se aproximan débiles

a normales por memoria sensora de figuras, tanto más se diferencian de los últimos en memoria de frases.

Dicho experimento, sobre memoria de frases, verifica la memoria inmediata. Pronunciase delante del niño una frase cuya extensión sea de unas 12 a 15 palabras y después se le hace repetir dicha frase a continuación. Ha de haber memoria, y también atención voluntaria, y aún comprehensión, pues si algunas de estas frases son bastante fáciles de comprender (Ejemplo: *Germana no ha sido buena, no ha querido trabajar, se la reprenderá),* otras, en cambio, háilanse envueltas en cierta obscuridad de estilo (Ejemplo: *El castaño del jardín proyecta en el suelo la sombra todavía tenue de sus hojas nuevas).* El número de frases que los débiles llegan a repetir exactamente es bastante escaso. No es más que de 2 por término medio. He aquí las cifras:

Memoria inmediata de frases.

Número de frases repetidas exactamente.	Niños normales	7 años: 1-2-2-3-3-3-3-4-5-5
		9 años: 2-4-4-4-4-5-5-5-6-6-7
		11 años: 3-3-4-4-5-5-6-6-7-7.
	Niños débiles	11 años: 0-1-1-2-2-2-2-2-3-3-4-4.

Es evidente que si se analizan escrupulosamente estos resultados, se hallaría, cosa notable, que ciertos débiles son superiores a normales de la misma edad, por cuanto aquéllos repiten 4 frases y éstos sólo 3. En todos los expe-

rimentos que se practican sobre grupos, ocurren excepciones de esta índole. Plácenos presentar ejemplos demostrativos, para que se vea cuan complejo es todo esto. Para hacerse cargo de tales anomalías, es preciso analizar casos exepcionales; obsérvase entonces que muchas veces el débil que se separa de la regla se ha valido de pura memoria sensora; ha repetido como eco, sin comprender; caso de imponerle pausa, antes de repetir, se vé perdido. En otras ocasiones, el débil hállase muy próximo al normal. En vez de pararnos en rarezas, veamos el conjunto; separemos la fisonomía del grupo. Con esto, alcanzamos una comprobación importante, a saber, que nuestro grupo de débiles se parece de manera sorprendente al grupo de niños de 7 años; por término medio repite poco más o menos igual número de frases. La media de siete años es 3, 1; la de débiles de once años es todavía algo inferior, se queda en 2, 1.

Así, en resumen, comparemos estos dos términos extremos, memoria de figuras y memoria de frases. ¿No es sorprendente el contraste? ¿Y no se observa aquí una de las principales diferencias que separan normal y anormal? Dejad al débil frente a trabajo que le interese, que afecte los órganos de sus sentidos y sea concreto; si este trabajo no es muy dificultoso, le dará cima convenientemente. Pero si la operación comprende palabras, frases, redactado, en fin, ideas abstractas formuladas por el lenguaje, el débil revela, dicho así, de buenas a primeras, que precisamente en ello radica su inferioridad. Abstracción y cuan-

tos trabajos intelectuales cuya clave es la abstracción, le son dominio vedado. Las respuestas de maestros a nuestros cuestionarios nos lo hicieron ya prever. Nuestras pruebas lo confirman y aun constituyen demostración precisa.

El programa normal de enseñanza primaria, por lo que puede colegirse, no es, entonces, adecuado al estado mental de la mayoría de débiles; aun cuando se le redujera a sus primeros elementos, haríase patrón desproporcionado, pues si se disminuyera con dicha reducción la parte de abstracción que entraña, y que no se puso para los débiles, se aminoraría la parte de enseñanza concreta que también contiene, siendo así que ésta, en vez de reducirse, cuando se trata de anormales, débese por el contrario amplificarse. Han de variarse pues proporciones de las diversas partes del programa y orientar de otra manera el conjunto. Si se escoge el taller, en oposición a clase, como símbolo de trabajo concreto, confrontado al símbolo del trabajo verbal, deduciremos de nuestras investigaciones que *el taller debe, en enseñanza de anormales, constituir centro instructivo más importante que la clase.*

Cabe, sin embargo, una reserva sobre el propio valor de esta conclusión. A pesar de que existen desde hace muchos años servicios hospitalarios de anormales, nos encontramos apenas, debemos confesarlo, en los comienzos de nuestras investigaciones. Tropezamos en todas partes y tropezaremos por mucho tiempo con la misma ignorancia.

Conocemos muy poco estos niños. No se nos oculta cuan incompleto es lo que acabamos de exponer.

Por eso, después de sentar principio absolutamente general relativo a enseñanza concreta, sensora, intuitiva, cúmplenos añadir en seguida que en sus aplicaciones, se debe someter este principio a multitud de temperamentos, y que nada más complejo que la pedagogía de anormales, si se quiere adaptarla a los numerosos fines que es necesario atender. Se recordará claramente que ha de concederse mayor parte a la intuición que a la abstracción; se tendrá presente en el detalle de enseñanza de anormales, como en su orientación general; pero sin descuidar tampoco los numerosos intereses a que es necesario satisfacer. Citemos algunos. Es indiscutible que deberá admitirse en escuelas y clases especiales muchos débiles leves, que habrán de volver cuanto antes a escuela ordinaria; y se dificultaría su reingreso, y aun se haría imposible si, desde el día en que entra el niño en clase especial, se le orientara en dirección muy diferente a la de escuela ordinaria. Sería esto muy grave y sensible. Ha de disminuirse la dosis de abstracción solamente en razón de la deficiencia intelectual; ningún motivo justificaría que no se instruyeran los débiles más leves en clase especial según programa poco distinto del primario, sin perjuicio de favorecerlos con enseñanza más marcadamente individual. Tal necesidad es todavía más perentoria para los inestables, de que no hablamos apenas en el presente capítulo, y que tanto abundan. No es su indisci-

plina la que los vuelve rebeldes a la abstracción, y se les prestaría flaco servicio si se apartara del programa primario a los más inteligentes, tanto más si se considera que la mayoría de inestables está destinada a ser considerablemente mejorada. Así pues, múltiples razones exigen que en ciertas clases de anormales no se descuide el programa primario usual; estos motivos son: debilidad leve de algunos niños, o su inestabilidad sin atraso, o necesidad de volver los niños más mejorados a escuelas ordinarias. Estos motivos son de aquellos que, sobre todo, tienen fuerza bajo el aspecto escolar. Hay otras, sociales, más imperiosas todavía. En la época en que vivimos, máxime en ciudades, impónese que un individuo sepa leer, escribir, contar y expresarse convenientemente. Por más que se haga notar, y con razón, que la lectura es triunfo de abstracción, y que acaso el atrasado necesite hasta dos años para aprender a silabear de modo en extremo mediocre; poco importa si es factible, aun con esfuerzos considerables, es preciso que dicho atrasado aprenda a leer. Lo reclama, no el estado de su inteligencia, sino el estado social en que convive y donde su condición de analfabeto le irrogaría grave perjuicio. En cuestiones de esta índole, las indicaciones de psicología y pedagogía deben eliminarse ante exigencias de la vida exterior; necesidad es ley. Toda la instrucción que ha de proporcionarse a los anormales está dominada por la cuestión de su aprovechamiento profesional; y pedagogía que se amoldara únicamente a la medida de su inteligencia

resultaría peligrosa, convirtiéndolos en inútiles. Como se vé, el problema es extremadamente complejo; fuera vano por demás encerrarlo en fórmula exclusiva. Ha de inspirarnos cada caso particular, las circunstancias locales, y constituir pedagogía esencialmente práctica, pedagogía de resultados, mucho más que pedagogía de fundamentos abstractos. Por consiguiente, encarecemos que, por el pronto, no se fije programa ninguno, que se les permita cierta libertad a los maestros de anormales bajo fiscalización muy discreta de inspectores primarios; abogamos porque se acepten y patrocinen todas las iniciativas inteligentes, porque se provoque reunión frecuente y asociación de tales maestros especiales, para que puedan aunar su experiencia; es decir, que se preste a escuela y clase de anormales la ductibilidad y elasticidad necesarias para que la enseñanza especial evolucione y se perfeccione como organismo vivo.





CAPITULO III

EXAMEN PEDAGÓGICO DE ANORMALES DE ESCUELA

Pronto votarán las Cámaras (1) nuevos proyectos de ley sobre organización de enseñanza de anormales. Luego se abrirán paulatinamente por todas partes escuelas para recibir estos nuevos alumnos; en el campo habrá internados; en las ciudades escuelas y, con frecuencia, clases especiales, anejas a escuelas públicas de primera enseñanza. Faltará sólo escoger anormales, eligiéndolos entre niños normales, con quienes se confunden ahora en los bancos de las aulas. ¿Cómo se practicará tal selección, que podría llamarse, desde el punto de mira médico, verdadero diagnóstico?

Conferencias con familias. — Aunque la instrucción de anormales se decrete obligatoria por la nueva ley,

(1) El autor se refiere al Congreso y Senado en 1907. *N. T.*

sería imprudente prevalerse exclusivamente de la fuerza legal para violentar la voluntad de los padres. Es preferible recurrir primero al convencimiento. Se hará ver a estos padres que sus hijos hállanse retrasados en estudios; aunque los padres ya lo saben. Se les explicará que clases de cuarenta alumnos son exageradamente numerosas para individuos de este género, y que no tiene tiempo el maestro de atenderlos. Se les dirá que la nueva ley organiza clases de 10 a 20 alumnos como máximo, en que se podrá dar enseñanza individual. Antes de instruir a su hijo, ha de comenzarse por despejarle la inteligencia, ocupándose de él con método, asiduidad y paciencia. Se hablará al corazón de estos padres, y seguramente se logrará convencerlos, sobre todo a las madres. Ha de contarse con los directores de escuela e inspectores primarios para celebrar dichas conferencias con las familias. No es necesario recordarles a éstos que no deben proferirse ciertas palabras. Jamás debe decirse a los padres que su hijo es imbécil, idiota, loco o simplemente anormal. Ha de presentársele la entrada de su hijo o hija en escuela especial como beneficio o acaso como señalado favor; no debe exigírseles su consentimiento de manera demasiado formal; se les daría a entender que ellos son quienes conceden algo y muchos rehusarían. En resumen, prudencia, agrado, buena intención y alguna diplomacia, eso se necesita; y la experiencia nos ha demostrado que no es muy difícil conquistar a los padres para la causa de la enseñanza especial (1).

(1) Claro está que sólo se entra en relación con las familias después de haber escogido los niños que se destina a clase de perfeccionamiento.

Composición de jurado de examen. — Pero ha de saberse ahora cómo se practicará el examen de ingreso de los niños. El proyecto de ley reglamenta dicho examen, si bien sólo bajo el aspecto administrativo, estableciendo que los examinadores serán tres, un director de escuela de anormales, un inspector primario y un médico. Sobre las operaciones a que debe dedicarse dicha comisión, el proyecto de ley guarda silencio absoluto.

Cuando los tres examinadores se reúnan para juzgar del grado de atraso de los niños que se les presente, ¿la carencia de programa dificultará su cometido? De ninguna manera. Toda comisión facultada con nombramiento regular, llega siempre a funcionar. La labor se efectuará entonces, acaso de manera más o menos empírica, pero se realizará. Se le pide al jurado hallar anormales, téngase la seguridad de que los encontrará. Pero, ¿qué valor tendrá dicha selección? Y, sobre todo, ¿cómo es posible que labor tan delicada, se abandone al empirismo, y resulte exacta y seria? Es deseable que en los comienzos de la obra no se cometa muchos errores; sería de mal efecto para la nueva institución. Perjudícase al normal, enviándolo a escuela especial, como se perjudica al anormal, reteniéndolo en escuela ordinaria. En lo posible, conviene no incurrir mucho en errores de este género. Y, además, ha de haber interés grandísimo en conocer anticipadamente el punto preciso en que la equivocación tiene más probabilidades de cometerse. En toda máquina, hay algún órgano menos resistente, que debe vigilarse. En toda institución humana,

hay algún detalle de organización en que radican preferentemente dolo y charlatanería.

Por cuanto hemos vigilado la organización de algunas clases de anormales y pudimos, con ciertas comprobaciones previas, cerciorarnos de tales riesgos, nos anticipamos a señalarlos de antemano; colocamos boyas sobre las rompientes que han de evitarse.

Se nos figura que la selección de anormales requiere tres órdenes de competencias; pedagogos, médicos y psicólogos. Indicaremos qué servicios han de prestar estas diversas personas. En el presente capítulo trataremos únicamente del exámen pedagógico.

Pertenece a la pedagogía hacer el primer escogido entre niños de escuelas; indicándo los sospechosos de atraso. Este cuidado incumbe en parte a maestros y directores de escuela, y en parte a inspectores primarios; el cometido de unos y otros parécenos fácil de fijar.

MISIÓN DE LOS MAESTROS:

RECLUTAR NIÑOS SOSPECHOSOS DE ATRASO

No es cosa de hacer desfilar por delante de una comisión de examen todo el contingente de una escuela, para que analice las facultades mentales de 500 alumnos. Este trabajo fastidioso cuanto inútil, ocuparía varios meses. Ha de emplearse primero método expedito que descubra simplemente *los niños sospechosos de atraso;* basta con que sean sospechosos; la comisión de examen, después de practicada esta selección, se hallará ante número restringido de candidatos, en quienes podrá concentrar su atención (1).

A directores de escuelas primarias e inspectores corresponde reconocer los niños sospechosos de atraso. ¿Cómo lo conseguirán? Vamos a exponerlo.

Retraso escolar de 3 años denota niño sospechoso de atraso. — El niño ingresa en escuela primaria pública cuando tiene unos seis años. Cada año, debe ascender una clase. Desde los seis a nueve años, está en curso elemental, de nueve a once, en curso medio; de once a trece,

(1) Observaremos de paso que tal método de división del trabajo es análogo al que preconizamos para organización de la *Cartilla sanitaria* en establecimientos de instrucción pública. Nuestra intención es simplificar la labor encomendando a maestros la parte del trabajo que estos pueden ejecutar con absoluta competencia. Véase *Le carnet sanitaire des écoliers*, par Binet et Simon. *Revue scientifique*, 26 janvier 1907.

en curso superior. No son todos tan regulares: varios se adelantan algo, bastantes, de igual modo, quedan un poco rezagados, pero en general la mayoría confórmase al plan precedente. Cuando una escuela está bien regida, cuando la distribución de alumnos en clases se verifica al ingreso de cada alumno, según pruebas rigurosas y sin demasiada complacencia por las reclamaciones de los padres, la clasificación que resulta es bonísima; no hay, puede decirse, mejor medio de saber si un niño es o no inteligente, que tomar en consideración su edad y su clase. La inteligencia, este algo tan extremadamente difícil de juzgar, evalúase con exactitud singularísima por el susodicho procedimiento. Un niño rezagado en dos años, cuando irregularidades de escolaridad, ausencia por causa de enfermedades, etc., no justifican dicho atraso, ofrece muchas probabilidades de ser menos inteligente que cualquiera regular, o que un avanzado en sus estudios. Esto se reduce a juzgar una inteligencia por el grado de instrucción; y, teóricamente, ciertos espíritus meticulosos empéñanse en formular no pocas objeciones, de las cuales, la principal consiste en advertir que confundimos inteligencia y memoria. Pero la instrucción, replicaremos, no resulta sólo de la memoria; supone también alguna voluntad, cierta facilidad de comprensión, aptitudes diversas, lo que constituye un conjunto de facultades. Bajo otro aspecto, puede compararse la escuela a medio en que debe el niño adaptarse; su aprovechamiento en los estudios es el mejor indicio para reconocer su facilidad de adaptación al medio escolar. Si

el niño no está en condiciones de seguir las clases de su edad, si es incapaz de sacar de la enseñanza el provecho ordinario, prueba con ello que no posee grado ni naturaleza iguales de inteligencia que sus camaradas del mismo ambiente; hay entonces presunción, sino prueba absoluta, de que su inteligencia es inferior a la media, o que su carácter es distinto.

De tales comprobaciones, expuestas ampliamente por nosotros en otro lugar, fundándonos en pruebas indiscutibles (1), resulta que no solamente el director de escuela, sino también cualquiera persona extraña puede determinar cuales son los niños menos inteligentes, los peor adaptados de dicha escuela, sin tomarse la molestia de interrogarlos todos individualmente. Basta con informarse de su situación escolar y cotejar ésta con su edad.

(1) Véase en particular *Année psychologique*, t. XII, p. 1; véase también la misma publicación, t. X, p. 116. Los niños adelantados en estudios, comparados con los rezagados, ofrecen desarrollo físico mejor, cabeza más fuerte, memoria más fiel, etc. En otros tiempos, cuando se quería establecer correlación entre la inteligencia de los niños y sus demás facultades, físicas y mentales, empleábase muy distinto método para hallar los inteligentes: se pedía la apreciación del maestro. Este segundo método es completamente equivocado; lo ha demostrado desde luego y sobre todo por sus resultados, ya que las correlaciones que se encuentran empleándolo son siempre débiles. Por otra parte, si se reflexiona sobre ello, fácil es comprender que el maestro, por inteligente que sea, hállase expuesto a grandísimo error cuando se propone juzgar la inteligencia de sus discípulos; no repara en edades, tan diversas, y dispensará su preferencia a los mayores. Últimamente, pedíamos a un excelente maestro cuál era el alumno más inteligente de su clase. Contestónos señalando a niño que, en realidad, y considerando su edad avanzada, hallábase retrasado dos años en la instrucción de niños de la misma edad; bien que, en la clase donde se hallaba, su edad le daba apariencia de superioridad intelectual (1).

(1) El autor demuestra con esta nota que el maestro referido no era tan inteligente como parecía. *N. T.*

No se trata aquí de apreciación subjetiva, sino de simple comprobación de estado de cosas. El único punto en que habrá de serse prudente es en el cálculo de ausencias. El retraso escolar de un niño adquiere sólo importancia, si coincide con escolaridad regular. Hoy, la obligación de asistir a la escuela no es muy respetada, hay en el campo niños que sólo van a la escuela a ocho o nueve años; no nos extrañará que estos remisos no sepan leer, ya que nadie se lo enseña. Ha de tenerse en cuenta después las enfermedades largas. Si tales insuficiencias de escolaridad constituyen número respetable de meses, se los descontará del total de años de escolaridad. El niño que viene a la escuela desde la edad de seis años, que tiene nueve de edad, y que ha estado ausente durante unos 250 días, debe considerársele bajo el aspecto escolar como niño de ocho años. Costará poco a los directores de escuela practicar esta evaluación. Hállanse en su elemento; y de presentarse algún caso complejo, lo resolverán en seguida. Ha de recordarse también que el número de clases varía según las escuelas, y que algunas de ellas son paralelas. Se recordará, en fin, que puede colocarse al atrasado, en razón de su edad, en clase demasiado elevada para su saber; este caso se presenta a menudo.

Se objetará, respecto al cargo de *reclutadores* que asignamos a directores de escuela y maestros. Se nos recordará que há unas dos años, cuando se emprendió una estadística de anormales por encuesta, muchos directores de escuela respondieron de manera notoria-

mente insuficiente. En el mismo París, vióse escuela que acusaba 25 p. 100 de anormales, mientras que otra escuela vecina no señalaba ni uno solo; esto constituía, según irónica ocurrencia de M. Bédorez, percentaje medio de 12 p. 100.

Desde luego, diremos nosotros, ¿habíase cometido error? No está probado, ya que el número de anormales varía muchísimo de una escuela a otra. Pero admitamos el yerro, y preguntemos a quien debía considerarse responsable. El director de escuela comprendería mal lo que las hojas de encuesta le explicaron todavía peor. En efecto, leemos en dichas hojas la siguiente definición de atrasados; *individuos en estado de debilidad mental, poseyendo sólo inteligencia y responsabilidad menguadas que no les permiten adquirir — en escuela común y con métodos usuales de enseñanza — el término medio de instrucción primaria que reciben los demás alumnos.* Si se tomara a la letra ésta fórmula, evidentemente casi la mitad de niños franceses sería anormal, ya que hállase forzosamente por bajo del promedio (1). Si el maestro ha de trabajar con inteligencia, es indispensable orientarlo con mayor precisión. Después de haberle mostrado que en princi-

(1) No cabe insistir más acerca de la crítica de esta vaga fórmula administrativa, ya que los especialistas, o sean los alienistas, no tuvieron mejor acierto en definir los niños anormales. Volveremos detalladamente, algo más adelante, sobre la importancia capital, desde el punto de mira práctico como científico, de esta cuestión de definiciones, y demostraremos que es verdaderamente posible concretar definición de idiota, de imbécil y de débil.

pio el niño anormal es aquél que no se adapta, o se adapta mal, a la vida escolar, se le indicará que los grados de inadaptación son en número indefinido; pues es muy excepcional que el niño incluso anormal no se adapte nada y no aprenda absolutamente cosa alguna en la escuela ordinaria. Queda así por determinar el grado de retraso o de inadaptación que se estima necesario para ser considerado anormal.

Según convenio admitido en Bélgica, y que modificamos ligeramente, el retraso para constituir anormal es de dos años cuando no alcanzare el niño edad de nueve, y de tres, si ha traspasado el niño los nueve años. Regla muy precisa, fácil de aplicar a todos los niños, con las correcciones más arriba expresadas relativas a insuficiencias de escolaridad, que pueden devenir circunstancia atenuante. Regla quizás algo rígida, lo reconocemos, pero que podrá flexibilizarse siempre al analizar de cerca los casos individuales en que se haya comenzado a aplicarla.

Así pues, el método que acabamos de indicar permite efectuar la selección primera.

Esta selección será buena, sin ser definitiva; será buena, porque saca provecho de larga experiencia acumulada, y proseguida luengos años. Para que el niño esté retrasado en tres años, ¡imagínese cuánta distracción e incomprensión se necesita! En cuanto a nosotros, atribuímos grandísimo valor a este testimonio experimental. Es punto de partida, dato inicial; puede,

debe interpretarse, completarse; pero jamás se justificaría su olvido. Aun diremos osadamente que si, por cualquier azar desgraciado, otros métodos más sutiles se hallasen en contradicción con aquella, y concluyesen con el atraso de niño que se adaptare a la vida escolar, la prueba de vida escolar es la que debiera considerarse más importante. ¿Cómo, en efecto, se declararía atraso en niño que sacara partido de sus estudios, que fuese regular, que aprovechara la enseñanza? Resumámonos, pues, diciendo que *disponemos de procedimiento muy sencillo, que permite reconocer cuantos niños sobre los cuales hay sospecha razonable de atraso intelectual; tal procedimiento consiste en percatarse bien del retraso de los niños en sus estudios.*

Para descubrir niños inestables, la regla es la misma. Es necesario que el director de escuela escoja los niños que, por su carácter indisciplinado no pudieron someterse al régimen ordinario de la escuela y en ella fueron continua causa de desorden. Mientras los atrasados no se adaptan, por deficiencia intelectual, los inestables tampoco por incompatibilidad de carácter. En el primero, como en el segundo caso, trátase igualmente de falta de adaptación; y la mejor prueba que dicha falta se ha producido en tal o cual niño, es la comprobación continuada en varios años, el testimonio de diversos maestros que se declararon impotentes, a pesar de su buena voluntad, para sujetar a la regla el

niño pertinaz. Solamente ha de reconocerse que la apreciación de inestabilidad es mucho más delicada, más subjetiva que la de atraso. Manifiéstase ésta por hecho concreto y comprobable, insuficiencia de instrucción. Por lo contrario, la inestabilidad del niño no afecta sino ligeramente su inteligencia y sus éxitos en los estudios; se revela en el exterior sobre todo por quejas de los maestros. Y éstos, para que todo se diga, inclínanse acaso a abusar algo del defecto de inestabilidad, máxime, si con ello logran dar con el medio de desembarazarse de niños que no gozan de su simpatía. Veremos, algo más adelante, cuando hablemos de la misión del inspector, cómo debe éste comprobar aserciones de directores de escuela.

Reparto del efectivo de la escuela. — Para realizar administrativamente el principio que acabamos de formular, se envía circular a las escuelas, pidiendo a los directores, según cuadro cuyo modelo se les facilitará en blanco, distribución de los niños por edades en cada clase. Este trabajo es fácil, y ha de exigirse en plazo máximo de 8 días, como hemos podido asegurarnos; al cabo de este emplazamiento, 20 escuelas de primera enseñanza de París nos facilitaron los estados pedidos, por mediación de los inspectores primarios. Presentamos uno de estos estados, que vamos a estudiar rápidamente parándonos sólo en los detalles necesarios.

Pídese, pues, que, en el cuadro, cuyo modelo se facilitó en blanco, el director inscriba el número de niños que, en primero de Octubre, es decir, el día de ingreso en clase, tenían de tal a cual edad, por ejemplo, de seis a siete años. Téngase, por otra parte, presente, que las edades normales para los cursos son las siguientes:

Curso preparatorio (o clase de párvulos), de seis a siete años;

Curso elemental, año 1.º, de siete a ocho años;

Curso elemental, año 2.º, de ocho a nueve años;

Curso medio, año 1.º, de nueve a diez años;

Curso medio, año 2.º, de diez a once años;

Curso superior, año 1.º, de once a doce años;

Curso superior, año 2.º, de doce a trece años.

Así, los regulares de curso preparatorio o clase de párvulos tienen de seis a siete años. Según el cuadro, se pide que figuren en la primera columna de la izquierda los que, al ingresar, tenían de seis a siete años:

Escuela de niños de la calle Grange-aux-Belles.

RÉPARTO DEL EFECTIVO

CLASES	CURSOS (Indicar clases paralelas por A, B.)	NÚMERO DE ALUMNOS ACTUALES que, en 1.º de Octubre 1906, tenían de: 5 a 6 años	6 a 7 años	7 a 8 años	8 a 9 años	9 a 10 años	10 a 11 años	11 a 12 años	12 a 13 años	13 a 14 años	14 a 15 años	15 a 16 años	TOTALES
	Complementario. .												
	Superior A												
Cl. 1.ª	Superior B						6	12	16	4	1		39
Cl. 2.ª	Medio, 2.º año . . .					1	13	17	5			2	38
Cl. 3.ª A.	Medio, 1.º año . . .				9	14	9	6					40
Cl. 3.ª B.	» » »			1	4	15	10	7			2		38
Cl. 5.ª	Elemental, 2.º año.			6	14	11	2		1		1		35
Cl. 6.ª	Elemental. 1.º año.		6	23	8	6			2	2			47
	Clase de párvulos.	3	42	12			8	3					68
	Totales	3	48	42	43	50	42	45	25	6	1	2	305

Ahora bien, tómense los dos casos extremos que responden a esta condición. El niño tenía seis años justos cuando ingresó; es regular, retrasado en 0 años, 0 meses, 0 días. Por el contrario, el niño tenía siete años justos, o, mejor, siete años menos un día a su entrada; este niño estará, pues, atrasado exactamente en un año. Por consecuencia, la columna en que se agruparon niños de seis a siete años para curso preparatorio comprende niños retrasados en 0 días, como mínimo, y niños retrasados en 1 año, como máximo; la media estará entonces retrasada en seis meses. Razonamiento análogo demostraría que, en la columna anterior aferente (1)

(1) Que trae. *N. T.*

los de cinco a seis años, la media ha de estar adelantada en seis meses; igualmente, en la columna de siete a ocho años, trátase de retraso medio en año y medio, y así sucesivamente (1).

Interpretación de cuadros de efectivo. — Trátase ahora de quitar de tales cuadros numéricos los atrasa-

(1) Simple ojeada denota que en el cuadro siguiente, presentado como muestra, todos los alumnos no son regulares, ni con mucho. En él hemos señalado el efectivo de niños que siguen curso medio del año 1.° en ocho escuelas de niños; vése que hay más niños retrasados que adelantados.

Curso medio, año 1.°

	7 a 8 años	8 a 9 años	9 a 10 años	10 a 11 años	11 a 12 años	12 a 13 años	13 a 14 años
	—	—	—	—	—	—	—
Escuela A.	1	13	29	19	13	3	
— B.	2	11	19	11	2	2	
— C.	2	9	18	24	12	2	
— D.		9	12	10	9	1	1
— E.	2	1	6	17	15	3	
— F.		1	5	14	16	5	
— G.	13	16	14	5	3		
— H.	6	19	16	9	2		
	26	78	119	109	67	16	1

Pues bien, si todos los niños fuesen regulares, deberían dividirse sólo por partes iguales entre las columnas de ocho a nueve años y de nueve a diez, ya que, como se explicó, los de esta primera columna ofrecen promedio de adelanto de seis meses. Luego, la distribución es muy diferente. La mayoría hállase situada entre las dos columnas de nueve a diez y de diez a once años, lo cual constituye retraso medio de un año. No sabemos si tal hecho que observamos en 7 escuelas primarias tomadas sin escogerlas adrede es general o resulta de combinación numérica casual. Nos inclinamos, sin embargo, hacia la primera solución y admitimos, mientras no se presentare prueba contraria que *la mayoría de los niños en curso medio lleva casi un año de retraso en relación a las previsiones de los progamas.* Este curso medio se toma aquí como ejemplo. Cálculos efectuados sobre reparto de edades en otros cursos nos proporcionaron resultados equivalentes.

dos. Nada más fácil si se consiguen las reglas propuestas. Volvamos a nuestro cuadro de reparto de efectivo (pág. 66). Se considerará como sospechosos de atraso los niños inscritos en las columnas 4 y siguientes, contando desde la izquierda, en curso preparatorio; en las columnas 6 y siguientes, en curso elemental, año 1.º; en las columnas 7 y siguientes, en curso elemental, año 2.º; en las columnas 8 y siguientes, en curso medio, año 1.º; en las columnas 9 y siguientes, en curso medio, año 2.º Calcúlese el retraso que implican las columnas indicadas y se verá que tal retraso es, por bajo de nueve años, igual a más de dos años; y por encima de los nueve, igual a más de tres años.

El número de niños sospechosos de atraso que se obtiene por este procedimiento es extremadamente variable de una escuela a otra, sin contar los errores que cometen los directores con lamentable frecuencia. Hemos hallado proporciones variables entre 0,20 p. 100 y 10 p. 100 con todos los intermedios. La media de sospechosos en 10 escuelas de niñas, contando población de 300 concurrentes por término medio, fué de 3,7 p. 100; en 8 escuelas de niños, situadas en el mismo ambiente y estrictamente comparables a las anteriores, resultó algo mayor, de 5,35 p. 100. Queda bien sentado que tales cifras son provisionales; no corresponden a verdaderos atrasados, sino a niños sospechosos de atraso; y, además, no comprenden los inestables, si éstos no son al propio tiempo atrasados.

Después de formar dichos estados, se escribe a los directores de escuela o bien se les convoca para pedirles los nombres de estos atrasados y otros varios datos para la admisión.

Tales reseñas referiránse a tres puntos principales:

1.º Indicar nombres, apellidos, fecha de nacimiento de los niños atrasado (en dos o tres años según las distinciones formuladas antes), e igualmente si este retraso se justifica por falta de escolaridad o por falta de aplicación o de inteligencia del niño.

2.º Señalar los niños que, a pesar de no hallarse comprendidos en la categoría precedente de atrasados, parecen sin embargo ser anormales bien caracterizados.

3.º Denunciar también los niños inestables, considerados rebeldes a cualquiera disciplina, según opinión de varios maestros que los hayan tenido en sus clases.

Hemos recibido ya respuestas de esta índole, nos han parecido instructivas, traspasan, por cierto, el estudio de anormales, y podrían esclarecer algo la psicología de lo que se llama vulgarmente *cangrejos*. Generalmente, los retrasados lo son por causa de enfermedades, achaques o debilidad enfermiza; indícase, sin embargo, niños de padres nómadas, otros cuyos padres se abstienen de enviarlos a la escuela, otros que asistieron a escuela congregacionista y aprendieron poco en ella fuera de costura y escritura, otros que muy fre-

cuentemente cambiaron de escuela, otros que llegan del campo, otros también de nacionalidad extranjera y comprenden mal el francés, otros, en fin, que se retrasaron en sus estudios por miopia no reconocida. Estas son causas extrínsecas al niño. Las causas de retraso personales son falta de inteligencia, lentitud de espíritu, indisciplina, carácter raro e irritable, estado continuo de distracción, y por añadidura, su pereza.

La interpretación completa y metódica de documentos relativos a 223 niños retrasados tres años nos ha mostrado ciertos hechos interesantes. Es muy raro que la causa del retraso sea única; en general, acrimínase varias causas que obran simultáneamente; la flaqueza de inteligencia, complicada con dolencias, se señala en 20 p. 100 de casos; la insuficiencia de escolaridad (originada, no por enfermedad, sino por otras causas), complicada de flaqueza intelectual, se encuentra, en 25 p. 100 de casos. Si, descuidando tales asociaciones de causas, se calcula simplemente la frecuencia con que se invoca una cualquiera de dichas causas del retraso, llegaremos a las proporciones siguientes:

Flaqueza intelectual.	50 p. 100
Insuficiencia de escolaridad (sin dolencia). .	33 —
Enfermedad.	25 —
Falta de aplicación, pereza	7 —

Si se admite, lo cual, evidentemente, es hipotético, que la frecuencia de acción de uno de estos cuatro factores mide su potencia activa, se deducirá que la pereza explica muy raras veces retraso escolar tan grande como es el de tres años, y que el factor más importante es la debilidad intelectual. Habíamos pensado que los maestros invocarían con preferencia la causa baladí de falta de aplicación; no ha sido de este modo; y estos resultados confirman inesperadamente el convenio según el cual todo retraso de tres años ha de inducirnos a suponer inteligencia débil.

Interesa saber si ciertos niños realmente atrasados de inteligencia escapan a la revelación que proporcionan los cuadros de reparto del efectivo. Hemos propuesto dicha pregunta por escrito a directores y directoras de escuelas, y nos han indicado 15 niños, o sea 6 p. 100, que, en efecto, parécenles buen número de atrasados de inteligencia, pero no presentan retraso escolar de tres años. Verificada comprobación, vióse que los directores cometieron errores varios; y el único residuo que escapara a nuestro censo se representaba por tres individuos a quienes falta un mes, o algunas semanas para alcanzar plenamente los tres años de retraso: encuéntranse, pues, en la frontera, y tales casos excepcionales se presentan siempre cuando se establece límite preciso; no hay por qué preocuparse.

Directores y Maestros hostiles. — Importa hacer constar que los procedimientos de selección indicados

pueden utilizarse sin el concurso de los directores de escuela. En efecto, ha de preverse todo, incluso hostilidad del personal escolar. Puede haber director que tenga un anormal en su escuela y se abstenga de decirlo. Este director es indiferente, no cree en la utilidad de enseñanza especial (1), o simplemente se complace en la inactividad; es timorato, que teme complicaciones, o que teme muchísimo las recriminaciones de padres de carácter vidrioso, a traves de quienes vislumbra *la silueta* hostil de algún concejal o periodista (2). Finalmente, puede ser ignorante, pero ignorante de primer orden, que imagina todavía que, para ser anormal, el niño debe presentar incontinencia de orina y cabeza de pilón de azúcar (3). Hemos tropezado ya con personalidades de este género. El tipo escéptico es el más frecuente. Recordamos un director de escuela que, interrogado por nosotros, respondió con irritante tranquilidad: «Tengo 500 alumnos en mi escuela. Estoy convencido de que ninguno de ellos es anormal. Ustedes creen lo contrario. Les abro mi escuela. ¡Busquen!» y proseguía con sonrisa escéptica: «El médico de la escuela y yo, tenemos gran curiosidad por ver como practicarán su encuesta». En realidad, la proporción de anormales que

---

(1) El caso se presenta actualmente en Bélgica. El director de la escuela 14, primera escuela de enseñanza especial que se fundara, ha devenido, según nos dicen, adversario a dicha enseñanza.

(2) Se ha visto inspectores primarios que decían abiertamente delante de maestros: «¡Si yo tuviera un anormal en mi escuela, me lo callaría!»

(3) Puntiaguda (acrocefalia). *N. T.*

había en su escuela resultaba normal; eran aproximadamente 2. p. 100.

Así, cuando la *Comisión ministerial* prescribió el padrón de anormales, hemos observado en las hojas de estadística que tuvimos entre manos, que ciudades enteras, y tan importantes como Fontainebleau, respondieron: «Nada», a pesar de saber con certidumbre, por encuesta personal, que dicha respuesta es falsa.

La abstención sistemática del director de escuela se ha, pues, presentado ya; y seguramente, se presentará todavía, hasta cuando la ley rija plenamente. Sin duda, se establecerán mejores ideas, y las resistencias serán menos. Pero jamás nulas. Se ha visto como podía prescindirse de ellas cuando se encontrasen.

Podrá prescindirse de ellas, para conocer niños retrasados; pero los niños anormales mas no retrasados, los niños inestables escaparán acaso, a menos que el inspector primario visite la escuela y, sabiendo las disposiciones del director, no tome la precaución de interrogar a los maestros adjuntos acerca de los niños de su clase que les causen mayor molestia bajo el aspecto disciplinario. Por lo regular, les tiene cuenta a los maestros denunciar estos alumnos, para que se los quiten.

MISIÓN DEL INSPECTOR PRIMARIO:

INTERPRETAR, COMPROBAR, JUZGAR

El inspector primario debe representar, en examen pedagógico, fuerza comprobatoria. El es quien revisa los documentos facilitados por el maestro; él es quien interpreta dichos documentos y precisa su valor verdadero.

Trabájase mejor cuando uno siente amenaza de revisión. Los directores de escuela pondrán todavía más cuidado en el reclutamiento de anormales, si saben que todos sus candidatos serán examinados por persona cuya competencia es de igual valor que la suya, pero más elevada en jerarquía. El inspector primario, que por lo regular conoce bien su personal, comprenderá a primera vista lo que debe pensar de los informes que se le facilitan. El sabe que el maestro tal es demasiado severo, el maestro cuál demasiado indulgente; ha de calmarse a los celosos, estimular a los indolentes, levantar el ánimo de los desmayados. Cuando se trata de apreciar la inestabilidad de un niño, es imprescindible conocer el carácter del que juzga al niño. Excelentes maestros no alcanzan a tener en alguno de sus alumnos el influjo necesario, ya porque se muestran benignos cuando debieran tener severidad, ya porque se indisponen por brusquedad o rigor excesivo con

temperamentos que han menester ser halagados. El inspector llegará hasta dejar cada cosa en su punto; y con facilidad, porque tiene costumbre, porque constituye su oficio, interpretará justamente los hechos que sc le aportan.

Apreciación de insuficiencias de escolaridad. — La labor del inspector comenzará, según nuestra opinión, por el examen de informes que le faciliten sobre niños retrasados. Se percatará, por los datos que le envíen, de cuáles son los niños cuyo retraso debe cargarse en cuenta a escolaridad irregular, cuáles también aquellos de quienes hay derecho de sospechar atraso intelectual o inestabilidad. Practicará, pues, primera selección. Es asunto de buen ojo, de costumbre y buen sentido.

He aquí algunos ejemplos de reseñas que han menester reflexiones:

Renata G., niña de trece años, pertenece al curso medio, año 2.°, por lo tanto ofrece tres años de retraso escolar. La explicación que la directora facilita de tal retraso es como sigue: «Padecía oftalmía contagiosa; no fué admitida en la escuela sino a diez años. Inteligencia mediocre.» Si la reseña es exacta, es natural que esta niña, en tres años, no haya pasado más de 4 a 5 grados de escolaridad.

Citemos todavía otros ejemplos donde parece excusarse bien el retraso escolar por causas extrínsecas al niño.

Susana M..., doce años y medio (2 años de retraso escolar). Siempre muy enfermiza, falta a menudo; inteligencia media normal.

Ivona D..., diez y medio (2 años de retraso). Ha vivido mucho tiempo en barco, sin ir a la escuela; inteligencia media, muy aplicada.

Eugenia V..., once años y medio (3 años de retraso). Educada por religiosas hasta Octubre último; inteligencia poco desenvuelta, tarda para entender; escribe y cose bastante bíen; tropieza en ortografía.

Susana B..., once años y medio (2 años de retraso). Niña inteligente y aplicada, ha efectuado muchos viajes con sus padres y luego estuvo como medio pensionista. En la escuela, desde Octubre, ha realizado muchos progresos.

Ana E..., once años y medio (2 años de retraso). Oriunda de Suiza alemana, fué criada en Inglaterra, y vive en París sólo hace año y medio.

Germana G..., diez años (3 años de retraso). Asiste a la escuela desde 1903. Niña muy miope. Sólo durante el curso del año pasado notóse que este defecto visual le impedía aprender a leer. Desde que usa lentes, hace progresos notables.

Margarita L..., diez años (2 años de retraso). Esta niña tiene enfermos los ojos. Ha sido operada varias veces.

Sin presumir de opinión justa y definitiva en los casos precedentes, puede suponerse que el retraso escolar es debido a enfermedad, o a irregular asistencia a la escuela. Si es necesario, se apurará la cuestión más y mejor, con encuesta especial en las demás escuelas donde asistiera dicha alumna, o bien se pedirá donde asistiere el número exacto de días de ausencia.

En otros casos, parece claro ser la inteligencia del niño causa principal del retraso. Citemos:

Juana L..., diez años (2 años de retraso). Asiste regularmente a la escuela: lerda y perezosa.

Hortensia G..., (2 años de retraso). Carácter irritable. Muy rezagada en cálculo y ortografía; inteligencia mediocre.

Maria R..., (2 años de retraso). Inteligencia muy mediocre, desatenta, progresos muy lentos.

Blanca S..., (3 años de retraso). Inteligencia muy inferior a la media. Muestra alguna aptitud para costura y cálculo; pero muy rezagada en lo restante; incapaz de responder con buen sentido y reflexión.

Juana B..., (2 años de retraso). Inteligencia más que mediocre; ninguna respuesta con buen sentido.

Después de leídas estas reseñas, de haber formado juicio acerca de ellas y recoger, en caso necesario, nuevos datos sobre escolaridad de los niños, y acerca de los métodos de enseñanza que les fueron aplicados, el inspector primario escogerá (1). Resolverá cuales son los niños que debe examinarse, y les hará llamar.

Se entiende que ahora el niño debe presentarse y que interrogándolo es como el inspector formará juicio de su nivel mental. Este interrogatorio es de suma importancia. Ha de observarse al niño, hacerlo hablar, seguir los cambios de su fisonomía, examinar sus facciones: recíbese así impresión directa que raras veces engaña al ojo experto.

Se le hará también hablar algo sobre temas cualesquiera:

---

(1) Bastante sabemos, par experiencia personal, que ha de serse algo exigente para obtener de ciertos directores de escuela informes concretos. Los directores tienen tendencia lamentable a decir sumariamente: «Escolaridad regular o irregular», en vez de buscar en sus registros número exacto de faltas. El inspector exigirá que se le faciliten dicho número exacto. La cuestión se complica cuando el niño ha asistido a varias escuelas. Si son escuelas públicas, puede pedírseles informe. Pero de ser escuelas particulares, ¿cómo hacerse cargo de la asiduidad con que los niños asistieran a ellas y, sobre todo, del valor de los métodos de enseñanza allí empleados?

por ejemplo, la profesión de sus padres... Después de estos preliminares comienza el examen propiamente dicho: es doble, examen de instrucción y examen de inteligencia.

COMPROBACIÓN DEL GRADO DE INSTRUCCIÓN

Se presenta al inspector un alumno como perteneciendo por ejemplo a curso medio, 1.er año. ¿Es cierto? Podría ser que dicho niño fuese el último del curso, o àcaso incapaz de seguir la enseñanza y permanecer extraño; podría ser que el curso fuese extraordinariamente bajo, respecto a nivel. Todo esto ocurre, y varias veces lo hemos comprobado. En muchos casos el director, por complacencia con los padres, coloca un individuo en curso superior a su capacidad. Examen breve permitirá comprobar la clasificación; esta comprobación es en absoluto necesaria y sabemos que los inspectores primarios son especialmente hábiles en ello. Harán que se les presente el cuaderno quincenal, examinarán las notas del alumno, sus cuadernos de ejercicios, lo cual les proporcionará la primera apreciación. En cuanto a las preguntas que debe hacerse, presentaremos observaciones en un punto solo, si bien éste tiene alguna importancia, por tratarse de método.

Es posible examinar de dos maneras el grado de instrucción: hay, permitásenos la expresión, el examen *ad vultum tuum*, que consiste en formular cualesquiera preguntas que se vengan a la mente; y hay *procedi-*

miento metódico, que consiste en hacer preguntas escogidas de antemano, cuya dificultad se conoce, y para las cuales, una especie de *baremo* (1) *de conocimientos* indica el promedio de errores que comete el niño normal en cada edad. El procedimiento metódico no pide más tiempo que el otro; y aun es más fácil, ya que no exige cada vez renovar el esfuerzo de imaginación; lo estimamos por otra parte absolutamente indispensable para fijar de manera objetiva el grado de instrucción de anormales el día de su ingreso en la Escuela. Es extremadamente importante que tal grado de instrucción se conozca; es referencia a la que habrá necesidad de recurrir siempre que quiera saberse la medida en que un niño aprovecha la enseñanza especial. Volveremos sobre el particular en el capítulo referente al *rendimiento escolar de escuelas.*

Nos ha parecido que el examen de instrucción puede versar sobre tres ejercicios fácilmente comprobables: lectura, cálculo y ortografía. He aquí un cuadro sencillísimo de conocimientos que nos ha servido mucho para verificar exámenes. Se compuso con la muy asidua colaboración de M. Vaney, que se ha especializado en la cuestión importante de medida del saber. Dicho cuadro encaja en los cursos elemental y medio, y esto basta para descubrir anormales, ya que no los hay en curso superior.

Huelga certificar que la composición de este *baremo*

(1) *Baremo* (del inventor Barême), especie de *tabla* o *cuadro* con cuentas hechas. Es galicismo.

de conocimientos escolares resulta de experimentos concretos. Se ha establecido, para cada edad, media de conocimientos de todos los niños que tengan esa edad, y diseminados en la escuela; habríase podido asimismo tener cuenta solo de los resultados obtenidos con niños regulares, típicos, que estuvieren en clase de su edad; pero reflexionándolo, hemos rechazado tal procedimiento, por arbitrario; pues está influído por la dificultad de programas que constituyen obra *a priori*, mientras que el promedio proporcionado por todos los niños de la misma edad es menos artificial, es expresión adecuada a la realidad. Notemos de paso que estos dos procedimientos de cálculo no conducirían de ningún modo a resultados equivalentes; media proporcionada por niños *regulares* es más elevada que la facilitada por *todos* los niños, pues, como se mostró antes, hay más niños rezagados que adelantados. Finalmente, la época del año en que se hacen las pruebas no es indiferente. Para cálculo y ortografía, la época escogida fué últimos de Febrero, a la mitad del curso de estudios; para lectura, vémonos obligados a utilizar resultados demasiadamente elevados, porque se obtuvieron más tarde, en Junio.

Démos algunos detalles acerca de los tres ejercicios especificados en nuestro *baremo*.

Lectura. — El procedimiento que adoptamos consiste esencialmente en distinguir 5 grados de lectura (1).

---

(1) La idea de separar claramente estos diferentes grados de lectura pertenece a

Baremo de conocimientos adquiridos por niños de escuela primaria.

EDAD DE LOS NIÑOS en 1.° de Octubre	CURSO	GRADO DE LECTURA	CÁLCULO	NÚMERO DE FALTAS EN EL DICTADO			ORTOGRAFÍA (DICTADA)
				Frases 1, 2, 3, 4.	Frases 1, 2, 3.	Frases 1 y 2.	
6 a 7 años. .	Prepara-torio.	Subsilábica, silábica.	De 19 manzanas sustraer 6 manzanas. (Solución 13).	119	62	28	*Frase 1.*-Emilio es un niño muy bueno, escucha a su papá y a su mamá, asiste a la escuela.
7 a 8 años. .	Elemental, Año 1.°	Vacilante.	Sustraer 8 sueldos (1) de 59 sueldos (Solución 51).	119	62	30	*Frase 2.* - Tengo cabeza, dos brazos, dos piernas, boca, veinte dientes, lengua, diez dedos.
8 a 9 años. .	Elemental, Año 2.°	Vacilante - corriente.	Una caja contiene 604 naranjas. Se vende 58. ¿Cuántas quedan? (Solución 546.)	78	47	19	*Frase 3.*-Brilla el sol con sus más alegres rayos. Los hombres parten cantando. Los pastores se regocijan con el hermoso día que les espera, conducen al pasto el numeroso rebaño de pesadas vacas.
9 a 10 años.	Medio Año 1.°	Corriente.	Para hacer un vestido, se necesitan 7 metros de paño. ¿Cuántos vestidos se confeccionarán con 89 metros, y cuál será el retazo sobrante? (12 vestidos, más 5 metros).	42	25	4	
10 a 11 años	Medio Año 2.°	Corriente - expresiva.	Un obrero gana 250 fr., en el mes de febrero. Ha gastado 195 fr. ¿Cuánto ha economizado por día teniendo febrero 28 días?	11	4	1	*Frase 4.* - El mozo de labranza, con su paso lento, entraba en la granja, todavía oscura, donde descansábamos. Los bueyes mugian por lo bajo. En el patio, gallo, gallinas, perro iban y venían.

(1) Moneda de 5 céntimos. *N. T.*

He aquí la definición de estos 5 grados.

1.° *Lectura presilábica;* el niño silabea, pero con lentitud extrema y comete muchas faltas.

2.° *Lectura silábica;* consiste en hacer pausas en cada silabea, pero leyendo éstas con bastante corrección. El niño que se halla en lectura silábica pronuncia así: *El — sol — da — do — lle — va — ba — un — gran — fu — sil,* etc.

3.° *Lectura vacilante* o *titubeante.* Hay pausas como en la lectura anterior, sólo que son menos frecuentes; no se producen después de cada sílaba, el niño procede por palabras o grupo de palabras. Ejemplo: *El soldado llevaba — un gran fusil.*

4.° *Lectura corriente;* no hay otro paro que el de los signos de puntuación, pero con monotonía, como si el niño no comprendiera el sentido de lo que lee. A veces baja la voz al final de las frases.

5.° *Lectura expresiva;* expresa, por la variedad de sus entonaciones en el curso de la frase, que el niño posee inteligencia de lo que se lee.

Cabe, creemos, emplear no solamente las fórmulas *lectura silábica, lectura corriente,* etc., sino también tipos mixtos, como *lectura titubeante-corriente, lectura corriente-expresiva,* y aun tipos mixtos con entonación de

---

M. Vaney, que ha hecho recientemente sobre el particular una comunicación a la *Societé libre pour l' étude psychologique de l' enfant* (Véase el *Bulletin* de Marzo 1907, Paris Alcan).

uno de los epítetos, tales como lectura TITUBEANTE-*corriente*. Esto es muy expedito en práctica.

Hemos dicho que el cuadro de lectura se compuso con experimentos efectuados por M. Vaney al final del año escolar. Lo hemos modificado algo con experimentos practicados por nosotros en Febrero. Sea como fuere, conviene dar aquí el cuadro imaginado por M. Vaney, ha sido hilvanado no por edad, sino por clases.

CURSO	NÚMERO DE NIÑOS QUE POSEEN LOS SIGUIENTES GRADOS DE LECTURA					TOTALES
	Nulo	silábico	vacilante	corriente	expresivo	
Curso prep.	12	26	2			40
— elem. año 1.º.		5	32	4		41
— elem. — 2.º.			24	11	2	37
— medio, — 1.º.			15	18	8	41
— medio, — 2.º.			10	19	9	38
— medio, — 3.º.			8	11	15	34
— superior				5	35	40
Totales	12	31	91	68	89	271

He aquí ahora algunos consejos sobre la manera de emplearlo:

La lectura es prueba que no requiere un minuto. se hará leer texto fácil de comprender por niños, con preferencia relato animado, con partes dialogadas, para que pueda apreciarse luego si el lector es capaz de poner en ello alguna expresión. Debe evitarse prolongar la lectura más allá de 45 segundos, porque el niño joven se cansa pronto y, al cabo de un minuto,

lee peor que al comienzo. En vez de contentarse con juzgar si el niño lee bien o mal, lo que no significa mucho, hay grandísima ventaja en adoptar estos cinco *grados* de lectura, fáciles de distinguir con alguna costumbre, y son menos subjetivos de lo que podría creerse, pues dos jueces llegan sin concertarse, a dar en la mayoría de casos la misma nota. Refiriéndose al prontuario, se observará que los niños pasan fácilmente de lectura silábica a lectura titubeante; por el contrario, el paso de ésta a lectura corriente es mucho más lento y penoso. Esta dificultad se tendrá en cuenta en los juicios.

A título de ejemplo, citaremos nuestras apreciaciones en grados de lectura acerca de algunos niños atrasados, y el cálculo de retrasos resultantes.

Los entresacamos de experimentos personales, practicados en clase de anormales de París.

NOMBRES	EDADES	NATURALEZA DE LA LECTURA	RETRASO
Coch.	14 años.	Lectura *titubeante*-corriente.	6 años.
Griv	10 años 1|2.	Lectura titubeante-corriente.	2 años 1|2.
Sev	13 anos 1|2.	Lectura titubeante-corriente.	5 años.
Coff	11 años.	Lectura silábica-titubeante.	4 años.
Ro	12 años.	Lectura silábica-*titubeante*.	5 años.
Ostro	12 años 1|2.	Lectura titubeante-*corriente*.	4 años.

Se observará que, a pesar de su edad avanzada, casi todos estos niños no han logrado todavía lectura corriente franca.

Para evaluar la lectura, encuéntrase uno a veces indeciso por falta de referencia exacta en el cuadro. Así, el joven Coff... tiene lectura silábica-titubeante; el prontuario la menciona, y habría de figurar como término de paso entre lectura silábica de curso preparatorio y lectura titubeante de curso elemental, año 1.º Puede calcularse el retraso, sea admitiendo la existencia de este término de transición, sea suponiendo que Coff... tiene lectura titubeante; esto ofrece prácticamente muy poca importancia, puesto que el resultado sólo varía el retraso en seis meses.

Cálculo. — Aunque la fuerza en cálculo corresponda a aptitudes muy especiales, y que un niño pueda ser inteligente sin saber calcular, las nociones que se le piden aquí son tan elementales, y la ignorancia que se le tolera es tan grande que su falta en prueba de cálculo ofrece significación seria. Seguimos en esto indicaciones de M. Vaney (1), que se ha servido simplificar, a nuestro ruego. Todas las preguntas de cálculo han de dictarse y pueden asimismo serlo colectivamente. Además, es esencial no intervenir preguntando al niño qué operación ha de practicarse. Esta indicación volvería el trabajo bastante fácil, y es el problema en sí mismo lo que debe resolverse, en la forma muy precisa y muy aquilatada en que se propuso. El problema, mucho más que la operación, requiere inteligencia. Además se ob-

(1) El trabajo completo de M. Vaney se ha publicado en l'*Année psychologique*, t. XI. p. 146, con el título: Medida del grado de instrucción de los alumnos, en cálculo.

servará que la dificultad de nuestras fórmulas ha sido calculada; las palabras *sustraer, descontar, resto* no deben cambiarse por sinónimos, ni, con mayor razón, explicarse. Aun cuando, como ocurre a menudo, el niño cometiese falta en el primer problema (dijese, por ejemplo: 19 — 6 = 12, etc,), no debe quedarse aquí; esto puede ser falta de atolondramiento; se probarán siempre grados superiores, hasta que se tenga el convencimiento de que el niño es incapaz de resolver el problema. M. Vaney ha propuesto cuadro de corrección para estos problemas. Es interesante y permite aquilatar leves distingos, gracias a un sistema de puntos. Helo aquí:

Corrección de cálculo.

1.er problema (1 p.). — 1 punto para respuesta exacta.

2.o problema (2 p.). — 1 punto para sustracción equivocada; 1 punto si es exacta.

3.er problema (3 p.). — 1 punto para 604 bien escrito; 1 punto para sustracción equivocada; 1 punto más si es exacta.

4.o problema (4 p.). — 2 puntos para división buena (1 si está equivocada); 2 puntos para la 2.ª respuesta (1 si hubiese obtenido por multiplicación y sustracción).

5.o problema (5 p.). — 2 puntos para la sustracción (1 si está equivocada); 3 puntos para división exacta (2 si está equivocada).

6.o problema: Una costurera compra 8 metros de paño a 11 fr. 60 metro y 25 metros de tela; paga por todo 136 fr. 55. Hállese el precio del metro de tela (6 p.). — 2 puntos para el precio de la tela

(1 para operación equivocada); 2 puntos para el precio del metro de tela (1 para operación equivocada); 2 puntos para el precio de coste del paño.

7.º *problema* (7 puntos). — Un comerciante ha mezclado 25 litros de vino a 0 fr. 20 el litro con 60 litros a 0 fr. 25. A cuanto deberá vender el litro de la mezcla si quiere ganar 5 fr. 50? etc., etc.

Este *baremo* permite calcular, por el número total de puntos obtenidos, el nivel del niño en cuentas; y así es como ha podido saberse cuales son los problemas resolubles por los alumnos de cada edad. Es lo que indica el cuadro.

Estado de resultados en cálculo obtenidos en una escuela primaria elemental en París

Todos los niños de	Promedio de puntos	Niños regulares de	Promedio de puntos	Niños de cursos	Promedio de puntos
6 años.	1,45	6 años.	1	Preparatorio.	1,5
7 —	3,93	7 —	6	Elem. año 1.°	6,5
8 —	7	8 —	7	Elem. año 2.°	6,83
9 —	9,65	9 —	14	Medio, año 1.°	16
10 —	15,47	10 —	23	Medio, año 2.°	22,42
11 —	21,47	11 —	29	Superior.	28,45
12 —	22,50				
13 —	24,75				

Se notará leyendo este cuadro que los promedios de puestos son algo inferiores, cuando se calculan sobre *todos* los niños; hemos indicado ya esta diferencia y explicado el motivo. Con el resultado obtenido con todos los niños hemos compuesto nuestro *baremo* de

conocimientos; y comparando este baremo con las notas inscritas en la primera columna del cuadro de resultados en cálculo, podrá hacerse cargo del modo como hemos esquematizado algo estas sumas de puntos para confeccionar un cuadro computador de fácil manejo.

En la práctica, parécenos que el sistema de puntos de M. Vaney no es indispensable. Bastará con ver si el alumno resuelve o no el problema propuesto. Si lo resuelve, hállase a este nivel; de lo contrario, se le coloca en el grado inmediato inferior. Algunos ejemplos mostrarán cómo pueden utilizarse estos resultados. Los entresacamos del estudio de niños anormales, en clase de perfeccionamiento.

Rogelio Br... tiene diez años y medio. Se le propone verbalmente, porque no sabe escribir, el ejemplo siguiente: «tengo 19 manzanas, como 6, ¿cuántas me quedan?» — Contesta primero 9, después 6. Se verifican entonces sustracciones más fáciles: «*Pregunta.* Tengo 4 manzanas, como una. — *Respuesta.* Quedan 3. — *P.* Tengo 12 manzanas, como 2. — *R.* Quedan 9. — *P.* Tengo 8 manzanas, como 2. — *R.* Quedan 7.» Es evidente que este niño no llega siquiera a franquear el primer grado. Tiene cuatro años y medio de retraso.

Insistamos en esta ocasión en que, como Br... es niño cuya escolaridad es regular, resulta que en sus cuatro años y medio de escolaridad, no ha aprendido mucho más que lo que aprendería un niño normal en dos meses. Hemos encontrado ha poco caso semejante en el hospicio de Bicêtre; trátase de un niño de doce años, a quien empezóse a enseñarle el abecedario a los cuatro años, y que no sabe todavía deletrear. Es natural preguntarse, cuando nos hallamos en presencia

de semejantes casos, si el maestro que no ha logrado en cuatro años y medio u ocho enseñar a un atrasado lo que el normal aprende en un mes, no ha perdido su tiempo y el del atrasado. Señalemos, sobre este particular, un defecto en el cálculo bruto de retrasos escolares. El joven Rogelio Br..., que a los diez años y medio no sabe todavía silabear, ofrece solo cuatro años y medio de retraso, si se le aplica la regla acostumbrada de apreciación del retraso; estaría, pues, al parecer, al mismo nivel que niño de trece años y medio, perteneciente al curso medio de 1.er año, puesto que este último presenta también retraso de cuatro años y medio. Vése en seguida el error de este método. El retraso escolar tiene sólo su valor real, si se le compara con la clase y con el curso que el individuo ha alcanzado. Volveremos luego sobre la apreciación exacta del retraso escolar.

Citemos otro ejemplo, para mostrar cómo se aplica el método a la destreza del alumno en cálculo.

Ostrow..., doce y medio. Contesta exactamente a los grados 1, 2 y 3. En el problema del vestido, grado 4, vése apurado, comienza por multiplicar 7 por 89, y halla producto 783, lo que resulta equivocado por dos conceptos, pues no debía multiplicarse y la multiplicación practicada es falsa. Además, se contradice e intenta la división de 89 por 7; encuentra cociente inexacto, 11, que no le satisface. Por último, ensaya otra multiplicación, dice 7 por 10 son 70; añade después 7 varias veces para alcanzar 89, pero se embrolla, y acaba por encontrar el número 13, que es casi el bueno. Este niño está, pues, en 4.º grado, no lo traspasa, pero lo alcanza.

Consultemos el *baremo;* le atribuímos los puntos de los problemas 1, 2, 3, es decir 6, más 2 puntos del problema 4, en total 8, que lo coloca al nivel de los niños de ocho años y medio; por lo tanto, en relación con su edad, cuatro años de retraso.

Ortografía.—El saber en ortografía apréciase por medio de dictado, sea individual, sea colectivo. El *baremo* con-

tiene las primeras frases que debe dictarse. Las reproducimos todas aquí, indicando las dificultades gramaticales que ofrecen y el *baremo* de corrección de faltas que nos ha parecido más justo. Nos facilita estas indicaciones M. Vaney.

1.ª frase.—Escribir fonéticamente, sin ilación de palabras, una frase dictada del vocabulario del niño.

Ej.: Emilio es niñito muy bueno; obedece a su padre y a su madre; va a la escuela.

2.ª frase.—Poner la *s* del plural en nombres tomados del vocabulario del niño.

Ej.: Tengo cabeza, dos brazos, dos piernas, boca, veinte dientes, lengua, diez dedos.

3.ª frase.—Plural de adjetivos calificativos en casos simples; verbos en tercera persena de plural del presente de indicativo.

Ej.: Ya brilla el sol con sus más *alegres* rayos. Los hombres *salen* cantando. Los pastores se *regocijan* con el hermoso día que se *presenta;* conducen al pasto el *gran* rebaño de *pesadas* vacas.

4.ª frase.—Femenino en adjetivos calificativos sin indicación fonética; verbos en plural, terminaciones *ba, bamos, bais, ban, íamos, íais, ían.*

Ej.: El gañán, con su paso tardo, *entraba* en la granja todavía *oscura* donde *descansábamos.* Los bueyes *mugían* por lo bajo. En el patio, gallo, gallinas y perro *iban* y *venían.* (1)

5.ª, 6.ª y 7.ª frases.—Finales de verbos en el singular de los diferentes tiempos de las cuatro conjugaciones. Participio pasivo con verbo haber o sin él. Infinitivo en *ar, er* o *ir* y participio pasivo en *ado, ido.*

Ej.: Alegre mirlo, no *vengas* al bosquecillo. *Guárdate* del mal intencionado que *desea* cogerte y *enjaularte,* Mientras te *hablo,* te acercas para *picotear* las uvas que el cazador ha dispuesto como trampa. Están *embadurnadas* de liga; si las *tocas,* perdiste la libertad.

(1) En castellano, el adjetivo *oscura* del texto tiene dos terminaciones. *N. T.*

Manera de corregir faltas

1 falta por cada letra omitida.
1 — — — — de más.
1 — — — — substituida por otra.

Puede, pues, haber varias faltas en una misma palabra. Se ha convenido sin embargo, que el número de faltas en una palabra no puede ser más que las letras que la componen. Palabra omitida se cuenta por tantas faltas como letras tiene,

La unión de dos palabeas se cuenta por 1 falta.

La falta de unión de las dos partes de una misma palabra se cuenta por 1 falta.

Se observará que, en ortografía, no hay por qué hablar propiamente de grados, es decir, de frases diversas que los niños de cada grado deberían escribir sin faltas. Podrían seguramente encontrarse. Nos hemos satisfecho contando las equivocaciones; por el número de éstas es como se distinguen los niños de cada edad.

Dictados colectivos hechos en febrero bajo la vigilancia de M. Vaney en su escuela, y corregidos por los maestros, nos han permitido formar el siguiente cuadro, que muestra él número de faltas que se cometieron; estas faltas son estimadas por el método de corrección más arriba indicado (1).

(1) Para especialistas en psicología haremos una advertencia que ha de interesarles. Tenemos en psicología dos procedimientos para calcular valor representativo de un grupo, son *media aritmética* y *mediana*. Conócese la media, por de contado. Recordemos que la mediana se obtiene ordenando los valores en serie llueal, desde el más pequeño hasta el mayor, y tomando el de en medio. ¿Cuándo se debe emplear la media y cuándo la mediana? No es muy claro, no se dice. Mas he aquí un caso completamente preciso, el de la ortografía. Si se calcula el número de faltas por la edad, la media es

Edad de los niños	Clases	Cursos	1.ª Frase	2.ª Frase	3.ª Frase	4.ª Frase	5.ª Frase
De 6 a 7 años	7.ª	Preparatorio	13	22	—	—	—
7 a 8 —	6.ª	Elem. 2.ª div.	6	15	32	—	—
8 a 9 —	5.ª	Elem. 1.ª div.	2	10	19	20	—
9 a 10 —	4.ª 3.ª	Medio 2.ª div.	0	2	6,6	6,9	17
10 a 11 —	2,ª	Medio 1.ª div.	0	0	4	4	12
11 a 12 —	1.ª	Superior	0	0	0,6	0,7	5

Para mostrar como se clasifica un niño desde el punto de mira de la ortografía, tomemos un ejemplo. Nos lo proporciona Ostr..., el atrasado de quien ya probamos la fuerza en cálculo. Escribe la 1.ª frase con una falta, la 2.ª con una falta, la 3.ª con 8 faltas; hállase al nivel de niño de nueve a diez años, está, pues, retrasado en tres años. Es débil leve.

Sábese ahora la manera de juzgar el estado del alumno en cálculo, lectura y ortografía. De todas estas pruebas, ¿cuál ofrece mayor valor probatorio? Contestaremos a tal pregunta resumiendo aquí, en pocas palabras, el examen de instrucción que hicimos sufrir a 20 niños de clase de perfeccionamiento. Los retrasos varían bastante de un individuo a otro y, en el mismo individuo, de una materia a otra. Por término medio, el retraso es de tres años tres décimas en

procedimiento desastroso; si un niño, sobre poco más o menos, tiene 100 o más faltas en su activo, todo lo desbarata. La media cambia mucho menos con la suma de tales casos aberrantes, y vése por consiguiente que conviene mejor a series muy heterogéneas, en las que la distancia entre máximo y mínimo es enorme.

ortografía, de cuatro años en lectura, de cuatro años cinco décimas en cálculo. Estos niños no cometen precisamente faltas de ortografía; incluso hay uno que está al nivel normal. En problemas, sobre todo, es donde su debilidad se trasluce, porque el problema no requiere solamente memoria, sino alguna comprensión. Tienen mucha dificultad en adivinar qué operación aritmética ha de hacerse. Cuando es menester sustracción inclínanse a substituirla por suma; y si se trata de división, realizarán de mejor gana la multiplicación; estos errores los llevan a resultados absurdos, que por lo regular no les chocan si no se les hace reparar en ello. Un atrasado admitirá fácilmente que si tengo 604 manzanas y vendo 58, me queden 662. Tales resultados muestran que en la escuela ordinaria se les enseñó, no diremos demasiada ortografía, sino muy poco cálculo en relación con lo que saben de ortografía.

Para acabar, insistiremos una vez más en la fuerza probatoria de pruebas metódicas. Encarecemos que el inspector primario haga ejecutar las pruebas sin ayudar a los alumnos, sin intervenir para indicar la solución o el camino que debe seguirse; no debe colaborar, ni dar lección, sino solamente apuntar el resultado obtenido. Debe, pues, limitarse al papel facilísimo de testigo bien dispuesto (1).

(1) Los *baremos* de instrucclóu normal que hemos intercalado en el texto aplícanse en una de las escuelas primarias elementales de París; no podemos garantizar que sean igualmente adecuados para cualquiera escuela primaria de provincias; hasta quizá serían muy elevados para muchas escuelitas rurales, cuyo nivel medio de Instrucción podría ser claramente Inferior al de las grandes urbes. Resultaría, en verdad, por demás interesantc poner este punto en claro. Bastaría. con que un inspector de provincia se

Retraso escolar y percentaje de conocimientos. — Se ha dicho más atrás que el retraso escolar debe estimarse teniendo en cuenta el curso a que pertenece el individuo, es decir, los grados de instrucción que haya alcanzado. El niño de nueve años retrasado en tres años no ha aprendido absolutamente nada; por el contrario, el niño de doce años retrasado en tres años, ha aprendido algo, ya que pertenece al curso medio de primer año. La diferencia entre los dos alumnos es notable; probablemente, irá acentuándose con el tiempo. Para ponerla muy de manifiesto, es preciso relacionar el retraso con los años de escolaridad, suponiéndolos representados por 100. Así, aquel niño de nueve años que no aprendió nada presenta retraso de tres años, en tres años de estudio su percentaje de conocimientos es de 0 por 100; aquel otro niño de doce años que se halla en curso medio primer año realizó en seis años la mitad de los estudíos escolares normales; ha, pues, percentaje de conocimientos de 50 por

molestase en examinar, valiéndose de nuestras pruebas, dos o tres escuelas primarias de su jurisdicción. Si tal experimento se practicara, y resultase que los muchachos campesinos están normalmente retrasados en instrucción dos años, verbi gracia, con respecto a los incipientes ciudadanos, ¿deberíamos deducir que los primeros son anormales? Evidentemente no. Cada niño ha de juzgarse según norma proporcionada por su propio ambiente. Ya señalamos antes esta necesidad de método por lo que respecta a la estatura. No se compara la estatura del parisién con la del vasco o del japonés. Esta misma necesidad se manifiesta con la medida del grado de instrucción. Los jovencillos campesinos tienen vida intelectual mucho menos activa, menos nutrida que los muchachuelos ciudadanos; no cuentan aquéllos con la lección de la calle, por ejemplo, tan sugestiva. No habría de extrañarnos que, siendo menos su actividad intelectual, su instrucción fuese también menguada. No se olvide, sin embargo, que nuestro razonamiento descansa sobre una hipótesis, y que ignoramos si existe diferencia apreciable de instrucción entre el alumno del campo y el de las ciudades.

100. He aquí cifras que son mucho más elocuentes que las del retraso. Nuestra opinión es que debe emplearse cálculo bruto del retraso para reclutar atrasados, puesto que es medio fácil y expedito; pero cuando se está en presencia de un niño, y se quiere apreciar sus conocimientos, no sólo en el momento actual, sino mirando a su porvenir y a su capacidad para aprender, debe notarse también y sobre todo su percentaje de conocimientos.

Proponemos el siguiente modelo para llenar después del examen del niño:

Examen de instrucción de niño propuesto para enseñanza especial

Fecha del examen:
Lugar del examen:
Nombre y apellido del alumno:
Fecha de nacimiento del alumno:
Este alumno asistió a la escuela de , curso de
Escolaridad regular o irregular:
¿Tenía fuerzas bastantes para seguir con su clase?
¿Cuál es su retraso escolar real?
Lectura.
(La lectura es silábica, o titubeante, o corriente, o expresiva, o intermedia, por ejemplo: titubeante-corriente.)
Observaciones sobre lectura:

Cálculo. El alumno puede ejecutar sin falta los problemas siguientes (referirse al baremo).

Observaciones sobre cálculo.

Ortografía. Texto dictado:

Número de faltas:

CONCLUSIÓN.

Retraso en lectura (teniendo en cuenta la escolaridad):

Retraso en cálculo (íd.):

Retraso en ortografía (íd.):

Percentaje de conocimientos:

Nombre y título del examinador que procediera a este examen.

A pesar de los detalles muy prolijos en que entramos, es evidente que toda esta labor de examen puede hacerse con cierta rapidez; el cálculo sólo es algo largo, puesto que debe dársele al niño tiempo de desenredarse. Pongamos quince minutos para el examen. Y aun a menudo podrá abreviarse este tiempo (1). Poco importa. El inspector hállase ahora en estado de apreciar el retraso escolar del alumno y su percentaje de conocimientos. Cuenta para esto con diferentes medios, testimonio de maestros, estado de notas del alumno, examen de su cuaderno de clase, observación de la actitud del niño, de su fisonomía, etc., y sobre todo la comprobación precisa y personal que acaba de verificar.

¿Basta con esto? ¿Debe, puede el inspector primario

(1) Para hacerlo concienzudamente, es poco. *N. T.*

después de establecer el retraso escolar y de conocer aproximadamente sus causas, juzgar en seguida? En muchos casos, sin duda, no se impone comprobación complementaria. Pero, en otras ocasiones, hay verdadera necesidad. Se reconoce que la instrucción no es todo, que ciertos niños que se asimilan con esfuerzo conocimientos de escuela, por ineptitud o por distracción, desidia, pereza, pueden, no obstante, ser inteligentes. La inteligencia de estos niños es lo que interesaría conocer, y por lo mismo debe proponérseles cuestiones de entendimiento. Aconsejamos a los inspectores primarios, como último examen, el *examen psicológico*. No escandalizarse, y que no se nos acuse de complicar los exámenes. No lo imponemos ni lo recomendamos en todos los casos. Mas no dejan de ser estas pruebas recursos precisos, a que se acudirá gustosamente en algún apuro.

EXAMEN PSICOLÓGICO

Consiste en proponer las siguientes preguntas, cuya dificultad está graduada de tal manera, que las 4 primeras las resuelven niños normales de siete años, las 5 siguientes, normales de nueve años, y las 4 últimas, normales de once años.

Cuestiones de entendimiento

7 AÑOS

1. Cuando se hace tarde para ir a la escuela, ¿qué debe hacerse?
2. Cuando se nos ha escapado el tren, ¿qué haremos?
3. Cuando se es perezoso y no se quiere trabajar, ¿qué sucede?
4. Cuando se está cansado y no se tiene dinero bastante para tomar el tranvía, ¿qué resolución tomaremos?

9 AÑOS

5. ¿Qué hacer para ganar diez sueldos (1) que se necesitan?
6. ¿Por qué no debemos gastarnos todo el dinero y sí ahorrar algo?
7. Cuando se ha roto un objeto que no nos pertenece, ¿cuál es nuestro deber?
8. Cuando nos ha golpeado un compañero, sin querer, ¿qué debe hacerse?
9. Cuando necesitamos buen consejo, ¿qué es lo prudente?

11 AÑOS

10. Antes de decidirnos en asunto importante, ¿qué haremos?
11. ¿Por qué se perdona mejor la mala acción cometida con cólera que la mala acción cometida sin cólera?
12. Si se os pide vuestro parecer acerca de persona que no conocéis mucho, ¿qué aconseja la prudencia?
13. ¿Por qué debe juzgarse una persona por sus actos mejor que por sus palabras?

Estas preguntas ofrecen dificultades diversas de pensamiento y también de vocabulario. Las probamos en

(1) Moneda antigua; pero el autor se refiere a las actuales monedas de 5 céntimos. *N. T.*

muchísimos niños de escuela, y corresponden con bastante exactitud al nivel de los niños de las edades indicadas.

Las respuestas de los muchachos pueden ser buenas, regulares, mediocres o negativas (el niño no contesta), o tal vez absurdas o ininteligibles. Para apreciar las respuestas no se tendrá en cuenta la palabra incorrecta ni el giro desacertado en la frase, sino que se buscará el pensamiento y habrá de preguntarse si el niño realmente ha comprendido. Quizá parezca algo delicado y arbitrario valuar estas respuestas; en la práctica, la dificultad no es mucha. He aquí algunos ejemplos.

Pregunta 9, respuesta: «Preguntarlo a persona capaz, a maestro, pariente», es respuesta buena; «preguntarlo, dejarse guiar», son respuestas regulares. Pregunta 7, respuesta: «pagar y excusarse», es buena; «pagarlo», respuesta regular. Pregunta 8, respuesta: «perdonarlo» es mejor respuesta que «denunciarlo». Pregunta 1: la respuesta «apresurarse» vale más que estas otras: «llamar — apresurarse el día siguiente — quedarse castigado». Pregunta 3, la respuesta «se es ignorante» vale más que esa otra: «se es castigado». Pregunta 4: la respuesta «descansar, después marchar», es mejor, por ser más explicita, que esa otra: «caminar».

Evaluamos en 3 las respuestas buenas, 2 las regulares, 1 las mediocres o las absurdas y silencios. Estos a veces desorientan; pueden provenir ya de timidez, ya de reflexión prolongada. Débese, sin cambiar la forma de la

pregunta (1), animar al niño e instarle a que responda. Con alguna práctica se conoce quién busca y quién no comprende.

Hase dicho que los niños normales de once años contestaban a las preguntas 10 a 13. Entendemos con esto, naturalmente, que la mayoría responde; no hay prueba que, a menos de ser de sencillez infantil, caracterice, sin excepción, todos los individuos del mismo grupo; siempre hay apocados. Citaremos como ejemplo las investigaciones que practicamos en una escuela primaria, con nuestras preguntas 10 a 13, formuladas a todos los niños de once años pertenecientes a la escuela y repartidos, según sus capacidades, en clases totalmente distintas. Había 36 alumnos. El máximo de puntos obtenidos en respuestas era 12, ya que las preguntas son 4, y la respuesta buena vale 3.

Obtuvimos así los promedios siguientes:

Cuestiones de entendimiento propuestas

a niños normales de once años

	Media de apreciaciones de respuestas
(Curso superior) 1.ª clase	11
(Curso medio, 2.° año), 2.ª clase	6
(Curso medio, 1er año), 3.ª y 4.ª clase	4,7

(1) Diferentes veces hemos debido parar a maestros que, presenciando el experimento, intentaron intervenir dándole a la pregunta forma más fácil. Es inútil insistir acerca del error que cometían. La forma de la pregunta ofrece dificultad calculada, que no debe disminuirse con paráfrasis.

Hubo, en curso medio 2.° año, dos niños que obtuvieron 0 y 1. En curso medio, primer año, hubo 4 que obtuvieron 0, y uno que sólo tuvo 1. ¿Qué son, pues, estos alumnos que seguramente no llegaron al nivel intelectual medio de once años? Dos fueron declarados anormales por el director de la escuela; descartémoslos; mas quedan 5; y estos últimos se defienden lo bastante para sostenerse en su clase y seguirla. Su éxito es hecho importantísimo. Un niño puede no tener gran inteligencia; pero sí poseer memoria, aplicación, voluntad; mantiénese regular en sus estudios, y esto compensa su debilidad intelectual. Lo hemos ya advertido con frecuencia cuando un niño es regular escolar; la contingencia de saber si es o no atrasado no se plantea siquiera. Se presenta solamente en el caso inverso. Supongamos que se halle retrasado manifiestamente dos, tres años, con escolaridad bastante. Si, a pesar del retraso, el examen psicológico muestra que es con todo bastante inteligente, es circunstancia favorable de que ha de sacarse gran partido. En otros términos: el examen psicológico basta para reconocerlo como normal, aunque retrasado en sus estudios; tal examen nunca puede servir para considerarlo como anormal, siendo regular en sus estudios. He aquí por qué colocamos este examen el último.

Indicamos algunas respuestas superiores de niños normales.

Gr... (certificado de estudios),

10.—Ha de mirarse dónde nos lleva el asunto.

11.—Porque al ejecutar una mala acción a sangre fría, sábese lo que se ha hecho, mientras que si estamos encolerizados, no sabemos lo que hacemos.

12.—Callarnos. Si no conocemos esta persona no podemos decir lo que vale.

13.—Con sus palabras puede mentirnos; con sus actos puede saberse quién es.

G... Luis (once años y medio).

10.—Ha de pensarse lo que se va a hacer.

11.—Porque cuando se hace sin cólera, se meditó antes, y se tiene mayor culpa, mientras que de otra manera, es un arrebato, y después nos arrepentimos de lo que hemos hecho.

12.—Diré que importa saber antes lo que es y luego se juzgará. Abstenerse de hablar mal o bien sin conocerla.

13.—Porque hay personas que prometen, sin cumplir después lo que dijeron.

He aquí algunas respuestas mediocres o absurdas.

12.—Ha de irse a que nos entere la persona desconocida. (Mediocre).

13.—Según sus actos, es más terrible, mientras que según sus palabras, es menos peligroso. (Mediocre).

11.—Porque la acción que se ejecutó sin enojo es menos violenta. (Mediocre).

14.—Porque no debe discurrirse después de la persona que habla. (Absurdo).

En clase de anormales de once años obtenemos en siete niños media de respuestas igual a 1,3; esta cifra

es muy inferior, por consiguiente, a la de normales regulares y aun a la de normales retrasados en dos años.

Señalemos de paso un hecho singular. Nos encomendaron el examen de estos atrasados para su admisión en clase de perfeccionamiento. Pues bien; los directores de escuela nos enviaron como anormales dos niños que eran evidentemente inteligentes, por cuanto uno de ellos obtuvo nota 5 y el otro nota 8, Apuntemos las respuestas de este último, llamado Cler..., de once años de edad.

10.—Débese reflexionar. (Bien).

11.—Porque la cólera es menos grave. (Absurdo).

12.—No decir mal de ella porque no se la conoce mucho. (Bien).

13.—Porque las palabras no son seguras. No se está seguro de realizarlo. (Regular).

Estas respuestas no fueron muy brillantes, pero sí tan por encima del nivel del atrasado, que volvimos este niño a la escuela ordinaria. Hemos sabido más tarde una circunstancia que no se nos comunicó primero: este niño llega del campo, y no empezó a ir a la escuela hasta la edad de diez años.

En resumen, ofrecemos el examen psicológico como medio de rehabilitar al niño que presenta retraso escolar pronunciado. Es la única utilidad. Jamás, en ninguna ocasión, este examen podría servir para declarar atrasado a un niño regular en sus estudios.

Ultima advertencia sobre lo imprescindible de estos exámenes.

Sabemos que después de haber leído las páginas anteriores, más de un inspector primario, más de un maestro exclamará: «¡Cuán inútil es todo esto! Tengo costumbre de interrogar a niños y no son menester tantas precauciones para distinguir el inteligente del que no lo es; con unas pocas preguntas, para mí familiares, juzgo del grado de instrucción.» Hemos encomiado lo bastante la pericia de maestros e inspectores primarios para que se nos permita sostener aquí contra nuestros impugnadores la necesidad de nuestros métodos u otros análogos. Para determinar el grado de inteligencia o de instrucción de un niño han de tenerse siempre en la mente los niveles normales. Con franqueza, ¿quién los conoce? Que inspector o maestro lean nuestras cuestiones de entendimiento; se verán no poco apurados para saber si es a los nueve o a los siete años cuando se contesta satisfactoriamente a tal o cual pregunta. Iremos más lejos aún; ¿podría un inspector prescindir de nuestro *baremo* y decir a qué edad la lectura es corriente, a qué edad se escribe la 3.ª frase con menos de diez faltas? Hágase la prueba y se verá los resultados. Agreguemos que quienes no son inspectores ni maestros veríanse todavía más apurados. Recordamos que al inaugurarse recientemente una clase de perfeccionamiento, personas eminentes parecieron extrañarse de la inteligencia de los alumnos; admiraban casi a niños de doce años, de cuyas respuestas habrían en realidad sido capaces normales de ocho años. Imposible formar juicio seguro en materias tan delicadas, si no puede contarse con referencias seguras.

Insistimos sobre el particular, porque prevemos que cuantos visiten escuelas de anormales sufrirán la misma ilusión; tanto más cuanto se tiene tendencia optimista a sobrepujar la inteligencia y la instrucción de los niños si se sabe antes que han de verse atrasados, y que se tiene el prejuicio de hallar idiotas degradados con cara bestial y cabeza deprimida; vese con sorpresa que la mayoría de atrasados no responde a este programa, y, percatándose de que se incurre en error, se enmienda, como es costumbre, cayendo en el error opuesto.

Apreciación de la inestabilidad. — Si es fácil valuar, mediante examen de instrucción, el estado de atraso del niño, la dificultad es, por el contrario, muy grande para establecer su grado de inestabilidad.

Esta inestabilidad manifiéstase por actos de indisciplina, carencia de atención, mentira, maldad, violencia, brutalidad, etc. Sería preciso que un niño fuese muy turbulento para no parecer sosegado cuando el inspector lo toma aparte; aislado en la sala de examen, rodeado de desconocidos graves, serios, aminórase en personalidad; no tiene ocasión ni gana de mostrarse rebelde o malo cuando no están sus compañeros, público presto a admirarlo. Quizá examen fisiológico muy ceñido de sus reacciones, modalidad, poder de atención, podría revelar en él algunas anomalías; es posible, pero no seguro, y, por el momento, no puede confiarse mucho; esto es sólo promesa para la pedagogía de mañana; no es ciencia actualmente utilizable. En

fin, la inestabilidad mental no puede ser, en la mayoría de casos, objeto de examen directo.

¿Cómo, pues, habrá de apreciarse? Indirectamente, por testimonio de otro.

El inspector se contentará, por lo tanto, con enterarse de los hechos que le facilite el maestro; pero no estará por eso desprevenido. ¿Tales hechos son ciertos? ¿Son probables?, ¿dejaron huellas?, ¿han sido adulterados con la relación que se hiciera de ellos? He aquí diferentes extremos que requieren ante todo el espíritu crítico del inspector. No debe descuidarse tampoco que los padres están presentes, que puede interrogárselos, provocar sus explicaciones antes de haberles comunicado la opinión del maestro, y que cuanto manifiestan permite con frecuencia formar juicio no solamente del niño, sino del medio familiar en que vive. Los inestables son muchas veces niños mimados, hijos únicos, niños no vigilados o niños sin padre; los hijos de viuda proporcionan gran contingente. Así, pues, el inspector primario hallará verdadera fuente de datos en la vida escolar del niño. El inestable es nómada, conoce varias escuelas. Interesa saber qué recuerdos dejó en las que estuvo. La señal propia del inestable consiste en no avenirse con ningún maestro. Si tres maestros, por lo menos, que gocen de buena reputación pedagógica, están de acuerdo en juzgar igualmente al mismo niño, es muy probable que su apreciación sea justa. El inspector provocará, pues, tales comprobaciones; y si no estuviese bien fundado, si los hechos no fuesen graves, cambiará al niño de maestro o de escuela antes de admitirlo en clase de anormales.

Eliminación de anormales de hospicio. — Es preciso no recibir en escuelas especiales más que anormales perfectibles. Este es principio de buen sentido. Todo el mundo sabe, y ya lo hemos recordado, que tal epíteto de niño anormal no corresponde a tipo único. Los hay de diversas categorías, que se escalonan entre dos extremos: el *idiota llamado vegetativo*, que no posee, por decirlo así, ninguna función de relación, que no puede hablar, ni andar, ni aun alimentarse solo, y el *débil superior*, que propende a confundirse con el normal. A pesar de la simpatía que nos merecen estos desgraciados seres, con quienes la naturaleza ha sido tan cruel, no podemos pensar en facilitarles indistintamente todos los beneficios de la instrucción; es seguro que los más atacados sacarían poco provecho. Es pura tontería enseñar, durante seis u ocho años de esfuerzos, las letras a un niño que no llegará nunca a leer completamente, y que, aun sabiendo leer, nada comprendería de lo que leyese. A este desgraciado bastará, ciertamente, darle lecciones para enseñarle a comer, vestirse, andar, realizar trabajos fáciles como barrer y limpiar. Trátase menos de escuelas que de asilos de párvulos. Su establecimiento costará menos caro, sobre todo si se instalan en el campo. Se concentrarán los esfuerzos del educador en los anormales menos intensamente macados, y sólo estos últimos se tratará de instruir. Es lo que se practica, y con razón, en países extranjeros. El lenguaje administrativo distingue estos grados varios de atraso con las siguientes expresiones: *anormales médicos, anormales pedagógicos.*

Sería preferible evitar el equívoco del término médico y decir buenamente: *anormales asilables* y *anormales escolares,* para mostrar claramente la diferencia de su destino. Sea cuales fueren, sin embargo, los términos empleados, poco importa; lo esencial es entenderse sobre el significado de las palabras.

Acabamos de mostrar que es utilísimo reservar las escuelas de anormales a los anormales perfectibles. Hemos empleado la expresión perfectible y debe corregirse, pues todos los anormales lo son más o menos; su aparente *paro* de desarrollo no es completo, y la expresión resulta equívoca; valdría más cambiar el término perfectible por la frase siguiente, más precisa: capaces de llegar a ganarse parcialmente la vida. ¿Cuáles están en este caso? Desgraciadamente no se sabe. Tales cuestiones deberíanse haber solucionado desde ha largo tiempo, ya que millares de anormales han pasado por los hospicios. Habría bastado con seguirlos, saber lo que hubiere sido de ellos y resolver. Pero esto no se ha realizado en ninguna parte con método, y en la hora presente vémonos reducidos a conjeturas. La más verosímil que puede formarse es que la utilización de un individuo cualquiera, no siendo epiléptico, está en relación inversa del grado de atraso; el imbécil parece más perfectible que el idiota, y el débil lo sería más que el imbécil. Hipótesis, indudablemente; y lo aceptaremos sólo a título provisional hasta tanto que intervengan trabajos concretos y permitan substituir la conjetura por verdad demostrada. Por consecuencia, se abrirán de par en par las

puertas de la escuela a los débiles, y, por lo contrario, se cerrarán a los idiotas; se inquirirá de hecho, con respecto a imbéciles, si su lugar está en escuela o en asilo. Con este objeto se determinará en qué proporciones y a costa de cuántos esfuerzos un imbécil puede instruirse hasta el punto de aprender, por ejemplo, a leer. Añadamos otras dos indicaciones: los *atrasados consiguientes* (1), es decir, los individuos que se quedaron atrasados de resultas de causa posterior a su nacimiento, son, por lo regular, menos perfectibles que los *congénitos* o individuos que deben su atraso a influencia que obró antes de su nacimiento; además, los *atrasados atacados de epilepsia con crisis o vértigos frecuentes* están casi siempre condenados a *decadencia progresiva.*

¿Cómo podrán distinguirse los grados desiguales de atraso intelectual? La cuestión se plantea, según nuestra opinión, a la vez para inestables y atrasados. Por lo que concierne a los inestables, no sustentamos hasta ahora criterio ninguno. Bastará con eliminar y mandar a hospicios *los más inestables,* aquellos cuya presencia entre otros niños determinaría peligro para estos últimos por la perversión de sus tendencias o la brutalidad de sus impulsos. Por lo que se refiere al atraso, creemos factible

(1) El autor les llama, con cierta impropiedad, *arriérés acquis* (atrasados adquiridos), con el mismo sentido que en mecánica se dice *velocidad adquirida,* (en francés *vitesse acquise).* En castellano podríamos aceptar *la forma propuesta,* o bien *atrasados consecuentes,* cuyo significado originario, de *sequor,* seguir, se conserva en todas las voces de la familia. Quizá pudiera formarse un adjetivo correspondiente a la misma, significando *por consecuencia* o *como consecuencia. N. T.*

precisar sus grados de manera que todas las personas peritas se entiendan sobre diagnóstico de idiota, imbécil o débil. Bien sabemos que al emitir semejante afirmación vamos contra la práctica usual de los médicos alienistas. Cuando éstos dan a un niño, en certificado de ingreso, calificación de idiota, débil o imbécil, no están nunca de acuerdo con el compañero que, pocos días después, examinando al mismo niño, deberá formular nuevo diagnóstico. Ha poco menos de un año tuvimos ocasión de establecer comparación metódica entre certificados de ingreso, redactados con algunos días de intervalo, sobre los mismos niños por médicos de Sainte-Anne, Bicêtre, la Salpêtrière y Vaucluse. Comparamos bastantes centenares de tales diagnósticos, y, sin que se nos tilde de exagerados, creemos poder decir que se parecen como si al azar se los hubiera sacado de un saco. Este es, por cierto, un hecho de que más de un alienista se había percatado, y el Dr. Blin se ha expresado francamente sobre ese particular (1). ¿De qué proceden tales contradicciones? Proceden en parte de que se emplean términos mal definidos. Para la mayoría de alienistas el idiota es anormal *profundamente* atacado en sus facultades intelectuales; el imbécil lo es *algo menos;* el débil, *menos todavía.* ¿Qué significan las palabras: profundamente, algo menos, menos todavía? Nadie las define;

---

(1) Blin, *Les débilités mentales,* Revue de Psychiatrie, août 1902. Véase también Damaye, *Essai de diagnostic entre les états de débilité mentale,* Thèse de Paris, 1903.

considéranse indefinibles, y, por lo tanto, no es de extrañar que haya semejante confusión.

Tanta vaguedad puede fácilmente evitarse si se admiten las convenciones que proponemos a continuación:

DEFINICIÓN DEL NIÑO IDIOTA

Es idiota todo niño que no llega a comunicar por la palabra con sus semejantes, es decir, que no puede expresar verbalmente su pensamiento ni comprender el pensamiento verbalmente expresado por otros, siendo así que ni trastorno auditivo ni trastorno de los órganos fonéticos justifican esta pseudo-afasia, debida por completo a deficiencia intelectual. Si se atiende que el niño normal de dos años sabe comprender la palabra de otros y hacerse comprender por otros para sus necesidades más perentorias, veráse que la distinción entre idiota y normal es fácil.

DEFINICIÓN DEL NIÑO IMBÉCIL

Es imbécil todo niño que no llega a comunicar por escrito con sus semejantes, es decir, que no puede expresar su pensamiento por medio de la escritura, ni leer escrito

o impreso, o más exactamente, comprender lo que lee, siendo así que ningún trastorno de la visión o ninguna parálisis del brazo no justifican la no adquisición de tal forma de lenguaje, falta de adquisición debida o deficiencia intelectnal. No se tendrá a un niño por imbécil hasta después de haberle concedido mucho más tiempo que el normal para aprender a leer y escribir. Este tiempo normal, en las escuelas, es de 6 meses. El niño que al cabo de dos años de escuela no conoce todavía las letras, ofrece probabibilidades de permanecer imbécil.

No ha de confundirse con escritura espontánea ni con el dictado, la escritura que consiste en copiar modelo; esta última es sólo una forma del dibujo, y el dibujo es facultad que puede desarrollarse en individuos cuya falta de inteligencia les impide escribir al dictado. No ha de confundirse tampoco la lectura que consiste en transformar signos gráficos en elementos sonoros desprovistos de significación para el espíritu, con lectura provechosa. Será fácil distinguir una de otra dando al niño por escrito algunas órdenes usuales que habrá de ejecutar, tales como «cierre la puerta, dé tres golpes sobre la mesa».

DEFINICIÓN DEL NIÑO DÉBIL

Es débil todo niño que sabe comunicar con sus semejantes de palabra y por escrito, pero que presenta retraso de dos o tres años (según las diferencias más arriba indicadas) en el curso de sus estudios, sin que tal retraso se deba a insuficiencia de escolaridad.

Estas son distinciones pedagógicas. Creemos, por lo tanto, que el inspector primario puede muy bien hacerlas; si se viera en duda, tiene a su lado al médico, que podrá aconsejarle.

Desde luego, el idiota debe ir al hospicio. Con seguridad, el débil corresponde a la escuela. Queda el imbécil, respecto del cual hay duda. Toda vez que el imbécil no puede aprender a leer ni a escribir, su puesto está sólo en taller. Habrá de investigarse hasta qué límite le aprovecharía enseñanza especial.

Anormales verdaderos y falsos anormales. — Formularemos regla que no hallará contradictor alguno, a saber: *es preciso no admitir más que anormales en escuelas de anormales.*

Sin embargo, al aplicar en detalle dicha regla, se en-

cuentran muchos casos confusos. Hay niños normales que andan muy rezagados en sus estudios; no pueden seguir con provecho la clase de su edad. Tales niños son numerosos e interesantísimos, socialmente hablando; como son inteligentes, en efecto, hay la certidumbre de que con alguna ayuda se les haría recuperar el tiempo perdido. Se les ha llamado *atrasados pedagógicos;* tales términos préstanse a confusión desde que los débiles leves tienen denominación análoga, la de anormales pedagógicos. Sería mejor llamar a los primeros retrasados o simplemente *ignorantes.* En Bélgica, en la primera escuela fundada para anormales, se admitieron muchos de estos ignorantes. Tanto, que constituían mayoría; y compréndese con qué facilidad los admiten los maestros: éstos son los que proporcionan mayores éxitos, ya que poseen inteligencia normal, y los que, con preferencia, se exhiben fraudulentamente como anormales auténticos mejorados por la pedagogía. En Francia se convino en que los ignorantes no fuesen admitidos en clases de anormales; el principio es bueno; no debe embrollarse las cuestiones, abordándolas todas a la vez; seriémoslas; ocupémonos primero de anormales y después de ignorantes. Sin embargo, aunque se concuerde en principio, se hallará embarazo en la práctica. Ante todo, hay casos dudosos, niños de quien no puede decirse, aun después de examen prolongado, si son anormales o ignorantes. Demoor, en el recuento que publicó de los alumnos asistentes a la primera escuela de anormales de Bruselas, señala número con-

siderable de tales casos dudosos. (1) ¿Qué hacer de ellos? Es prudente admitirlos en clases de anormales, pero inscribiendo en su legajo grueso interrogante, para prevenirse contra el dolo futuro. Además, no es siempre fácil determinar la falta de escolaridad, cuando ésta es causa de ignorancia; el niño puede haber asistido a varias escuelas, y acaso, en alguna de ellas, la enseñanza era deficiente; no imaginamos el flaco servicio que un mal maestro puede ocasionar a su clase; hay escuelas en que se produce una especie de rastro de alumnos mediocres. Es necesario remontarse a las causas de falta de escolaridad. Estas causas son a veces francamente ajenas a la constitución del niño: viajes frecuentes, traslados continuos, despego de los padres, padre enfermizo a quien cuidar, etc. En este caso, la interpretación no ofrece ninguna dificultad. Otras veces, en cambio, el caso es más arduo. El del niño enclenque, que ha sufrido mucho; sin ser atrasado de inteligencia, en el sentido de la palabra, es débil de cuerpo, anémico, y, por consiguiente, incapaz de poderosa atención. ¿No sería conveniente, en este caso, admitirlo en clase de anormales, por lo menos como medida temporal y hasta que su organismo se tonificara algo? ¿No han de abrirse tampoco las puertas al advenedizo? Y una vez encaminados por esta via de tolerancia, ¿no se debería igualmente admitir algu-

(1) Demoor et Daniel, Les Enfants anormaux à Bruxelles, *Année psychologique*, VII, p. 296.

nos de aquellos anormales que, atacados del mal de Little o de Pott, hállanse tan poco a su placer en el medio brutal de sus compañeros más robustos? ¿Qué hacer, finalmente, de los niños cuya miopia ignorada retrasara en sus estudios? Ya se vé que la cuestión deja de ser sencilla y fácil cuando se la considera de cerca. Bien puede eliminarse con rigor de la clase de anormales al simple ignorante; pero hay una serie de casos complejos, intermedios entre ignorante y anormal. El inspector primario, digámoslo anticipadamente, consultará con provecho a su colega médico referente a tales individuos situados en la frontera. Ninguna solución de principio puede mediar aquí; ha de dejarse dirigir por las circunstancias. *Importa señalar cuidadosamente en el legajo del niño los motivos algo especiales, que ocasionaron su admisión, para evitar engaños ulteriores, que consistirán en presentar al niño como anormal verdadero y mejorado en clase de perfeccionamiento.*

Hecha esta salvedad, quedan los normales, los verdaderos normales. En cuanto a éstos, diríase, no hay problema. Están en su lugar; no hay más que dejarlos en escuela ordinaria.

Esperamos sinceramente que se les retendrá allí; lo esperamos y hasta lo reclamamos con todas nuestras fuerzas. Pero no estamos seguros que se logre defender contra ellos las escuelas especiales. ¡Tantos inte-

reses vitales hállanse empeñados contra la observancia de esta regla! Y los intereses, cuando no se vigilan, son como millones de teredos que corroen con trabajo lento, seguro y silencioso, las barreras más recias.

Hay, en primer lugar, el interés de los padres. Si se tratara de segunda enseñanza, de padres ricos, de burgueses, no habría que temer; los burgueses no quieren sus anormales; les causan vergüenza; los envían lejos, a cualquier establecimiento particular; no hablan de ellos a nadie, no los visitan, los abandonan. Pero la gente del pueblo tiene mejores sentimientos o menos prejuicios. La escuela de anormales no los asusta ni tampoco el hospicio. Cuando tienen en el hospicio un niño verdaderamente anormal, no dejan de visitarlo. Puede, pues, figurársenos el efecto consiguiente a tal estado de espíritu. Si estos padres y madres obreros se enteran que existe tal internado donde los niños disfrutan de comida, hospedaje y vestido, procurarán que se admita a sus hijos, incluso normales, en este internado, aun cuando supieran que dicho establecimiento recibe sólo débiles, atrasados, locos. Si es preciso harán recomendar su petición por concejales; este abuso se produjo recientemente con un internado disciplinario, que se llenó rápidamente de normales, cuya única característica era la siguiente: sus padres tenían padrinos políticos.

Este fraude, porque lo es, no se producirá en escuelas y clases especiales, donde no se brinda a los alumnos

mayores ventajas materiales que en las escuelas públicas; pero ha de temerse que no se produzca en los internados especiales de anormales. Tales internados, si no se los vigila severamente, rebosarían luego de niñitos normales.

Y no es esto todo. No son los padres sólo quienes procurarán defraudar. Pensemos también en los directores de escuelas de anormales. ¿Cuál es su interés? Percatémonos de ello; es muy importante. Han de preverse siempre los efectos de la flaqueza humana. En cualquiera nueva escuela que se organice merece atención especial la parte del organismo que esté más sujeta a charlatanería.

Los directores y profesores de anormales tendrán cierto empeño en presentar, a los que visiten su establecimiento, niños que no fueron jamás atrasados de inteligencia, o tan poco, que lo fueron casi nada. Tendrán cuidado en explicar en qué estado los recibieron. Si es necesario, mentirán. ¡Engaño piadoso, cometido con buen fin, en pro de la escuela! Tales niños servirán de reclamo, y sería tan falso como si escuelas de sordo-mudos presentasen a los visitantes semisordo-mudos, o sordos que hubiesen oído antes, atribuyendo a la educación la habilidad con que estos seres leen con los labios o pronuncian palabras.

Estos fraudes se practicarán mientras los que visiten dichos establecimientos se contenten con mirar beatíficamente o de interrogar simplemente los alumnos

que les presenten los maestros, en vez de escoger ellos mismos los alumnos que ha de interrogarse.

Hay otra razón para que los directores de escuelas de anormales abran ampliamente sus puertas a normales; es que en ciertos establecimientos podrá sobrevenir escasez de anormales. La escuela se ha creado; funciona; el personal cobra bien; no hay mucho trabajo; nadie se ocupa de ello; se vive tranquilo. Sin embargo, el contingente de entradas disminuye poco a poco. Se teme que algún inspector denuncie tal merma en su informe y que la escuela sea suprimida por inutilidad pública. Habrá, pues, de encontrarse alumnos, y si es preciso hallarlos, se los hallará. Recuérdense los cursos de noche, dados en escuelas primarias, en que el profesor, temeroso de hallarse frente a bancos vacíos, ruega al director de la escuela que le mande como oyentes, alumnos de la escuela diurna. ¡Recuérdense las bibliotecas, en que el personal, mohino de la deserción del público, paga con su dinero un lector asiduo, que permanece allí para hacer ver que hay gente!

Insistimos mucho para que los inspectores primarios velen sobre tal riesgo. Se sentarán junto a director de escuela especial; tengan muy presente que este director tiene interés directo, vital, en admitir niños normales y en disminuir la nota del examen de instrucción de los niños anormales. Con los inspectores primarios contamos para que todo se efectúe correcta y honradamente.

Boletines de informes. — Los directores y maestros de la escuela de origen deben facilitar, sobre cada niño que se admita en clase de perfeccionamiento, si dicho niño permaneció mucho tiempo en su escuela, informes abundantes y detallados; les costará poco, porque, sobre todo, un niño atrae la atención cuando ofrece algo extraordinario; y los anormales no pasan nunca inadvertidos. Interesa sobremanera que el futuro profesor del alumno, en clase de anormales, esté perfectamente enterado, y que las observaciones practicadas se aprovechen. No se nos olvide que la educación de anormales deber ser individual, *a medida*, como se ha dicho con exageración pintoresca; luego para que resulte individualizable, es menester que el niño sea muy conocido, bien estudiado. Cuanto facilite tal investigación vendrá de perlas.

En bastantes países extranjeros hase impuesto la necesidad de introducir algún método en los informes que ha de recogerse. Se ha formulado modelo de preguntas, a que debe contestar el maestro que presenta al niño. Esta costumbre es acertada; precave descuidos sensibles.

He aquí el cuestionario que proponemos:

INFORMES

facilitados por la escuela de origen

sobre el alumno..... admitido el.....
en clase de perfeccionamiento de la escuela.....

INFORMES GENERALES

Escuela de origen (niños o niñas).
Señas de la escuela de origen.
Nombre y apellido del niño.
Fecha de nacimiento.
Curso a que pertenece el niño.
¿Júzgase al niño atrasado?
¿Júzgase al niño inestable?

INFORMES FAMILIARES

Nombres de padre y madre.
Señas de los padres.
Profesión de los padres.
Antecedentes respecto a la familia cuyo conocimiento puede utilizarse.

ESCOLARIDAD

¿Cuánto tiempo ha que el niño asiste a la escuela?

¿A qué clases ha pertenecido y por cuánto tiempo en cada una de ellas?

Regularidad de asistencia escolar. ¿Cuántas faltas al año?

Motivos más frecuentes de dichas faltas, si cabe.

¿Sábese si ha pertenecido a algunas otras escuelas, y a partir de qué período asistiera a ellas?

INSTRUCCIÓN

¿Qué grado tiene de inteligencia? (Evaluar de 0 a 20).
¿Qué se sabe de su memoria?
¿En qué materias de enseñanza logra mayor éxito?
¿En cuáles muéstrase inferior?

¿En cuántos años se calcula que se halla retrasado por la instrucción sobre el promedio de niños de su edad?

Agréguese a la presente hoja el cuaderno de sus ejercicios, muestras de sus dibujos y trabajo manual.

CARÁCTER Y DISCIPLINA

Comportamiento en clase. ¿El niño está quieto? ¿Es atontado, turbulento, parlanchin? ¿Ríese sin motivos aparentes? ¿Perturba el orden de la clase?

Aplicación al trabajo. ¿Está atento en clase?

Labor en casa. ¿Hace sus trabajos, sabe sus lecciones? ¿En qué proporciones ayuda la familia a la enseñanza de la escuela?

¿Qué actitud observa con respecto a su maestro? ¿Cómo acoge las advertencias? ¿Las escucha? ¿Cuánto tiempo? ¿Muéstrase indiferente, reacio?

¿Qué relaciones sustenta con sus compañeros? ¿Es cariñoso, dócil, servicial, hácese querer? ¿Es objeto de cuidados asiduos o bien es indiferente? ¿Apártase de los demás? ¿Es cargante, brutal, colérico, ladrón, mentiroso, malo? ¿Tiene vicios particulares?

PEDAGOGÍA

¿Qué medios morales son más acertados para dirigirlo?

¿Qué efecto le producen los castigos?, ¿Y la severidad?

¿Qué efecto le causan las recompensas? ¿Y los estímulos?

¿Es preciso usar con él, en clase o en recreo, medidas especiales?

¿Qué métodos surten mejores efectos para desarrollar su instrucción?

ESTADO DE SALUD

¿Qué se sabe de su salud? ¿Hay incontinencia de orina? ¿Trastornos de movimientos, de palabra, ataques? ¿Le ha examinado ya el médico y se sabe la opinión de éste? ¿Se le prescribieron medicamentos, cuales?

Fecha, calidad y nombre del que facilitó los informes.

Nos hemos preocupado de que todos los términos de este cuestionario fuesen fácilmente comprendidos por los maestros; han llenado un centenar de ejemplares de manera muy satisfactoria, y tenemos con esto, en nuestro poder, verdadero venero de datos valiosos· Es de esperar que los profesores de escuela especial disfruten de iguales beneficios. Tanto es así, que es costumbre adoptada en países extraños y a satisfacción. Los boletines que se emplean en Rotterdam, por ejemplo, sólo diferéncianse de nuestro modelo por su mayor laconismo. Hemos reunido en nuestro cuestionario cuanto puede interesar, no solamente al inspector primario, sino al médico y al psicólogo.

En resumen, he aquí la marcha que aconsejamos para reclutamiento de anormales:

Primero. — El inspector exigirá, en la escuela, distribuir los alumnos por edad, curso y división de curso.

Segundo. — Por examen de cuadros de efectivo, el inspector comprueba los retrasos y pide informes acerca de la escolaridad de los niños que se hallan retrasados en dos años (cuando tienen menos de nueve), y en tres años (cuando tienen más de nueve). En la misma circular, el inspector invita a los maestros a designar los alumnos de su escuela que les parecen inestables, es decir, que, según testimonio de dos maestros, por lo menos, muéstranse rebeldes a toda disciplina y constituyen estorbo en clase. Los he-

chos de indisciplina han de señalarse con los nombres de los niños sospechosos de inestabilidad.

Tercero. — Luego de examinados estos distintos documentos sobre escolaridad de retrasados y sobre actos de indisciplina reprochados a niños supuestos inestables, el inspector verifica la primera selección; designa los niños en quienes debe practicarse examen directo.

Cuarto. —El examen directo versa especialmente sobre instrucción e inteligencia del niño. El inspector adopta resolución firme para cada niño, y solicita opinión del médico, asi como del director de escuela especial, que le ayuda.

Quinto. — El inspector ordena que la escuela de origen llene el boletín de informes relativo a los niños que son definitivamente admitidos en escuela especial.

En el capítulo siguiente expondremos el examen médico.

Digamos, desde luego, para terminar, que todas las resoluciones deben considerarse como provisorias; el niño entrará en clase de anormales a título de ensayo, para tenerlo en observación.



CAPITULO IV

EXAMEN MÉDICO DE ANORMALES

En lo anteriormente expuesto hemos considerado el anormal desde el punto de mira de su adaptación a la escuela. Este punto de mira es parcial, y no ha de hacernos olvidar otro, el médico. Es evidente que en la organización y funcionamiento de escuelas especiales, el médico desempeña papel muy importante. Todos los países extranjeros lo han reconocido, reservándole puesto preeminente; en algunos hasta se ha lamentado que el médico se aparte demasiado de estas cuestiones, contentándose con practicar examen rápido y sumario de los niños al entrar en la escuela, en vez de empeñarse en colaborar de manera continua y activa en la labor importantísima del maestro.

Sin embargo, declarados tales principios, no estará por demás fijar con claridad la misión que le corresponde al médico y los servicios que puede prestar. Nos ha parecido, en efecto, que se incurría en alguna confusión con respecto a las atribuciones que debe reconocérsele, y dos tendencias opuestas se han abierto camino; según la primera, más corriente, los anormales, por ser a menudo, si no siempre, enfermos, constituirían su dominio, su propiedad intangible; inmiscuiríase en sus privilegios al ocuparse de ellos. La opinión inversa consistiría en reconocerle en la materia autoridad particular; así ocurre en Alemania, donde los pedagogos tienen vara alta en las escuelas especiales. Agréguese que los médicos no han hecho nada para facilitar un acuerdo. Si les habláis de anormales, dirán en seguida: «Es cosa nuestra»; y no andan equivocados, si bien, afirmado este punto de derecho, apenas si conocen el terreno que defienden.

En cuanto a nosotros, parécenos que la materia es bastante extensa para que cada uno halle faena, y los esfuerzos de todos no serán sobrados para lo que queda por desembrollar. Ciertas cuestiones se le escapan al médico, como médico, por ser de competencia ya del pedagogo, ya del psicólogo. Pero hay otras en que, a nuestro entender, tiene plena idoneidad, y para las cuales ninguna otra persona podría substituirlo. Limitar su misión no es reducirla, antes al contrario, es asegurarle autoridad de buena

ley. No ha de escoger anormales entre anormales. Debe, entre anormales preliminarmente escogidos, diferenciar ciertos tipos, bien de admisión, bien de conducta.

El médico no debe escoger niños anormales entre niños de escuela

En general, desconócese lo que en esencia es el médico respecto de aptitudes y de conocimientos. Se tiende hoy con preferencia a otorgarle una especie de omnisciencia e infalibilidad, contra las cuales él protesta débilmente. Se le constituye juez en cuestiones que escapan a su estricta competencia, es decir, médica, y acerca de las cuales emite opiniones ni más ni menos justificadas que las de cualquiera otra persona inteligente. Poco ha, en diferentes congresos y sociedades, se ha visto médicos de excelente voluntad que redactaron programas de enseñanza, compararon la virtud educadora de las ciencias con la de las letras, emitiendo, por cierto, muchas opiniones sensatísimas, pero ajenas al arte médico. Por lo que se refiere a la selección de anormales, obedécese al mismo prejuicio. Hemos hablado de todo ello con muchísimas personas, sobre todo con miembros de la enseñanza, y al insistir acerca de las dificultades del examen, nos contestaban ordinariamente: «Es cosa del médico». El pre-

juicio que aquí señalamos tiene grandísimo arraigo, y, sin duda, costará mucho vencerlo, pues hay demasiada gente que tiene interés en mantenerlo para beneficiarse. Vamos a examinarlo bajo dos aspectos diferentes: apreciación del retraso pedagógico; examen anatómico de atrasados.

Apreciación del grado de inferioridad mental. — Hemos visto con qué facilidad, a pesar de la creencia comúnmente admitida, maestros e inspectores bien orientados practicarán esta parte de su misión. Si lo encargásemos al médico, veríase en grande apuro. ¿Nos figuramos al médico introducido en clase de 300 niños y habiendo de buscar los anormales con medios propiamente médicos? Sin duda; el médico, sobre todo si es alienista, está llamado a apreciar niveles de inteligencia del niño y a firmar certificados de idiotez, de imbecilidad y debilidad. Mas imaginemos cómo ocurren las cosas en consulta. Los padres traen el niño. Ya saben que no es «como los otros». Por esto, precisamente, lo presentan; y, por consiguiente, el médico ha de distinguir este niño de un normal. No hace más que escuchar largamente a los padres, quienes le proporcionan toda suerte de detalles. Cuando interroga y examina al niño, sólo es por verificar lo que acaba de saber añadiéndole su impresión personal. En general, el caso es grave, el atraso es tan evidente, que toda persona de buen sentido lo notaría. La misión del médico es, pues, en este caso (porque veremos

luego que no se limita únicamente a esto), reducidísima. Sólo debe atestiguar el atraso del individuo vertiendo, en términos técnicos, el juicio que los padres le dictaran casi por completo. Hasta su apreciación de la gravedad del caso, salvo estudios especiales por su parte, no se diferencia mucho de la apreciación vulgar, que así sabe también distinguir el idiota que no habla, el imbécil, incapaz de recibir la menor cultura, pero que se hace comprender, y, finalmente, el débil, que trabaja algo, mas no se halla en estado de proveer a sus necesidades o de dirigirse sensatamente.

El médico, certificando de esta manera acerca del nivel intelectual, ¿preocúpase de hacerlo con precisión? Ni por pienso, porque no es lo que se le pide. Los padres no le formulan la siguiente pregunta: «¿Encuéntrase nuestro hijo retrasado en su desarrollo mental?» Bastante, por desgracia, lo ven, y poco les importa que sea en seis meses o en un año. Pero acuden, desconsolados, preguntando: ¿Por qué no hace el niño los progresos ordinarios? ¿No habría, doctor, algún remedio que fomentase su desarrollo?» Si se dirigen al médico no es ni aun con la esperanza de que un tratamiento médico-pedagógico pueda sacar a su hijo de apuros; bastante saben que los cuidados solícitos con que le mimaran desde sus primeros años son superiores a cuanto puede ofrecerles nuestro cuartel de niños; pero reclaman aquellas quimeras terapéuticas con que se mece nuestro incansable anhelo. En todo esto, lo repetimos,

no tiene el médico que apreciar con alguna delicadeza grado ninguno de atraso. Pero si lo ensayara, ¿cómo y por qué métodos podría lograrlo?

He aquí un niño de nueve años propuesto para clase de anormales, porque no puede seguir los cursos corrientes de la escuela primaria y que se le arrastra con pena. Formule entonces, usted, médico, el breve interrogatorio acostumbrado en clínica; preguntad al niño su nombre, su edad, profesión y señas de sus padres; fecha actual: día, mes, año; algunos detalles sobre su género de vida; incluso hacerle leer o contar. Las respuestas se os dan de buena gana y con precisión. ¿Le negaríais la entrada en escuela especial, y con qué derecho? Ahí tiene notas de uno, dos, tres maestros; no puede seguir; hállase todavía con niños de siete años a pesar de sus tres años de escuela. Evidentemente no es idiota, ni imbécil, ni débil muy acentuado. Pero se os señala como con retraso comparado con niños de su edad. Bien hay, pues, aquí algo de particular. No es el médico quien debe resolver si conviene dejarlo en escuela ordinaria. No debe el médico tomar tal determinación, porque necesitaría una comprobación que se le escapa; no puede pronunciarse contra las afirmaciones que se le facilitan, verificar si en realidad el retraso que se invoca es real. Debería comparársele con el estado normal. Pero éste varía con la edad. El médico no sabe con precisión cuál es, en edad determinada, con dos o tres años de aproximación, el grado de las

facultades intelectuales, como tampoco, después de tal o cual período de escolaridad, el nivel corriente de escolaridad. Y, sin embargo, en estas condiciones especiales, el problema se plantea de hecho. No titubearemos en pensar que en tales circunstancias, reducido a sus medios personales, el médico sería incapaz de apreciar el nivel intelectual del niño. No posee más nociones de ello que cualquiera otra persona. Que intente el médico buscar un débil, confundido entre normales, y verá cuán poco preparado hállase para selección semejante.

Examen anatómico de atrasados. — Pero, se nos dirá, ¿no tiene la debilidad intelectual sus signos somáticos, que el médico sólo puede apreciar? Los trabajos respecto del particular han versado sobre tres órdenes de hechos: antropometría, estigmas de degeneración, expresión de la fisonomía. Veamos sucesivamente qué ayuda pueden prestarnos.

Estatura y cefalometría. — (1) Numerosos trabajos

---

(1) Véase más particularmente: I. Para la estatura: Quételet, *Anthropométrie*, Bruxelles, 1871; et *Mémoires de l'Acad. de Belgique*, t. VII. — W. Burk, Growth of children in height and weight, *Amer. Jour. of Psychol.*, août 1998. — Vitale Vitali, *Studi anthropoligici in servizio della pedagogia*, Turin. — Gilbert, *Researches upon school children, Iowa University* 1897. — Corther, The growth of St-Louis school children, *Acad. of St-Louis*, 1894, VI, p. 325. — Berthold, in *Year Book, New York State Reformatory at Elmira*, 1893, estudios en escuela de reforma. — Tarbell, On the heigt, weight, and relative rate of growth of normal and feeble minded children, *Proc. of the Assoc. of Medic. Off. of Amer. Inst. for idiot. and feeble persons*, Frankfort, 1881. — Simon, Recherches anthropologiques sur 223 garçons anormaux, *Année psych.*, 1900, vol. VI. — Vaney, Relation entre le développement pihsique et le développement intellectuel, *Bulletin de la Soc. pour l'étude de l'enfant*, n.° 33, p. 195.

II. Para la cabeza: Binet, Estudios de cefalometría en 59 niños de inteligencia designal escogidos en las escuelas primarias de París; en 100 niños de inteligencia des-

se han publicado sobre estatura y cefalometría. Algunos han tenido por objeto comparar los niños de escuela menos inteligentes con los mejor dotados; otros autores tomaron como casos de estudio anormales de asilo. La carencia o los exiguos resultados de los primeros trabajos parecen obedecer a causa que hemos expuesto en otra parte y recordamos aquí ahora (p. 59). Habíase cometido el error de juzgar la inteligencia de los niños refiriéndose únicamente a la apreciación de los maestros, siendo así que debía tenerse en cuenta la relación entre edad y grado de instrucción. La aproximación de las medidas de estatura y cabeza entre anormales de hospicio y niños de escuela no ocasiona esta posibilidad de error, y demuestra, de unos a otros, diferencias más elocuentes. Pero ha de repararse también en el último elemento para que expresen las cifras así obtenidas todo lo que pueden probar. Si nos limitamos a comparar *promedios* unos con otros, se los encuentra casi idénticos. Hemos demostrado que aquí sólo convenía la *seriación*. Ella ha conducido a uno de nosotros a procedimiento mejor todavía, el de límites (1); existe para cada edad estatura limitada, por bajo de la cual los anormales devienen claramente más numero-

---

igual escogidos en las escuelas primarias de Seine y Marne; en 26 niños de los mejores y niños atrasados de estas últimas; en niños de los mejores y atrasados de las escuelas primarias de París, *Année psych.*, t. VII, pp. 369, 403, 412. — Simon, Recherches céphalométriques sur les enfants arriérés de la colonie de Vaucluse, *Anuée psych.*, t. VII, p. 430. — Binet, Les frontières anthropométriques des anormaux, *Bulletin de la Soc. poar l'étude de l'enfant,* 1904, n.° 16.

(1) El texto dice «frontières». *N. T.*

sos; existen valores determinados de los diámetros cefálicos, a cada lado de los cuales agrúpanse cabezas reducidas o hipertrofiadas que se acompañan, por lo regular, de frecuencia notablemente mayor, de deficiencia mental.

Presentamos aquí el cuadro, publicado por uno de nosotros, de límites provisionales para estatura y dos diámetros cefálicos.

Límites de anormales (niños)

Edad	Estatura	Diámetro ántero-post.	Diámetro transversal	Suma de los 2 diám.
—	—	—	—	—
	cm.	mm.	mm.	mm.
9	100	164	134	300
7	105	166	135	
8	110	169	136	306
9	111	171	137	
10	120	172	138	312
11	124	173	139	
12	130	174	140	218
13	135	176	141	
14	140	178	142	322
15	142,5	179	143,5	
16	154	180	145	328
17	147,5	181	146	
18	150	182	147	330

He aquí lo que significa este cuadro: Si se miden cien niños de escuela primaria, sólo se encuentran poquísimos (apenas 10 por 100) cuyas medidas son infe-

riores a las que se indican aquí; si se miden, por lo contrario, idiotas e imbéciles, la proporción de tales medidas inferiores aumenta, sobrepuja 25 por 100. En 120 normales no hemos hallado, por otra parte, ninguno que estuviese por bajo de dichos límites en dos medidas a la vez, mientras que 10 por 100 de anormales hallábanse en este caso. Así ciertas dimensiones ofrecen significaciones precisas, no definitivas, es claro, para juicio sin apelación sobre determinado individuo, pero, sin embargo, netamente presuntivas.

Estigmas de degeneración. — Todos han oído hablar de deformaciones físicas llamadas estigmas de degeneración. Las hay muy groseras, muy visibles, cual ocurre con un 6.° dedo en la mano, o labio leporino, o deformaciones de la cabeza con cambio de volumen o sin él, llamadas plagiocefalia (cráneo oblícuo ovalado), escafocefalia (cráneo en quilla), etc. Otros estigmas son menos perceptibles: formas raras del pabellón de la oreja, implantación viciosa del pelo, de dientes, alteraciones del ojo, etc. Algunos médicos, no todos, están versados en el estudio de estos diversos estigmas. Pero, desde luego, directores de escuela y maestros sólo saben lo que la vulgarización médica, tan extendida en nuestros tiempos, les ha permitido conocer. Evidentemente no pertenece a ellos descubrirlos, si bien ningún diploma de Estado puede impedirlos acostumbrarse a ello, si tal es su gusto. No hay ejercicio ilícito. Todo lo más se expondrán mejor al riesgo de

interpretaciones erróneas por ignorancia grave del modo de producirse tales estigmas, y la ignorancia de los médicos es todavía mucha sobre el particular. (1) La comprobación de los estigmas, su enumeración, su descripción, incumben, pues, preferentemente, por lo menos, al médico. ¡Dios nos libre de disputársela!

¿Pero qué utilidad puede tener su dictamen en la cuestión que nos ocupa, para saber si tal niño debe admitirse o no en clase de anormales? Es opinión, ya se sabe, conocidísima, sobre todo entre maestros y gente distinguida, recuerdo heredado también de las famosas doctrinas de Gall, que los estigmas físicos son signos de carácter original, y que el poseedor de cierta forma de testa es, seguramente atrasado. «He llevado mi muchacho, nos decía una buena madre de familia, a la consulta del señor doctor P..., porque no aprende nada en clase, se hace despedir de todas las escuelas donde le mando, es insoportable en casa, etc. El doctor le palpó la cabeza por aquí y por allá. Ha visto bien que mi muchacho tenía algo especial.» No hay por qué burlarse de esta madre. Mucha gente inteligentísima piensa como ella sin ser tan ingenua en su lenguaje. En cuanto se les presentan niños anormales, esperan

---

(1) Roland, por ejemplo, observa (Les états pathologiques et les états tératologiques, *Bulletin de la Société philomathique de Paris*, 9.ª série, t. IV, n.º 2) cuán ilegítimo es considerar todos los estigmas indistintamente como si indicaran indirectamente mala organización del sistema nervioso. Un niño puede muy bien tener mano en pinza de langosta marina sin alteración en la médula. Es resultado de proceso local del feto, y que, en lo sucesivo, no tiene mayor significación por lo que hace el estado de sus centros nerviosos que en el adulto la fractura de una pierna.

hallar en la fisonomía de estos niños algo especial, feo, patológico. Muchos médicos, digámoslo francamente, son igualmente ingenuos, y, lo que es más grave, déjanse influir por sugestiones inconscientes. Si se previene al médico, como hizo la buena mujer citada de que tal niño es anormal, el médico no tendrá dificultad, en general, en demostrar *que debe serlo.* ¿Quién no presenta estigmas? Ninguno de nosotros está cortado sobre el patrón del hombre esquemático. Siempre se descubrirá algún detalle anatómico que habrá de corroborar la opinión preconcebida que se tuviera. Pero el mismo médico que, al ver un niño anormal con lóbulos adherentes, diga que era lógico, cambiará bruscamente de opinión en cuanto descubra un remolino de pelo frontal en otro que le presenten como normal, y dejará de atribuir a este hecho importancia alguna.

En realidad, no habiéndose estudiado estas cuestiones en forma, comparando, sin prejuicios, niños anormales con normales de la misma edad y ambiente, no sabemos con certeza cómo deben interpretarse los estigmas; sólo podemos sugerir algunas conclusiones interinas.

La primera conclusión es que la presencia o carencia de estigma definido no tiene valor concreto para el individuo que lo lleva; pues, por una parte, encuéntranse no pocas especies de deformaciones en normales manifiestos, y. por otra, ciertos anormales auténticos hállanse normalmente conformados. El estigma no tie-

ne, pues, nunca valor de signo patognomónico, como el estertor crepitante en la neumonía, o amnesia localizada en la epilepsia. Pero si se coteja un grupo de normales con otro de anormales, el total de estigmas por grupo, será mayor en el segundo; y, además, la abundancia de estigmas en un mismo individuo constituye probabilidad de que dicho individuo sea anormal. He aquí algunos datos que corroboran estas dos proposiciones.

Recientemente, después de haber practicado en 58 niños de escuela rápido examen de la cabeza, notamos que 18 de ellos presentaban algún estigma, más particularmente configuración especial de la oreja (pabellón muy separado del cráneo, cuencas atravesadas por la raíz del hélix, orejas mal bordeadas, etc.) Hállanse, pues, estigmas en niños de nivel escolar medio.

Pero, entre los 58 niños a que aludimos, uno solo reunía 4 deformaciones cefálicas: deformaciones auriculares, estrabismo, prognatirmo y escafocefalia leve; los otros presentaban todo lo más 2. Únicamente el primero es anormal seguro.

En nueve niños de clase de anormales sometidos a la misma investigación observamos que, por una parte sólo uno tiene un estigma, otro tiene 2; cuatro, 3; tres, 5. Uno de los tres últimos ofrece grado marcadísimo de atraso; otro hállase no menos acentuado bajo el aspecto de inestabilidad. Compárense, pues, estos dos grupos, uno de 58 niños medios, otro de 9

anormales, y de grupo a grupo, la diferencia es muy clara. Los estigmas son generalmente en mayor número cuando los niños tienen estado mental defectuoso. La existencia de estigmas es presunción en este último sentido, y esta presunción es tanto más poderosa cuanto más se acumulan los estigmas.

Si consideramos cuáles son en nuestros anormales los estigmas que se encuentran con más frecuencia, veremos que la asimetría de la cara es casi constante, aunque se haya comprobado en niños normales; las deformaciones de la oreja vienen después. Y nos sorprende mucho la frecuencia del ceceo; 3 casos en 9 anormales, mientras que no observamos ningún caso en 58 niños de escuela tomados al azar.

He aquí una *verdad de grupo*, muy interesante desde el punto de mira científico. Pero, ¿es posible proponerla para diagnóstico individual? Esto es mucho más delicado, porque si puede sentarse como regla general que los anormales (y aquí no hablamos más que de los muchachos) tienen más estigmas que los normales, hay excepciones muy importantes.

Uno de nuestros anormales presentaba un solo estigma, otro no presentaba más que dos, y en estos dos casos se trataba de las anomalías más comunes: ligera asimetría de la cara y orejas muy separadas. Ciertos muchachos con estigmas poco numerosos y no muy marcados (aunque frecuentemente se noten tales estigmas sin valuarlos) pueden no ser de inteligencia nor-

mal. Igualmente ocurre a veces con niños sin estigma alguno.

De donde se sigue que la consideración de los estigmas puede entrar en la balanza como circunstancia atenuante o agravante del examen; pero jamás debe servir por sí sola de base a un diagnóstico.

La expresión de la fisonomía. — Además de los estigmas debemos señalar otra particularidad física, que en ciertos aspectos tiene mucha relación con aquéllos. Estudios metódicos, hechos por medio de sesenta fotografías de niños normales y anormales (fotografías tomadas por M. Bertillon en condiciones análogas para todos), nos han demostrado que el maestro inteligente se quivoca poco en lo tocante al valor de todas aquellas fisonomías; por más que han sido inmovilizadas por el objetivo, no siguen menos vivas y parlantes para el que tiene costumbre de mirar niños. En efecto, rogamos a diferentes maestros que estudiasen aquellos retratos y dieran su opinión respecto a la mentalidad que revelaban. Hubo varios errores que, en cierto modo, ya eran de prever; pero las apreciaciones exactas fueron siempre en mayoría, y algunos maestros dieron prueba de notable talento de observación; casi puede decirse de ellos que no se equivocaron nunca. (1) Digamos de paso que en la lista de experimentadores y entre los maestros de escuela se en-

(1) Para el estudio completo de esta cuestión, muy bien examinada por Mme. Rousson, véase *Année psychologique*, La pédagogie scientifique, t. XII, 1906, p. 271.

contraban algunos médicos, cuyos resultados estuvieron muy lejos de ser brillantes; el percentaje de éstos fué muy inferior al de aquéllos. Esta diferencia de habilidad, que tal vez asombre desde el primer momento, nos recuerda la anécdota siguiente: Un día, en una comisión, echamos sobre el tapete verde una colección de fotografías de niños, cabalmente la que nos sirvió para nuestros experimentos metódicos. Aquellas fotografías excitaron la curiosidad, y cuantos las miraron dieron su opinión. Por malicia quisimos conocer el criterio de un médico alienista que formaba parte de la comisión; se equivocó tanto como sus colegas más ignorantes en medicina.

Nos parece, y los hechos precedentes nos dan la razón, que los estigmas son sencillamente una parte del conjunto tan complicado que constituye una fisonomía. En ésta hay algo más, sobre todo la expresión viva o apagada, fuerte o débil, inteligente o desprovista de inteligencia; la finura o la tosquedad de los rasgos, la belleza o la fealdad del rostro, el aspecto normal, es decir, ordinario y usual del todo, o su carácter insólito. Todas estas cosas constituyen un conjunto no analizado por el ojo, sino que se juzga en globo, por instinto, sin separar cada uno de los elementos y, sobre todo, sin poder dar razones valederas del juicio. ¿Será posible, algún día, analizar, disociar y describir todos estos elementos tan diversos? Lo ignoramos. Por el momento creemos que todo examinador se deja influir

por «la cabeza» del candidato, y que esta impresión injustificable no está enteramente desprovista de valor.

Resumamos, pues, lo que se refiere al examen somático: existe correlación efectiva entre el nivel intelectual de un individuo y su estado de desarrollo físico; ahora empezamos a conocerla con precisión; pero, desgraciadamente, es débil. En lo que a estigmas se refiere, el trabajo está poco adelantado; ningún percentaje nos indica el valor de probabilidad que corresponde a cada uno ni a su combinación. Queda el aspecto general, cuya significación parece indudable, pero que hasta el presente no puede utilizarse por depender muchísimo de apreciación individual. Por otra parte, observemos que las relaciones entre lo mental y lo físico son más significativas cuanto más inferiores son los estados mentales de que se trata. Pues bien; en la eseuela, el débil es el que constituye el número, y a éste hay que reconocer con más frecuencia que al idiota o al imbécil; la importancia del examen anatómico de ellos disminuye en el mismo grado. Por consiguiente, podemos concluir con esta regla práctica: el estudio anatómico no puede dispensar en caso alguno de examinar directamente la inteligencia. La utilidad de la antropometría, de los estigmas y del aspecto físico, para descubrir en una escuela los atrasados y los inestables, debe venir en segundo término. Si no es posible recurrir al maestro, estas nociones podrían y deberían servir. Pero a veces, gracias al

concurso de éste, se tienen mejores. Tales nociones solamente podrían inclinar en el sentido del retraso para los casos que se hallen en los confines. Su oficio principal no es ayudar a escoger a los niños para las clases de anormales, sino que tienen significación muy diferente, que luego expondremos.

EXAMEN MÉDICO DE LOS NIÑOS PRESENTADOS

Nos queda por concretar la misión activa del médico. En varios países del extranjero se ha trazado plan de este examen médico, haciéndolo tan completo como ha sido posible, verdaderamente interminable. Damos un plan de este género, discutiendo, desde nuestro punto de mira, la oportunidad de ciertas cuestiones (1). Si no se simplifica el trabajo, los prácticos

(1) Existe hoy toda una literatura sobre el examen médico-psicológico de los anormales. Citaremos los libros en que se encuentran los documentos más interesantes. Desde luego el *Manuale dl Semejotica delle Malattie mentali* (Milán, 1898), de Enrico Morselli, es un vasto compendio de datos de todas clases, donde se encuentran descritos gran número de ensayos ya conocidos y aplicables a los alienados y a los anormales. En segundo lugar, la obra metódica y muy original de R. Sommer (de Giessen), *Lehrbuch der Psychopathologischen Untersuchungs-Methoden*, Berlin y Viena, 1899, que contiene, no solamente descripción de aparatos gráficos perfeccionados para estudiar la motilidad, sino todo un plan original para el análisis de un estado mental. El libro del doctor Ley, sobre *L'arriération mentale* (Bruselas, 1904), encierra gran número de pruebas, tomadas de otros autores, y también, lo que es más instructivo, los resultados experimentales obtenidos con estos ensayos en niños débiles. Blin y Damaye, su discípulo, han publicado un modelo muy completo de cuestionario para fijar el diagnóstico de los niños atrasados; las principales cuestiones son de orden psicológico. Los autores han dado además varios ejemplos de las respuestas obtenidas con su método,

lo simplificarán a su manera, descuidándolo. Si les exigís demasiado, no harán nada.

Programa de examen médico

Herencia del niño. — Se ha prescrito que se anote nombre, fecha y lugar de nacimiento de los padres, y que se indague, por interrogatorio directo, si éstos presentan herencia patológica. Ante todo se pensará en dos grandes influencias hereditarias: alcoholismo y locura; después se podrá interrogar respecto de enfermedades nerviosas, delitos, tuberculosis, etc. Se pedirán estos datos con referencia a los ascendientes directos y a los colaterales. Se anotará el número de hermanos y hermanas, sus enfermedades, su mortalidad y lugar del niño en la familia.

Primeros años de la vida. — Es el segundo capítulo del examen médico y comprende muchas preguntas: ¿Ha tenido el niño convulsiones? ¿A qué edad tuvo la primera dentición? ¿A qué edad empezó a andar? ¿Cuáles fueron los primeros hábitos de limpieza? ¿Cuál fué su primer lenguaje? ¿Cuáles las enfermedades de la infancia? ¿Ha sido el niño siempre diferente de los

---

que parece bueno, aunque un poco largo. Creemos que el doctor Bourneville ha publicado también un cuestionario; pero no lo conocemos. El doctor S. de Sanctis es autor de un método experimental para reconocer los atrasados; este método parece un poco elemental y aplicable sobre todo a los anormales más deficientes. (Véase *Année psychologique*, t. XII, p. 70, 1906). En un librito reciente, el mismo autor publica una *Carte biographique* que puede prestar algunos servicios *(Relazione intorno agli Asili-Scuola per fancicelli anormali e deficienti poveri*, Roma, 1907). Recordamos, por último, que nosotros mismos hemos publicado en el *Année psychologique*, t. XII, p. 146 y siguientes, tres memorias sobre diagnóstico de anormales, con muchas pruebas nuevas de psicología, y que nuestras investigaciones fueron repetidas y comprobadas por Decroly poco después de su publicación *(Arch. de psychologie* de Ginebra, 1906, t. VI, n.° 21).

otros o presenta, desde época determinada, el estado en que se encuentra? En otros términos, ¿se trata de atraso congénito o adquirido?

Estado actual. — Bajo este epígrafe se comprende la impresión general que causa ver al sujeto, su actitud, el estudio de la forma y volumen de su cabeza, etc.

No tenemos nada que objetar en principio contra tales exámenes médicos, y si un médico desea recoger todos estos datos y otros por el estilo, merece que se le aliente en ello. Recordaremos de paso que el doctor Ley, de Amberes, que durante cierto tiempo fué médico especialista de una escuela de alienados, hizo, de manera completa, investigaciones sobre herencia y antecedentes personales en cientos de niños anormales. Pero antes de obligar administrativamente al médico a que llene, larga y concienzudamente, el boletín en que se encuentran todas estas preguntas, es necesario preguntarse, sin prejuicio alguno, a quién y en qué puede ser útil este trabajo.

Distingamos lo que es ciencia pura y lo que tiene alcance práctico inmediato. Sin duda debe acogerse con agrado todo medio de instrucción que nos permita conocer mejor al niño. Las observaciones precedentes solas, relativas a la herencia, no puede zanjar la cuestión de saber si el niño es anormal, y tan sólo pueden arrojar vaga luz sobre un carácter y la manera de tratarlo. Para ser anormal se ha de ser o inestable o deficiente de inteligencia; el hecho de tener herencia

alcohólica carece de importancia, con tal que pueda seguirse la clase y aprovechar la enseñanza ordinaria. Estos datos de orden patológico podrían, a lo sumo, intervenir en los casos dudosos para inclinar la balanza en sentido agravante, y aun así habrá de extremarse la prudencia antes de entrar en este camino; porque ignoramos de la manera más increíble la herencia y los antecedentes de los niños normales, y mientras nuestra ignorancia en este punto sea tan completa, no podremos decir con exactitud lo que pueda haber de patológico en la herencia ni en los antecedentes de los anormales (1). Por consiguiente, datos de este género no son directamente útiles.

¿Cuáles son, en cambio, los primeros problemas por resolver? Representémonos exactamente el momento en que estamos del examen. He aquí los niños escogidos por los maestros; los inspectores en persona comprobaron la operación, reformaron algunas selecciones y eliminaron escaso número, por cuanto la selección fué bien orientada por ellos desde el principio y concienzudamente ejecutada. Se trata de niños atrasados en sus estudios. Por otra parte, el examen de escolaridad ha demostrado que el defecto de ella no influía, y el examen intelectual confirmó este juicio.

---

(1) Dubois refiere que en una visita a una clase de anormales, en Bruselas, le indicaron que cierto niño había sido admitido como inestable, otro como simple y otro como débil. Respecto a uno de éstos se decía simplemente: *alcoholismo de los padres.* Sería monstruoso, si no hubiera habido otro motivo de admisión. A. Dubois, *Les Arriérés,* París, 1906.

Ahora falta saber si entre todos los niños que no siguen el programa ordinario de estudios existen, no deficientes propiamente dichos, sino enfermos.

Además, entre los anormales declarados, ¿no habrá algunos que reclamen tratamiento médico mejor que disciplina pedagógica? Ejemplo: los mixoedematosos.

En fin, ¿no tiene el niño, a la vez que su atraso, alguna otra enfermedad que lo complica? Verbigracia: epilepsia.

En esto hay muchos problemas esencialmente médicos que es preciso resolver con toda urgencia antes de decidirse respecto de la admisión de un niño. Estudiémoslos sucesivamente.

¿Estamos en presencia de un caso de debilidad o bien de afección mental intercurrente? — Pocas veces habrá ocasión de vacilar. No obstante, puede darse este caso en dos condiciones principalmente. En primer lugar, la parada en los estudios puede expresar, en algunos niños, cierto estado de depresión precursor de psicosis en vías de evolución, o ser la primera señal del decaimiento de estos degenerados, de los que dice Morel que parecen tener «existencia intelectual limitada». Estos casos, descritos hoy por algunos autores con el nombre de demencia precoz, reclaman, ante todo, tratamiento médico.

Es posible también que el influjo pueda atribuirse a alcoholismo. El alcoholismo de los padres frecuente-

mente es causa de los estados de atraso. Mas no siempre se detienen aquí los efectos de los hábitos de la bebida. Se hace beber al niño. En tales casos, el médico descubrirá en seguida huellas de intoxicación, pesadillas nocturnas y temblor de manos. Esta intoxicación será a veces responsable, si no totalmente, en parte, de la falta de todo adelanto en la escuela y del carácter irascible que el niño demuestre en clase. Entonces será preciso ver a los padres, aconsejarles higiene diferente, por lo menos en cuanto al hijo, si ellos no pueden renunciar para sí mismos a sus prejuicios. De este modo quizá se evite colocarlo en la escuela de anormales. Es evidente que, aun en esta escuela, se impone con la misma energía suspender la intoxicación.

La rareza de casos de este género hace su exposición casi teórica.

¿Requiere tratamiento médico el atraso comprobado? — No puede el médico prescribir por sí mismo medidas propias para remediar el atraso o la inestabilidad? Demos algunas explicaciones respecto a esto. La acción médica se ejerce lo mismo sobre los síntomas de la enfermedad declarada, que sobre las alteraciones orgánicas que los originan o sobre las causas mórbidas mismas. La quinina, por ejemplo, tiene acción electiva sobre los parásitos de la fiebre palúdica; el mercurio produce indudable efecto en las formaciones sifilíticas; el método de baños fríos mantiene la

temperatura del tífico inferior a cierto nivel durante toda la enfermedad. ¿Puede esperarse efectos análogos en lo que concierne al atraso? Breve resumen de lo que sabemos de sus causas y de las lesiones anatómicas que acompañan, será nuestra respuesta.

Lo que domina la etiología es que el atraso y la inestabilidad dependen de estados hereditarios o de estados adquiridos desde los primeros períodos del desarrollo. Por estados hereditarios se entenderán estrictamente los que resultan de alteraciones de las células procreadoras de los padres. Una intoxicación es, por sí sola, capaz de ejercer en el organismo de éstos acción bastante general para llegar hasta las células de reproducción, y el alcohol es con mucho el veneno culpable más frecuente causa de ella. (1) Por estados adquiridos habrá que comprender todos los estados, sea congenitales, sea posteriores al nacimiento, que resultan de enfermedades del feto o de la primera infancia; tales son, sobre todo, complicaciones, por localización cerebral, de enfermedades infecciosas; después del nacimiento, por ejemplo, la fiebre tifoidea, las fiebres eruptivas y las meningitis acarrean consecuencias análogas. En todos los casos, salvo raras excepciones que luego mencionaremos, son causas que no están en actividad en el momento en que se advierte el atraso;

(1) Véase especialmente Forel: *L'âme et le systéme nerveux passim.* — Demme: 10 familias sobrias engendran 81,9 por 100 de hijos intelectualmente normales; 10 familias de bebedores, solamente 17,5 por 100.

por consiguiente, la intervención médica no puede ejercerse ya sobre ellas.

Los conocimientos que acabamos de recordar respecto de las causas de los estados de atraso conducen a ciertas conclusiones prácticas. La evolución ulterior de los casos congénitos y de los adquiridos parece, en efecto, diferente, y esto da importancia bastante grande al estudio de los primeros años del niño. Si las primeras fases del desarrollo fueron regulares y después se interrumpieron bruscamente con motivo, por ejemplo, de una meningitis infecciosa que la anamnesia permite volver a encontrar con certeza, se tiene un elemento de pronóstico que no es despreciable. Es un hecho reconocido que los atrasados adquiridos son también los menos aptos para hacer nuevos adelantos (1). Si se titubea en colocar un imbécil en el asilo-hospicio o recibirlo en escuela de anormales, la noción precedente permite dar preferencia al hospicio. Pero, preciso es repetirlo, en esto no se encontrará indicación de tratamiento.

En cuanto a las lesiones que se encuentran en la autopsia, son también múltiples y *acabadas;* no hay acción posible sobre ellas. Tales son, en efecto:

1.° Secuelas de la rotura de un vaso intracerebral

(1) Notemos de paso que estos atrasados adquiridos son particularmente regulares de rasgos fisonómicos. Luego lo que antes hemos dicho de la fisonomia y de los estigmas no les concierne, Su expresión es sencillamente el resto del periodo anterior en que nada habian perdido de su inteligencia. Cf. Shuttleworth, *Les enfants anormaux au point de vue mental.* Bruselas, 901, p. 73; y Voisin, *Leçons sur l Idiotie*, p. 82-83.

(con motivo, por ejemplo, de parto con forceps o de asfixia): se ha derramado sangre en el tejido nervioso; éste se ha lesionado en mayor o menor extensión; ya no se encuentra más que una bolsa quística llena de líquido serosanguíneo.

2.º Obstrucción de un vaso arterial (trombosis séptica, por ejemplo), que ha impedido el acarreo de sangre a un territorio cerebral dado, que está igualmente lesionado.

3.º En otros casos, lesiones más o menos extensas de meningitis: la inflamación de sus envolturas repercute en el cerebro y, por consiguiente, en sus funciones.

4.º Secreción exagerada del líquido cefalorraquídeo, en el cual se baña normalmente todo el sistema nervioso central, que puede comprimirlo o distender sus cavidades, especialmente los ventrículos laterales de los hemisferios, y desunir los huesos del cráneo, lo que produce cabeza grande, de forma globulosa, y frente combada: hidrocefalia.

5.º O bien existen sencillamente defectos de desarrollo (microcefalia: frente muy oblicua, extrema pequeñez del cráneo con relación a la cara; microgiria, excesiva delgadez de las circunvoluciones), cuya patogenia sigue desconocida.

6.º En fin, — y es el caso más frecuente cuando no se trata de los peores grados de atraso, — la autopsia y aun el examen microscópico de órganos son enteramente negativos.

Por último, añadamos que la naturaleza misma de las lesiones precedentes parece sin relación con el nivel de las facultades intelectuales. La agrupación anatomopatológica de los casos y la agrupación hecha con arreglo al estado mental, lejos de ser paralelas, se superpondrían constantemente. En cambio, la extensión de las lesiones tendría más influencia: las lesiones difusas perjudican al espíritu más que las circunscritas, es decir, limitadas en ciertos puntos del cerebro, como si las funciones psíquicas necesitasen todo el concurso de la corteza cerebral; y con bastante frecuencia podrá verse, por ejemplo, juicio sano en individuo poseedor de parálisis extensa, mientras será más raro que buena inteligencia coexista con cierto grado de microcefalia.

Insistamos en el último hecho que hemos mencionado, la ausencia de toda lesión. Esta integridad orgánica demuestra, en efecto, lo hipotético de cierta teoría reciente. Algunos autores han sostenido que todos los estados de atraso y de inestabilidad observados en niños pueden atribuirse a enfermedades definidas cuyos síntomas podrían ser tales estados. La cuestión es controvertible. Nosotros nos atenemos a la fórmula provisional siguiente: el atraso y la inestabilidad son *estados mentales* particulares que, frecuentemente, es imposible referir a estados patológicos determinados.

No conocemos tratamiento médico alguno capaz de obrar sobre las lesiones precedentes, cuando existen, y ni aun siquiera concebimos la posibilidad de obrar sobre ellas.

Sin embargo, no siempre nos hallamos en este caso. Hay que separar los estados ligados a lo que se ha llamado autointoxicaciones, por insuficiencia de secreciones de ciertas glándulas, cuyo tipo es la idiotez mixoedematosa. Los casos muy marcados son fáciles de diagnosticar. El aspecto de los niños los señala por sí solo a un ojo experto; recordemos su enanismo, sus caras verrugosas y surcadas de arrugas, la hinchazón de los párpados, que les oculta los ojos, la prominencia del vientre y, desde el punto de mira mental, su apatía. Mas también se encuentran casos borrosos, en que los caracteres precedentes sólo están bosquejados; el entorpecimiento es asimismo menor. Estos últimos niños son susceptibles del mismo tratamiento que los otros; la ingestión del cuerpo tiroide de carnero basta para mejorarlos. (1)

Otros atrasos pueden provenir de alteración de la glándula pituitaria. Al médico le corresponde buscar si existe algún síntoma que pueda hacerle referir el atraso a origen de tal naturaleza y si puede preparar una substancia capaz de reemplazar la secreción ausente.

El número de casos comprendidos en terapéutica de

---

(1) El tratamiento permite el crecimiento, hace al niño más ágil y más vivo. Pero, ¿qué es, a la larga, de estos mixoedematosos así tratados? La mejoría cesa generalmente en cuanto la ingestión cesa. Y ¿hasta dónde llega tal mejoría? ¿De qué aprovecha al niño?... Laségue observaba graciosamente que la duración media de una fiebre tifoidea, 3 septenarios, representaba el tiempo máximo durante el cual podía mantenerse la atención médica sobre un enfermo. Casi está uno dispuesto a darle la razón, en vista de la pobreza de documentos con que se tropieza para estos datos esenciales.

este género, es, desgraciadamente, de lo más limitado. (1) Debemos añadir también que, entre los anormales de escuela examinados por nosotros, casi nunca hemos encontrado casos de obesidad ni de infantilismo, de los que se señalan ejemplos en verdad excepcionales. Incluso los niños de estatura reducida, fuera de este hecho, tenían todas las apariencias de su edad. En cambio, nos queda por mencionar otro influjo, el de la miseria fisiológica, para hablar con propiedad. Su parte contributiva a la producción de la debilidad intelectual está apenas esbozada. ¿Cuáles son exactamente, en la inteligencia, las consecuencias de una nutrición largo tiempo defectuosa o insuficiente? ¿Cómo aislar su acción de la de otros agentes, cual alcoholismo, que con demasiada frecuencia se encuentra con ella? La complejidad de semejantes estudios sociales explica suficientemente el hecho de que aun estén solamente bosquejados. No obstante, recordemos los resultados que hemos obtenido en un ensayo de este gé-

---

(1) Señalemos aquí incidentalmente un tipo de anormal enteramente especial y también caracterizado en su forma y en su evolución fatal: *el tipo mongol*. Cabeza pequeña y redonda, mejillas repletas y como pintadas de rojo vivo, ojos oblicuos y embridados, nariz pequeña con raíz alargada y cuya punta sobresale como una bola, piel un poco amarilla...; todo el aspecto del niño es tal, que se duda de su calidad de europeo, y más parece una muñeca china, con miembros de caucho, por ser tan grande, además, su laxitud articular. El primer año, el mongol está como entumecido y atontado, "demasiado juicioso", dicen las madres. Después, entre dos y tres años, se anima, y su cara toma entonces expresión cómica y alegre, con facultades de imitación bufa curiosamente desarrolladas y carácter general dulce. Todos se parecen y todos también "prometen mucho y logran poco" (Fennell), porque, con la edad, no superan la imbecilidad. (Según Jean Séris, *Le mongolisme infantile*, Th. de Paris, 1906, y comunicaciones diversas de Comby, etc.)

nero: los padres pobres tienen hijos atrasados en su desarrollo físico con más frecuencia que los ricos. (1) Es interesante añadir que investigaciones análogas con respecto a la inteligencia, han dado resultados en el mismo sentido.

Fuera de los casos que preceden, sólo queda una terapéutica de síntomas. El médico tiene a su disposición dos agentes principales: los bromuros y la hidroterapia. Desgraciadamente, si los bromuros ofrecen incontestable eficacia en ciertos epilépticos, no ocurre lo mismo en la simple inestabilidad, respecto de la cual se reducen apenas a útiles auxiliares. En cuanto a la hidroterapia y, señaladamente, a las duchas frías, su principal indicación está en las formas nerviosas, en que su efecto es habituar al individuo al dominio de reacciones emocionales habitualmente exageradas.

En fin, el médico podrá unir su influencia moral a la acción pedagógica y educativa de la escuela especial. Su intervención más rara y los motivos diversos de sus consejos, le darán muchas veces más autoridad que al maestro. Opinamos que su acción sugestiva deberá ejercerse con exclusión de maniobras hipnóticas.

¿Existe en el atrasado, además de su atraso, alguna enfermedad definida? — Si las lesiones que hemos resumido comprenden regiones de la corteza cerebral, regiones que contienen los músculos de un miembro,

(1) Binet y Simon, La misère psychologique et la misère sociale, *Année psychologique*, t. XII, p. 1.

se encuentra, además de un estado mental defectuoso, una paralisis con atrofia y contracción. Pero, además de estos casos muy marcados, pueden existir otras perturbaciones sensoras o motoras que, aun siendo ligeras, estorbarán la acción pedagógica.

Se sobreentiende que cuando un niño no aprovecha la enseñanza de la escuela, es de absoluta necesidad examen de la visión y de la audición. Quizás lo habrá hecho ya el maestro mismo, con arreglo a los métodos que hemos procurado poner a su alcance. (1) Pero este primer examen de simple comprobación no basta. El médico debe corregir, en la medida de lo posible, la falta de agudeza señalada. Cierto que este defecto no explica la debilidad mental del niño; pero conviene que en la escuela de anormales, la torpeza de audición por catarro del oído medio o la marcada miopia, no sean obstáculo a los esfuerzos de desarrollo que se van a intentar.

Por igual causa es preciso saber si el estado del sistema muscular permite la adquisición de los conocimientos manuales que se quieran enseñar al niño, y si no existen parálisis ni temblores, que serán obstáculo para cualquíer tentativa por este lado. ¿Estamos en presencia de accidentes transitorios, verbigracia corea, o definitivos, por ejemplo, hemiplegia infantil? ¿Cuál es la medida de los esfuerzos permiti-

(1) *Bulletin de la Société libre pour l'étude psychologique de l'enfance*, II, 1906 Examen pedagógico del estado de la visión.

dos, sin comprometer la salud del niño? Problemas son éstos que el médico debe resolver.

Así, pues, además del atraso, se ha de contar con la coexistencia de otras afecciones.

Epilepsia. — La epilepsia coexiste frecuentemente con estados inferiores de inteligencia.

Pero la epilepsia no se revela solamente por grandes ataques convulsivos con gritos, caída, pérdida de conocimiento, convulsiones, rigidez y después sacudidas de miembros, espuma en los labios, mordiscos en la lengua y emisión involuntaria de orinas. Se manifiesta asimismo por otros accidentes menos ruidosos, que se han descrito con el nombre de *mal menor*: vahidos, vértigos y aun, simplemente, perturbaciones psíquicas. En el vahido, sin que un músculo de la fisonomía se estremezca, el niño adquiere de pronto lívida palidez y pierde el conocimiento, después continúa lo que estaba haciendo, por ejemplo, andar o escribir. Nada más impresionante cuando el hecho se produce mientras habláis con el enfermito. Veis como si pasara el velo. Pero nada más fugitivo, nada que pueda pasar inadvertido con más facilidad a quien no está prevenido o acostumbrado a observar. Muchas veces lo ignoran los padres. El accidente es tan breve, de tan pocas consecuencias al parecer, que los padres no siempre piensan en hablaros de ello, aunque lo hayan observado. Sería útil que el maestro de anormales fuese

instruío en los caracteres de esta perturbación, porque debiendo pasar con los niños varias horas al día, estará en las mejores condiciones para notar vahidos, que pueden ser raros, pero cuya comprobación ofrece indicaciones precisas.

El vértigo, aun cuando más rico en síntomas, es también muy corto; a la palidez y pérdida de conocimiento precedentes se añade un poco de revolución muscular; el niño vacila, se apoya en lo que le rodea, se postra sobre el pupitre o deja escapar la pluma; a veces se producen también algunas contracciones en los músculos de la cara, la boca se tuerce a un lado por pequeñas sacudidas, o bien ejecuta algunos movimientos de masticación o de deglución. Y esto es todo; ni una convulsión en los miembros, ni pérdida de orinas; apenas una interrupción en el curso del trabajo que se ejecuta.

De que el médico descubra estos accidentes interrogando a los padres, o que el maestro, al cabo de algún tiempo, se los describa con bastantes detalles para que pueda reconocerlos con exactitud, resulta doble provecho: primero, indicación de tratamiento; después, posibilidad de previsión. En efecto, con demasiada frecuencia, estos accidentes, por poco dramáticos que sean, son reveladores de epilepsia, que conducirá al niño a decaimiento intelectual progresivo.

Pero aun hay más: algunos días o algunas horas antes que los accidentes se produzcan, o inmediata-

mente después de ellos, o, en fin, según algunos autores, de manera enteramente independiente de los accidentes precedentes, la neurosis puede desarrollar un estado especial de malestar e irritabilidad, que se manifestará por indisciplina, respuestas insolentes y violencias. No es preciso que tales reacciones provoquen represión escolar, porque son de origen mórbido.

Todos estos accidentes presentan el carácter fundamental de no dejar recuerdo alguno en el espíritu del niño. Él mismo los desconoce, o los sabe únicamente por referencias de los que le rodean. No hay necesidad de insistir ahora para poder darse cuenta con qué cuidado deben hacerse las investigaciones, sobre todo cerca de los padres.

¿Se admitirán epilépticos en las clases especiales? En principio son rechazados en las escuelas ordinarias; no obstante, se encuentra alguno en ellas. Tales son aquellos cuyos ataques son raros o bastante pobres en manifestaciones para no dar escándalo. Probablemente hay epilépticos ignorados, que tan sólo tienen accidentes por la noche o al despertar, y nunca en clase. Solamente se descartan las formas graves. Es probable que análoga situación se reproduzca en las clases de anormales, por lo menos hasta el día en que la asistencia de epilépticos esté más extendida que hoy. Será, pues, necesario reconocer estos enfermos o vigilarlos de modo particular durante ciertos trabajos manuales, y, si es posible, al mismo tiempo que se le

instruya, se tratará la neurosis por un régimen apropiado.

Histerismo. — Sin tener tanta gravedad, no es menos útil descubrirlos. Quizás hoy se discute más que nunca esta neurosis. Sin exponer aquí lo que creemos que puede entenderse bajo este término, señalaremos un carácter de los accidentes histéricos, comunmente reconocidos y de gran valor, puesto que dicta las precauciones que se han de tomar: las dos manifestaciones principales del histerismo, ataques convulsivos y relatos falsos, necesitan, para su completa expansión, presencia de público, galería; inversamente, su desaparición es segura por aislamiento o desatención aparente. El descubrimiento de tales tendencias en una mentalidad desde la entrada en la escuela, permitirá al médico prevenir al maestro e indicarle la conducta que debe observar con tales niños.

Otras tres afecciones pueden presentarse también, de las cuales debemos decir algunas palabras: raquitismo, vegetaciones adenoides y escrófula.

Raquitismo. — Lo que, ante todo, lo caracteriza son turbaciones en la osificación. Los huesos, en lugar de presentar su rigidez habitual, se encorvan, y de esto resultan muchas deformidades. Los miembros inferiores forman arco de círculo, y las rodillas no pueden tocarse cuando los talones están juntos; la caja torácica se estrangula o deviene gibosa, etc. Además, el trastorno

de la nutrición, que parece ser origen de todos estos desórdenes, según ciertos autores, repercutirá en el organismo entero y, particularmente, en el tejido nervioso. Por desgracia, como el raquitismo es enfermedad de los primeros años, nos encontramos con demasiada frecuencia ante secuelas que haya dejado, y a las cuales será preciso acomodarse.

Vegetaciones adenoides. — Todo el mundo ha oído hablar hoy de esos niños, cuya *facies* es tan característica: labios siempre abiertos, fisonomía algo adormecida, respiración penosa. Si se mira la garganta o se introduce el dedo en la boca del niño para explorar la faringe, detrás del velo del paladar se ven o se sienten amígdalas voluminosas o masas carnosas que obstruyen el orificio posterior de las fosas nasales. En estas vegetaciones se ha pretendido ver la causa de la torpeza habitual en estos niños y de su falta de adelantos. Es más justo pensar que hay coexistencia de debilidad y de vegetaciones. No obstante, la extirpación quirúrgica de tales tumores vuelve más libre la respiración, cuya molestia es obstáculo para atención sostenida, y muchas veces hace desaparecer la dureza de oído, que puede ser consecuencia de la obstrucción por ellos de la trompa de Eustaquio; la operación es, pues, susceptible de producir notable mejoría en el estado intelectual, así como en el estado general. Si la mejora es suficiente, el niño debe volver a la escuela ordinaria.

Escrófula, tuberculosis. — Un niño de aspecto linfático, cuyos tejidos están como infiltrados de serosidad y cuyos ganglios se infartan fácilmente, necesita, ante todo, campo y alimentación reconstituyente. Si se le recibe en escuela especial, convendría cuidar su estado orgánico antes de someterlo a ensayo mental particular.

Raquitismo, adenoidismo, escrófula, el médico notará de paso la existencia de estas afecciones en los niños que se le presenten. Lesiones de los pulmones, focos de tuberculosis ósea, deberán también atraer su atención. Pero, en realidad, estas enfermedades no tienen en los anormales indicación diferente de la que su presencia lleva en los niños de inteligencia media. No tienen efecto sobre la admisión o no admisión del niño en clase especial mejor que en escuela ordinaria. Solamente su gravedad es la que indica la conducta que se ha de observar.

Otro tanto podemos decir de ciertas enfermedades, como incontinencia de orina. Si para escuela de anormales se presenta un niño de once años que aun no es limpio, la marcha que debe seguirse es la siguiente: someter el niño a examen de un especialista que determine la naturalaza de esta incontinencia; si es curable, dedicarle, desde luego, el tiempo necesario o dar a la escuela instrucciones para ensayar el efecto de una presentación regular; si hay insuficiencia irremediable de esfínteres, obviar los inconvenientes por medio

de aparatos como en estas circunstancias los llevan las personas ordinarias.

He aquí, pues, cierto número de puntos esenciales, respecto de los cuales el médico es el llamado a dar su opinión. Por sus conocimientos propios, él solo es aquí apto para ilustrar a los otros miembros del jurado. Si el estado mental se presta a confusión y requiere observación suplementaria, él es quien debe indicarlo. De este modo evitará que se coloque en clase de anormales un loco o un alcohólico, donde no encontraría los cuidados necesarios. Si el estado somático, comprobado por él, complica o agrava el atraso, como puede hacerlo la existencia de vegetaciones, formulará tratamiento apropiado. Si sospecha existencia de neurosis coexistente, dará instrucciones útiles para que pueda ser reconocida y, por consiguiente, tratada. Así, pues, el médico tiene que reconocer las enfermedades físicas o mentales en que puede tocarse lo anormal. Hace este diagnóstico por dos razones: primeramente, para que no se confunda con el atraso de los estados morbosos de orden diferente; después, para atenuar y aun suprimir, si es posible, afecciones coexistentes, cuya presencia tan sólo puede tener por efecto agravar el estado de los niños y estorbar la obra de la escuela.

***

Terminaremos aquí cuanto hemos de decir de cometido del médico, ya que en este volumen tratamos, sobre todo, de reclutamiento de niños. Pero si si fuese necesario hablar de manera más completa del objeto médico, nos veríamos obligados a entrar en largos desarrollos.

Por algunos detalles ha podido verse que cuando el médico tiene por motivo de estudio un anormal, su preocupación es muy diferente de la del pedagogo. Se dedica menos a determinar con exactitud el nivel de su estado mental que a adivinar el estado de su cerebro y a elevarse hasta el agente responsable, mediante análisis de todos los síntomas comprobados e información debida. Tal es la segunda parte de la labor médica; pero, mientras la primera, que consiste en diagnóstico de las enfermedades coexistentes con el atraso, tiene conclusiones prácticas inmediatas, la segunda es estrictamente de orden científico.

Para concluir, notemos la extensión que esta última tendencia adquiere en nuestros días. Gran parte de las nociones médicas tienen más interés de documentación científica que de utilidad directa para el enfermo. Un ejemplo concreto hará comprender todo nuestro pensamiento: escalofrío grande, elevación súbita de temperatura a 39 ó 40°, amortización de un lado del pecho, presencia al mismo nivel de estertores crepitantes, expectoración herrumbrosa y viscosa, tal es el sindromo en el que un práctico reconoce, entre otras, la pneumo-

nía franca aguda; además ha aprendido la duración de ella y conoce el alivio que produce aplicar ventosás. A estas nociones se reduce lo que es indispensable saber para ejercer el oficio. El examen *post mortem* del pulmón hepatizado, su aumento de consistencia y densidad, el estudio histológico de los alvéolos y de las bronquiolas infartadas, los trabajos sobre el pneumococo, sus cultivos y su vitalidad, todo esto constituye un esfuerzo de explicación y determinismo cuyo alcance es muy diferente.

Idéntica distinción se ha de hacer en el estudio médico de los niños anormales. Y desde este punto de mira, datos que a primera ojeada parecen secundarios, se muestran en primer término. Tal ocurre, por ejemplo, con los estigmas de degeneración. Sería irrazonable atribuirles valor individual y contar con su presencia para establecer sucesión de orden mental entre los niños. Pero en el trabajo de síntesis constituyen importante elemento de apreciación, cuando su estudio lleva a considerarlos, ya como efectos, y, por consiguiente, testimonios de alteraciones del sistema nervioso, ya como consecuencias de causas bastante poderosas para modificar de tal modo este sistema.

Por otra parte, no puede negarse todo el alcance práctico a estas investigaciones de patogenia. Tolstoi se equivoca al considerarlas como pasatiempo de aficionados escrupulosos. Cuando el estudio biológico de anormales conduce al concepto de que debilidad inte-

lectual de atrasados, así como trastornos de carácter en los inestables, son productos de degeneración, como por ejemplo, del alcoholismo en un país, tal idea repercute al instante en medidas de higiene social.

Pero, a nuestro ver, esta segunda parte del trabajo no puede ejecutarse en las mismas condiciones que la primera. En vano se pretenderá que en presencia de los estudios sobre herencia y sobre estigmas, los médicos, en sus observaciones diarias, recogen materiales para una grande obra científica que se hará más tarde muy lentamente. Es indudable que todas estas reseñas se sacarán algún día de las papeleras administrativas, donde pudiera suceder que durmiesen mucho tiempo; pero, ¿qué partido se sacaría de ellas, si no es para estadísticas de dudoso valor? La verdad es que el trabajo científico no es obra automática y colectiva; hay algo personal, independiente de toda prescripción administrativa. ¿Cómo utilizar observaciones que frecuentemente no son sino un cúmulo de papelotes? Si algún dia se quiere saber cuál es el influjo de herencia, alcoholismo, locura y miseria en la producción de niños anormales, será preciso que el que quiera realizar obra verdaderamente buena prescinda de todos estos documentos equivocos y vaya derecho a los hechos, tomando datos de primera mano e impregnándolos de espíritu crítico. La ciencia no se forma de otro modo; si de otra manera se engendra, nada vale.

Asi, pues, proponemos el programa siguiente del examen médico de un niño anormal. Este examen médico, tal como lo concebimos, comprende dos partes: una, facultativa, por ofrecer tan sólo interés indirecto, y que, en cierto modo, es la parte histórica del boletín; otra, obligatoria; ninguna de las preguntas hechas en ella deben quedar sin respuesta, y el médico colocará enfrente la regla de conducta que, en su concepto, debe deducir de ella.

BOLETÍN MÉDICO

Fecha del examen. Estatura.
Nombre y fecha de nacimiento. Peso.

I. — Parte obligatoria

I. ¿Presenta el niño algún trastorno mental diferente del atraso; v. gr.: accidentes alcohólicos, etc.?

II. ¿Hay motivo para sospechar en él debilidad congenital o adquirida o mixoedema?

III. ¿Presenta trastornos:

A. Sensores: *a)* Visión.
b) Audición.

B. Motores: parálisis, temblor, etc.? Su localización.

¿Es epiléptico? ¿Cuáles son en él las manifestaciones de la neurosis: ataques, vértigos, vahidos; su frecuencia, etc.?

¿Tiene vegetaciones adenoides?

¿Es raquítico, escrofuloso, etc.?

¿Otras enfermedades?

¿Qué indicaciones deben hacerse al maestro?

II. — Parte facultativa

A. Medidas cefalométricas y éstigmas físicos de degeneración.

B. Primeros años:

Nacimiento.

Convulsiones.

Edad de la primera dentición.

— del andar.

— de los primeros hábitos de limpieza.

— del primer lenguaje.

Enfermedades de infancia.

C. Herencia.

Padre

Nombre:

Fecha de nacimiento:

Lugar de nacimiento:

Enfermedades { sífilis: / alcoholismo: / locura: / ..... / .....

MADRE: *ídem*.

Hermanos y hermanas

Número:

Edad:

Mortalidad:

Estado de salud de los supervivientes:

Etcétera.

En resumen, creemos que casi nunca el médico tendrá que negar la admisión del niño; pero más de una vez habrá de añadir indicaciones, a fin de precisar el sentido de los esfuerzos de la pedagogía; por último, hará prevalecer en el medio escolar el concepto, tan justo y tan humano a la vez, de que los síntomas de deficiencia intelectual y de inestabilidad en los niños anormales no provienen de pereza ni de maldad, sino

de estados o de reacciones que únicamente exigen medidas susceptibles de mejorarlos. Y este convencimiento de que está animado se lo comunicará, poco a poco, al maestro, acostumbrándolo a no considerar las faltas de un anormal como las de un normal responsable, a quien a veces se ve uno tentado de castigar con cólera, sino a considerarlo como enfermo, cuyos extravíos deben reprimirse con inagotable paciencia. (1).

(1) Resumiendo lo que precede, llegamos a constituir, desde luego, para cada anormal, un expediente que comprende:

1.° Datos de la escuela de origen;

2.° Examen pedagógico y psicológico de estudios;

3.° Observación médica.

Todo esto bajo sobre que contenga la enumeración de las piezas del expediente, a fin de que nada pueda extraviarse.

En el capítulo siguiente veremos eómo se completa este expediente.

Si, por razones de secreto profesional, se juzga que las notas médicas no debe conocerlas el maestro (por lo menos en su totalidad), se formará para ellos expediente especial.





CAPITULO V

RENDIMIENTO ESCOLAR Y SOCIAL DE LAS ESCUELAS Y CLASES DE ANORMALES

Una encuesta en los hospicios. — Ha dos años, uno de nosotros visitó a M. X..., alto funcionario de un ministerio, para invitarle a que se uniera a una comisión ministerial que había de visitar nuestros asilos-escuelas. El señor X... se encogió de hombros y respondió enérgicamente: «¡No, no, no!; estoy harto de esas aparatosas visitas. No iré a la Salpêtrière ni a Bicêtre; ¿qué veré allí? Un idiota, con la boca abierta, cayéndosele la saliva; otro con ataques epilépticos; un tercero que ni siquiera sabe decir *b a ba*. ¿Qué prueba esto? La única manera de saber si una escuela de anormales de hospicio es útil para algo, es averiguar en qué estado mental se encuentran los que salen de

ella. ¿Cuántos individuos anormales hay que, después de haber sido tratados en la Salpêtrière o en Bicêtre, se han vuelto capaces de ganarse la vida ejerciendo una profesión? Esto es lo que hay que saber, y eso es lo que nunca nos han dicho».

Aquel de nosotros a quien se dirigía esta mordaz declaración y tan llena de buen sentido, respondió al cabo de reflexionar un momento.

«Opino lo mismo que usted. El dato que usted desea es de capital importancia para conocer el rendimiento de una escuela. Imagino que tal dato será difícil de obtener; pero trataré de lograrlo, me ofrezco a ello.»

Unos días después, los dos autores del presente libro se ponían en campaña. Las largas conversaciones previas que tuvieron sobre este asunto los convencieron de que iban a tropezar con diversos obstáculos. Pero estaban decididos a tratarlo como se trata una cuestión de ciencia, con perseverancia y ánimo y sin prejuicio de ninguna especie.

Dividamos la cuestión para hacerla más clara. Nos proponemos conocer el rendimiento de una escuela; mas para que este conocimiento sea verdaderamente completo, es preciso estudiar el rendimiento bajo dos aspectos: uno escolar, otro social.

El *rendimiento escolar*, que también puede llamarse pedagógico, consiste en el grado de instrucción que el establecimiento logre dar a sus discípulos al cabo de

cierto tiempo y con cierto gasto. Si se trata de establecimiento para enfermos, ese rendimiento toma carácter médico de curación o mejoría en la salud. Para apreciar este rendimiento es necesario poseer varios datos: 1.º, conocer el estado de instrucción o el estado de salud de los niños a su entrada en la escuela; 2.º, conocer su estado de instrucción o de salud a la salida, es decir, estar en condiciones de apreciar, por comparación, lo que deben a la escuela; 3.º, conocer los gastos que resultan por cada alumno, así por instrucción como por médico y maestro.

El *rendimiento social* resulta de la clasificación de discípulos en sociedad, que evidentemente depende en parte, y sólo en parte, del rendimiento escolar. Podría imaginarse una escuela, y hay, en efecto, que únicamente procure hacer bachilleres, sin pensar en lo que hayan de ser en la vida, y éstos quedan fuera de su esfera. Toda clase, toda escuela de anormales debe orientarse hacia la utilización social de sus niños; no se trata de adornarles la inteligencia, sino de darles medios de ganarse el pan con su trabajo. Tal es el gran problema que permite juzgar la utilidad completa y definitiva de la enseñanza especial.

Y cuenta que no es cuestión sencilla; nada hay sencillo en el dominio de los fenómenos sociológicos, y no es posible adquirir un átomo de verdad sino por encuestas erizadas de dificultades de todas clases, investigaciones cuyas reglas no son aún conocidas; pero

que lo serán ciertamente algún día, lo que es de todo punto necesario. Aquí, para conocer el producto social de un establecimiento, escuela u hospicio, hay muchos datos que reunir y combinar. He aquí algunos: ¿Cuál es el número de los que llegan a bastarse a sí mismos? ¿Por cuánto tiempo se bastan? ¿Hasta qué punto les ayuda lo que adquirieron en la escuela? En fin, ¿qué es de los residuos?

Pero trátese del rendimiento escolar o del social, ante todo sería preciso saber lo que individuos análogos habrían sido, si no hubiesen recibido instrucción alguna, y mejor, si los hubieran instruído o tratado por métodos diferentes.

Un ejemplo mostrará, bajo forma de crítica, la importancia de estas últimas reservas. Recientemente, un alienista quiso demostrar que todos los idiotas, sin excepción, tratados en su hospicio, habían mejorado. (1) Publicó copiosas observaciones respecto de aquellos niños, verificadas durante varios años por diferentes personas: médico, interno, enfermero, maestro, etc. En tales observaciones se ve, al leerlas, que un niño que al entrar no andaba, empezó, poco a poco, a andar, creció, rompió a hablar, etc. Pero esto nada tiene de admirable, y suponemos que el médico autor de estas observaciones, a pesar de su optimismo, no tiene la presunción de añadir aumento de estatura en la cuenta

(1) *Traitement médico-pédagogique des idioties les plus graves*, por Bourneville, *Arch. de neurologie*, Abril y Mayo de 1906.

del tratamiento médico-pedagógico. En cuanto al restante desarrollo de las facultades, no se sabe nada; es posible que tal idiota, que cesó de estar paralítico o que llegó a vestirse solo, se hubiera perfeccionado tanto sin haber recibido lecciones de cosas. Para apreciar exactamente los servicios de un tratamiento médico-pedagógico hay que conocer la evolución natural de la idiotez. De no ser así, los escépticos sospecharán, con razón, que la naturaleza ha sido la que ha hecho las tres cuartas partes de labor en el tratamiento.

Después de estos preliminares, hablemos de nuestras informaciones.

En la Salpêtrière. — En este establecimiento fuimos recibidos de la manera más afectuosa. El director del hospicio nos puso en relación con una mujer muy distinguida, Mme. Mensy, que en aquella época era aún directora de la escuela de atrasados de la Salpêtrière, donde hay unas 140 niñas, y está bajo la inspección del doctor Voisin. Se halla dividida en cuatro clases, y al frente de cada clase hay una maestra. Es una escuela modesta, de la que se ha hablado poco y creemos que no muy conocida. En ella se da la primera enseñanza, y, como es natural, las maestras insisten en las lecciones de cosas y los métodos intuitivos; pero tal enseñanza no ofrece nada original; se inspira sencillamente en lo que se hace en otras partes. Hay un taller donde las enfermas hacen flores artificiales. El doctor Voisin pidió ha tiempo que se establecieran

lavaderos para los que necesitan ejercicio físico; pero no obtuvo nada.

La señora Meusy nos facilitó en cierto modo el trabajo, gracias a la inteligente organización que ella había introducido en su escuela. Mucho nos satisfizo comprobar la existencia de los expedientes que había formado para cada alumna. Todos estaban en perfecto orden y al día. Contenían todos los datos medicales (1), diagnóstico y tratamiento que la señora Meusy pudo procurarse por reiteradas instancias al médico; había también indicaciones detalladas del grado de instrucción de las niñas, su carácter, aptitudes y duración de escolaridad. Tales indicaciones se reproducían periódicamente, de manera que era fácil saber aproximadamente si la niña había adelantado o no durante su permanencia en la escuela. En fin, después de su salida se indicaba su destino ulterior. Un deber de justicia nos obliga a expresar de nuevo a la señora Meusy cuánto admiramos el cuidado, orden e inteligencia que puso en aquellos expedientes individuales. Puede citarse como ejemplo.

La señora Meusy se dignó ofrecernos todos aquellos expedientes y permitirnos extractar las indicaciones que ofrecían más interés para nuestro trabajo de inspección y estadística. Mientras anotábamos, ella iba añadiendo de viva voz muchos datos preciosos; porque

(1) Nos atrevemos a proponer el adjetivo *medical*, que, respecto del sustantivo *médico*, guarda la misma relación que *medicinal* con *medicina*. N. T.

conocia admirablemente a sus alumnas, las seguía al salir de la escuela y la visitaban algunas veces. Pero como comprendiera la importancia de la información que perseguíamos, no pudo contener un sentimiento penoso; gran número de aquellas desventuradas niñas no habían sacado beneficio de la instrucción recibida en la escuela durante largos años; la mayoría, al salir de la escuela, eran trasladadas a servicios de alienados adultos. A la señora Meusy le dolía la comprobación oficial de aquella impotencia. Y no obstante, ni ella ni las profesoras, tan celosas, podían ser responsables; porque, si los éxitos pedagógicos eran tan escasos, debíase a que la administración le enviaba deliberadamente, desde algún tiempo, anormales epilépticos, reservando a la Fundación Vallée el privilegio de los anormales sin epilepsia. Pues bien; todo el mundo sabe que cuando la epilepsia se manifiesta por crisis repetidas, produce decaimiento intelectual, contra el cual no puede luchar el mejor educador.

Los datos que recogimos relativos al funcionamiento de la escuela de la Salpêtrière se refieren a 117 niñas salidas de la escuela en el espacio de cuatro años. He aquí, pues, cómo se distribuyen esas niñas, clasificadas con arreglo al género de salida.

1.° Grupo de niñas *mejoradas*. Unas fueron devueltas a sus familias, en cuyo seno viven más o menos ocupadas, respecto de las cuales asegura la directora que habían mejorado en su estado mental; éstas son

en número de 8. Otras se pusieron en condiciones de ejercer una profesión, ora en el asilo, de enfermeras, ora fuera del asilo, como costureras, planchadoras, lavanderas, criadas, etc.; éstas son 12 (ninguna se ocupa en la fabricación de flores, de lo que hay un taller en la escuela). Así, pues, el número total de mejoradas es 20.

2.º Grupo de *dudosas*, niñas que fueron devueltas a sus familias; pero faltan datos precisos respecto de su estado mental y de su género de ocupación fuera del asilo. También son 20.

3.º Grupo de *decadentes*. Son las que han sido objeto de *traslado* y se encuentran en servicios de alienadas o de impedidas. Están destinadas a pasar toda su existencia en el hospital. Su número es muy grande: 60.

4.º El grupo de las fallecidas durante los estudios comprende 17.

De todos estos cálculos resulta una cifra, que conviene retener, y una advertencia.

La cifra es que la escuela de atrasados de la Salpêtrière entregaba a la vida activa el 12 por 100 de sus alumnas.

La advertencia, que en la mayor parte de los casos se habrían podido saber de antemano los motivos por los cuales la educación era pérdida inútil de esfuerzo, porque ninguna de las discípulas que lograron adquirir una profesión se hallaba en los grados más bajos de

deficiencia intelectual: imbecilidad o idiotez; además, ninguna presentaba epilepsia asociada a la debilidad mental. En otros términos, los dos grados más inferiores de atraso mental no dejan esperanza de que el niño se haga capaz de ejercer una profesión; y aun el grado menor de atraso, es decir, la debilidad, está cerrada igualmente a todo porvenir cuando tal debilidad se complica con crisis epilépticas.

Antes de sacar conclusiones prácticas (cuya importancia se adivina) de esta primera información, queremos examinar en globo el problema. Cuando hayamos sintetizado todos nuestros resultados, deduciremos.

Después de la Salpêtrière, he aquí Bicêtre.

En Bicêtre. — El lector se equivocaría si imaginara que con estas visitas a los hospicios olvidamos los anormales de escuela; estamos en la entraña del asunto. Sean los anormales de hospicio o de escuela, allí hay detalles de organización iguales para todos, y sobre todo, hay faltas análogas que debe tratarse de evitar.

El asilo-escuela de Bicêtre, cuya creación, en 1892, se debe al Consejo general del Sena, y la organización al doctor Bourneville, goza de reputación verdaderamente mundial; el doctor Bourneville ha tenido empeño en demostrar, por todos los medios posibles, que los idiotas pueden ser mejorados si se les aplica un tratamiento metódico y progresivo. Gracias a su iniciativa, se conoce hoy en todas partes el *tratamiento médico-peda-*

gógico de la idiotez, tratamiento que con mucha frecuencia ha sido alabado por los médicos; su servicio se ha puesto constantemente por modelo, y ha sido también imitado en Francia y, sobre todo, en el extranjero; los asilos de Saint-Yon (Sena Inferior), la Roche-sur-Yon (Vendée), Clermont (Oise), Sainte-Gemme (Maine-et-Loire), y Auxerre (Yonne), se han inspirado en el ejemplo de Bicêtre y le han tomado sus métodos. El Estado hospitaliza 440 muchachos en el asilo-escuela de Bicêtre, y 230 niñas en la Fundación Vallée.

No tenemos ánimo de describir largamente aquí la organización de estos establecimientos. Todos cuantos tuvieron curiosidad por conocerlos asistieron a las visitas de los sábados, por la mañana, en la que el doctor Bourneville hacía recorrer todas las partes de su servicio. (1) Recordaremos únicamente que en el asilo-escuela de Bicêtre, los niños están repartidos en tres grupos:

1.° Los *inválidos,* niños idiotas, impedidos, epilépticos, dementes; en este grupo hay seres reconocidos incurables; otros, auque idiotas completos, son ligeramente mejorables. Se les fortalecen las piernas con el *columpio-trampolín,* se les enseña a tenerse de pie con las *barras paralelas* y se les hace andar con el *carrito.*

2.° Los *válidos* de la *escuela menor* son todos niños que andan solos; éstos se someten al *tratamiento*

---

(1) El doctor Thulié ha publicado una Memoria muy completa, pero muy optimista, del servicio de Bicêtre: *Le Dressage des jeunes dégéneres,* Paris, 1900.

de la parálisis; se les mantiene en butacas de impedidos, y después se regularizan sus funciones colocándolos, a horas fijas, en sillicos, luego vienen los *ejercicios* fortificantes (gimnasia muy sencilla), *lecciones de aseo* para que aprendan a lavarse; *lecciones de mesa* para enseñarles a comer solos, con cuchara, tenedor y aun cuchillo; la *educación de los sentidos* y, por último, la *educación de la palabra.*

3.º El tercer grupo comprende los niños de la *escuela mayor;* éstos son menos atrasados que los precedentes; son limpios y válidos; pero, en cambio, se encuentran entre ellos gran número de anormales (niños inestables y perversos) que no carecen de inteligencia. La escuela mayor se compone de cuatro clases, cada una dirigida por un profesor. La enseñanza, sobre todo en la última clase, es bastante adelantada, y muchos alumnos poseen certificado de estudios.

Por razones que no mencionaremos, no fuimos al hospicio de Bicêtre como lo hicimos al de la Salpêtrière. Además, no era necesaria la visita. El médico director de la escuela de anormales de Bicêtre publica regularmente todos los años, desde ha mucho tiempo, un volumen de varios cientos de páginas que contiene los más diversos datos estadísticos de todo cuanto sucede en su servicio. Hemos estudiado solamente los volúmenes correspondientes a cuatro años; 1899, 1901, 1902 y 1903.

Confesamos, además, que conocemos un poco la es-

cuela de Bicêtre, no solamente por haber asistido varias veces a la visita del sábado, sino por haber hecho en ella algunas investigaciones de cefalometría; en fin, tuvimos el placer de seguir en su inspección a dos inspectores, miembros de la comisión ministerial, que habían tenido la idea de averiguar cómo cumplían sus funciones los maestros de la escuela grande.

Recuérdese que hemos distinguido el rendimiento escolar y el rendimiento social. Esta distinción no es conocida de todo el mundo, y muchos espíritus excelentes tan sólo tienen en cuenta el rendimiento social. Son aquellos que, para juzgar la escuela de Bicêtre, no quieren saber más que una cosa: cuántos enfermos son entregados útiles a la sociedad. Este punto de mira es en extremo interesante; pero no puede suponerse único. Sería injusto reducirse solamente a él. Para demostrar esta injusticia, imaginemos un establecimiento que únicamente recibe idiotas. ¿Se le juzgará preguntándole cuántos enfermos ha puesto en condiciones de ganarse la vida? No. Es posible prestar servicios efectivos a los enfermos sin elevarlos a ese nivel. La curación de la parálisis, por ejemplo, no es cosa de despreciar; no solamente produce economía de ropa blanca y de lavado, sino que hace al enfermo menos asqueroso, menos difícil de vigilar; hay mejoras materiales y morales que, aun para quienes no saben sino contar, no son despreciables, porque todo ello, al fin y al cabo, redunda en economías pecuniarias. Pero, sentado este

principio, sería preciso saber cuáles son el valor, la duración y frecuencia de estas mejoras de enfermos, sería conveniente saber lo que cuestan, comparar los gastos con los resultados y conocer a dónde se va. Esta especie de contabilidad, no tan sólo médica, sino financiera, no se encuentra en parte alguna en las publicaciones de Bicêtre, y no puede sustituirse por observaciones aisladas de tratamiento y mejora de niños idiotas. Aquí se presenta, pues, la primera laguna. Señalaremos también, con sentimiento, la falta de inspección sobre los maestros de las escuelas, entregados a sí mismos, sin más dirección que la del médico; pero el médico no siempre es pedagogo, y, además, es de lamentar que no reconozca su incompetencia en pedagogía, sino al contrario, que su espíritu, frecuentemente sombrío, le lleve a no tolerar otra colaboración y otra intervención en sus funciones. Dicho esto, nos vamos a limitar al rendimiento social de la escuela de Bicêtre, puesto que también se ha presumido que existía tal rendimiento.

Quisimos determinar cuál era el número de muchachachos y muchachas que, una vez devueltos a la vida ordinaria, habían devenido capaces de ejercer una profesión y de atender a sus necesidades; pero, respecto de este punto, las publicaciones de Bicêtre no dicen nada, absolutamente nada. Es, pues, imposible saber para qué sirven todos esos servicios tan ricamente dotados, donde el visitante recorre edificios, que son pa-

lacios, es saludado por una charanga, asiste a proyecciones y admira museos de historia natural que darían envidia a muchos establecimientos de enseñanza pública. Las publicaciones no escatiman datos relativos al número de lecciones de baile, paseos por el jardín de Aclimatación, gastos de colada, etc.; pero se ignora para qué sirve todo eso, cuál es el beneficio práctico y tangible que de ello saca la sociedad.

No obstante, todo el mundo sabe que el director de la escuela de anormales de Bicêtre es un filántropo ilustre, dedicado con celo y actividad admirables a proveer de profesiones sencillas a aquellos antiguos discípulos suyos capaces de ejecutarlas. Ha sido uno de los primeros en comprender que el problema de educación de anormales nunca se resolverá, mientras no se haya resuelto el de utilización de esos niños en sociedad.

Sabemos también, aunque indirectamente, que ha dado muchos pasos cerca de los patronos para decidirlos a aceptar anormales como obreros. Pero es probable que tales proposiciones no siempre hayan tenido el éxito merecido, porque los patronos, amenazados por la nueva ley de accidentes del trabajo, vacilan en contratar obreros que, por tener ataques de epilepsia o por inhabilidad motora, les hagan asumir pesadísima responsabilidad. Por otra parte, la enseñanza de la escuela ha dado buenos resultados, puesto que, como hemos dicho, se ha llegado a que varios discípulos

consigan certificado de estudios. (1) Pero las publicaciones anuales que hemos consultado no hablan ni de certificados de estudio ni de oficios ejercidos por los anormales al salir de la escuela. Tal silencio es muy significativo, y sin querer se interpreta mal. Se propende irresistiblemente a suponer, no que todo el esfuerzo de Bicêtre ha sido vano, sino desproporcionado con relación al resultado obtenido. Admitamos que se hayan mejorado idiotas; pero ¡cuánta importancia pierde tal mejoría, si la mayor parte de esos idiotas están destinados a pasar la vida entera en el asilo, donde serán alimentados en entera ociosidad, y, por consiguiente, la administración no sacará provecho alguno de lo que se les enseñó a costa de tan grandes esfuerzos!

No obstante, tratemos de interpretar el silencio de los textos. En cuatro años salieron 290 muchachos de

(1) Ha dos años, en 1905, el inspector primario, señor Lacabe, llamó a uno de nosotros a formar parte de una comisión de examen residente en Villejuif y que examinaba candidatos al certificado de estudios, entre los cuales había varios alumnos de ambos sexos de la escuela de Bicêtre. Todos fueron aprobados y merecieron serlo. Eran de diez y ocho a veinte años. Recordamos un candidato, alto y robusto mozo, que escribió una redacción francesa muy bien acabada y respondió perfectamente a las preguntas. Este no era atrasado; nos dijo el inspector que padecía accesos de cólera violentísimos. Otro parecía francamente débil. Mereció también ser aprobado porque su memoria le permitió acumular multitud de conocimientos; pero le faltaba juicio, y un examinador, que trató de darse cuenta de su inteligencia, le preguntó en qué paran los perezosos, y el muchacho respondió con tal convicción, que nos hizo reir: «¡Los perezosos acaban por ser ladrones y asesinos!» Con un número pequeño de hechos sería difícil fijar las razones aproximadas de los éxitos del certificado de estudios que obtiene la escuela de Bicêtre; probablemente, para dar a los hechos su valor, es necesario tener en cuenta varias circunstancias: la edad avanzada de los candidatos, tan avanzada, que no es de admirar que un débil sufra examen de normal; después, cierta indulgencia del jurado, y, sobre todo, la circunstancia de que los discípulos más brillantes no son atrasados, sino inestables, a los que se ha llamado *anormales;* nada más fácil de comprender, puesto que tales inestables de ninguna manera están desprovistos de inteligencia.

la escuela de Bicêtre. El estudio de la escuela de la Salpêtrière nos hizo establecer tres categorías de niñas: *mejoradas, estacionarias o dudosas* y *degeneradas o decadentes.* Hemos compulsado cuanto concierne a los cuadros de Bicêtre y no hemos hallado un solo *decaído,* aunque el tercio del contingente total fuese epiléptico. Cosa asombrosa para quien sabe que la epilepsia de crisis repetidas produce inexorablemente decadencia mental. Es un enigma que nos explicamos de la siguiente manera: a los verdaderos decaídos se les ha aplicado el calificativo de *estacionarios* por optimismo médico o pedagógico. Si nuestra interpretación es justa, recae forzosamente sobre la expresión *mejorado,* que se repite con bastante frecuencia en los diagnósticos de salida. Así, pues, estamos obligados a reducir nuestro trabajo a interpretar la expresión *individuo mejorado.*

¿Qué se ha de entender por *individuo mejorado,* cuando esta expresión figura en las publicaciones emanadas de Bicêtre? Pronto substraeremos de ellas cierto número de individuos que han sido objeto de transferencia. Sabido es lo que significa la palabra traslado para los niños de que se trata. Es una palabra lúgubre, equivalente a condena perpetua. Un muchacho transferido es un individuo que, terminado su tiempo de escuela, se le destina al servicio de alienados, con todas las probabilidades de terminar allí su inútil existencia. Si se eliminan los transferidos y entre los mejo-

rados se guardan solamente los que con esta calificación han sido devueltos a sus familias, se llega a la relación de 58 por 290, o sea, el 20 por 100 de muchachos.

Tal relación nos parece demasiado grande, por causa del optimismo comprobado, y cuya prueba está en aquellos documentos. Es de notar que, a veces, un niño recibe la calificación *muy mejorado* o *notablemente mejorado*. Si, por prudencia, solamente quisiéramos retener como objeto de mejora real estos casos típicos, no existirían más que 18, esto es, 7 por 100.

Esta nueva proporción, tan exigua en valor absoluto, nos parece aún exagerada, porque no se llega a ella sino teniendo en cuenta cierto número de niños atacados de epilepsia. Según esto, hay que creer que su epilepsia ha mejorado; pero esta mejora o curación de la epilepsia no es cosa de la pedagogía, no puede considerarse como éxito que pueda anotarse en el activo del tratamiento médico-pedagógico. Eliminemos los epilépticos curados, lo que representa once que hay que restar del cálculo. Quedan, pues, 7 que han sido objeto de mejoría notable y devueltos a sus familias. ¿Qué percentaje da esto?

El contingente total, sobre el que hemos hecho nuestro cálculo, era de 290, de los cuales justo es que suprimamos los epilépticos por las razones acabadas de exponer. Este contingente baja a 216, y el número de niños en realidad mejorados, calculando sobre

216, es solamente de 3 a 4 por 100 para los muchachos.

Análogos cálculos, en cuyo detalle no entraremos, nos han demostrado que las mejorías en las niñas son más elevadas, 20 por 100 aproximadamente. Pero Vallée tiene, relativamente, muchos menos epilépticos que Bicêtre. También ignoramos cuántos se han puesto en condiciones de ejercer una profesión. (1)

Terminamos, pues, con las conclusiones siguientes:

1.ª En la escuela de la Salpêtrière mejora el 20 por 100 de niñas anormales, y de este número, 12 por 100 ejercen un oficio.

2.ª En la Fundación Vallée mejora también el 20 por 100 de niñas anormales; pero no hay datos relativos a la clasificación profesional.

3.ª En el servicio de Bicêtre, el número de muchachos anormales mejorados es de 3 a 4 por 100; se

(1) Después de escribir el informe, del que hemos tomado las conclusiones precedentes, el doctor Bourneville, médico de Bicêtre, ha dirigido al ministro del Interior una Memoria en la que le da enumeración de los niños que, al salir de la escuela de Bicêtre, han sido capaces de ejercer una profesión. El número total es 42 en 24 años. No conocemos personalmente el Informe del señor Bourneville; tan sólo conocemos estas cifras, y nos es imposible interpretarlas. Si el número anual de salidas es, por término medio, 70 para muchachos, en Bicêtre, y 30 para niñas, en la Fundación Vallée, como resulta de los volúmenes que hemos examinado, se tendría que el número de niños provistos de profesión sería solamente 2 por 100. No se nos dice qué gasto total representa esto por cabeza, y, sobre todo, como insinúa un compañero del doctor Bourneville, cuál es el número de esos *rescapes* que han conseguido conservar sus oficios. Según las cuentas de Bicêtre, cada niño cuesta, por término medio, 800 francos al año, o sea, para los 600 niños de Bicêtre y de la Fundación Vallée, un gasto de 430,000 francos anuales, cifra probablemente inferior a la verdadera, porque no se tienen en cuenta los gastos de construcción de edificios. Pero sea como fuere, gastar cerca de medio millón para producir como efecto útil dos niños capaces de ejercer un oficio, parece verdaderamente un poco desproporcionado, a menos que la mejoría de los inutilizables haya sido bastante grande para justificar semejante dispendio.

ignora cuántos anormales ejercen profesión al salir del hospicio.

***

Algunas conclusiones. — Raro es que al terminar una información no se experimente desengaño. Se empieza con hermosas aspiraciones, se quiere aclarar todo; pero pronto hay que rebajar. La verdad huye de nosotros; unas veces nos la ocultan los hechos, otras, los hombres, cuando tienen interés en ocultarla. Pero la decepción que nos ha producido nuestra encuesta supera la previsión de los más escépticos. Por una parte, si la escuela de atrasados de la Salpêtrière nos ha permitido recoger datos precisos y de cierto valor, sólo debemos esta buena suerte a la inteligente iniciativa de una mujer, la directora de la escuela, que, fuera de toda intervención médica ni de otra clase, tuvo la idea de formar expedientes muy completos, lo que nos permitió conocer el rendimiento económico de su escuela. La administración no tiene mérito alguno en ello. El hospicio de Bicêtre lo hemos estudiado solamente en sus publicaciones anuales y nos ha costado gran trabajo obtener una suma infinitamente pequeña de datos en extremo precarios.

¡Qué lección debemos sacar de tales ejemplos para la futura organización de nuestras escuelas de anorma-

les! (1) Esperábamos que el estudio de los hospicios sería como un experimento, enteramente concluído, que nos instruiría respecto de las medidas que habría que tomar para establecer en buenas condiciones las escuelas de anormales. Pero ha resultado lo contrario. El ejemplo de los hospicios nos demuestra, sobre todo, una cosa: las faltas que se han de evitar.

Todo espíritu imparcial debe estar con nosotros, cuando emitimos la opinión de que, en lo sucesivo, el funcionamiento de las escuelas y hospicios sea ilustrado con datos abundantes y precisos. Sería necesario tomar en breve plazo las medidas siguientes:

1.ª Que la definición de los grados de inferioridad intelectual no varíe de un médico a otro, que no haya desacuerdos sistemáticos y que se sepa lo que quieren decir las palabras idiota, imbécil y débil. (2) Una definición puramente convencional, pero precisa, valdría infinitamente más que la nada actual; y recordamos el convenio que hemos propuesto antes.

2.ª Que a la entrada y a la salida de los asilos-escuelas se fijen con exactitud el estado mental y el grado de instrucción de los alumnos, a fin de que el cotejo de estas dos clases de documentos indique, mejor que una apreciación arbitraria, hasta donde se ha

---

(1) Esta observación viene como de molde a nuestra patria actualmente, Septiembre de 1916. *N. T.*

(2) Esto mismo hay que pedir a la Real Academia de la lengua para entendernos. *N. T.*

modificado el discípulo durante número conocido de años. (1).

3.ª Que al salir los niños del asilo-escuela, bien entren en la vida ordinaria, bien los trasladen a asilos de alienados, se los siga de cerca, y los datos relativos a su estado se centralicen en la oficina de la escuela, a fin de que los maestros puedan juzgar del destino ulterior, post-escolar, de los niños a quienes han rodeado de tantas solicitudes durante un tiempo que con frecuencia llega a doce y aun a quince años.

Gracias a esta organización de los datos (1), se sabrá, por fin, de manera exacta o, por lo menos, aproximada, qué servicios presta el asilo-escuela; se compararán estos servicios con lo que cuestan y se verá si los rendimientos son suficientes para justificar los gastos o, si, al contrario, el dinero no ha sido despilfarrado locamente, como tenemos razones para temerlo.

(1) Un médico, muy aficionado al periodismo, se ha burlado con donosura, en estos últimos tiempos, de nuestra preocupación de medir hasta el milímetro el nivel mental de los anormales; sería más provechoso, dice, procurar curarlos. Creemos que no sólo pueden ponerse enfrente estas dos preocupaciones, sino que la curación del anormal no puede realizarse seriamente si no se mide, y, por lo tanto, si no se comprueba; quienes rechazan la inspección se colocan en muy mal terreno, porque parece que se oponen a toda reglamentación que tenga por objeto suprimir el charlatanismo. Los enemigos de la inspección, los que la encuentran larga, enojosa e inútil, son aquellos a quienes gusta la ficción.

(2) Parecerá que se contradice lo que pedimos aquí y lo que decíamos antes ¡nada de ciencia administrativa! Pero los campos son muy diferentes; aquí reclamamos la comprobación de los resultados conforme se van produciendo, y esto es necesario, porque sería imposible volver a encontrar tales resultados si no se anotan; se perderían irremediablemente. En cambio, los antecedentes hereditarios o personales de un individuo no son objeto de anotación diaria; son investigaciones que se llevan al fondo del pasado de un individuo, verdaderas reconstituciones siempre delicadas; su interpretación depende de la orientación tomada por cada médico investigador, y su valor científico está medido por la conciencia con que se hagan.

Se verá también sobre qué niños debe dirigirse el esfuerzo pedagógico para obtener rendimiento máximo. Será posible investigar, por ejemplo, si es útil prolongar, durante cinco, ocho o más años, las lecciones de lectura a un niño que al cabo de dos años no llega aún a deletrear. Se examinará muy seriamente también si el niño que, por desgracia, presenta crisis muy repetidas de epilepsia, que ningún tratamiento consigue cortar, y por lo mismo condenado a bajar progresiva y fatalmente los grados de decadencia intelectual, está en su lugar en una clase, o si los maestros no obrarían mejor dejando a este niño tranquilo que enseñándole laboriosamente reglas de cálculo y de gramática que, seguramente, serán olvidadas poco después, con la ruina final que nublará aquella inteligencia.

Un día, recorriendo un asilo-escuela, nos causó penosa impresión el espectáculo que nos dió una pobre epiléptica. Era una niña de unos quince años; llevaba el delantal de escolar, y alrededor de la cabeza, la chichonera de mimbres, que se les hace llevar a los epilépticos para librar la cabeza del peligro de las caídas. Era la hora de clase. La enfermita, pálida y delgada, estaba sentada tranquilamente en su sitio escuchando la lección de la maestra. Aquel día explicaba la regla de la concordancia del participio. ¿Entendía la niña? Creemos que sí, porque pertenecía a una clase de las más elevadas, la segunda clase, si nos es fiel la memoria. De todos modos, se le veía hacer grandes esfuerzos de

atención para seguir las explicaciones gramaticales, y en su frente se notaba una arruga al través. De pronto lanzó un ligero suspiro, se hundió en el banco y cayó. La vigilante la tomó en brazos y la llevó a un rincón de la clase. La lección continuó en medio de la mayor indiferencia; estaban tan habituadas las niñas a tales accidentes, que ya no hacían caso de ellos. Ora una, ora otra, tiene su ataque de epilepsia. Al cabo de algunos minutos, la niña volvió en sí. Parecía aturdida, embrutecida. La vigilante le habló con suave indiferencia: «Ea, ya estás mejor; no es nada; ya ha pasado». La niña no respondió y se dejó conducir dócilmente a su banco. Volvió a tomar su primera postura; parecía escuchar vagamente, y la lección de gramática continuó cayendo sobre su cara adelgazada y sus estiradas facciones. Las personas, visitantes y profesores, que presenciaron la escena, encontrándola muy natural, no comprendían, seguramente, su doloroso sentido. Algún tiempo después, curiosos por saber lo que había sido de aquella pobre niña y qué hacía, preguntamos por ella. Nos contestaron: «Es niña que ha perdido mucho. Antes era muy lista; ahora va declinando cada día un poco. Llegará momento en que no sepa ni leer. ¡Tal sucede casi siempre con nuestros epilépticos!»

Este triste recuerdo que acabamos de evocar, lo damos como admirable ilustración de nuestros cálculos de estadística respecto al destino ulterior de los niños de

hospicio. Recordamos ahora que habíamos llegado a la importante conclusión de que los epilépticos débiles, imbéciles o idiotas, jamás se han hecho capaces de ejercer una profesión. Conclusión algo vaga, que sería interesante precisarla más. Nuestra epiléptica, que desciende gradualmente, es un ejemplo de ello. Alcanza ya el límite de su evolución; tiene quince años y empieza a decaer. Se prevé el momento en que ya no sabrá leer. ¿Es, pues, útil fatigar a esa desdichada para que comprenda una regla de gramática.

***

Llegamos ahora a nuestros anormales de escuela. Adivínase ya cuáles van a ser nuestras conclusiones. Pedimos expresamente que pueda establecerse con rigorismo su rendimiento, y que los profesores se sujeten a fijar con exactitud el estado mental y el grado de instrucción de los alumnos, primero a su entrada y después a la salida. De este modo se obrará como todo buen comerciante, que considera como una de sus primeras obligaciones darse cuenta de lo que hace; su sistema de contabilidad da a sus negocios la claridad indispensable para no perder dinero. Sabe a qué precio compra y a qué precio y en qué condiciones vende, y, por consiguiente, si sus provechos son suficientes para animarlo a continuar el comercio de tales o cuales artículos.

De igual modo, en una escuela de anormales bien organizada, es necesario tener detalles precisos del estado de los alumnos a la entrada y a la salida, para poder apreciar los servicios prestados por esa escuela, para que pueda saberse si los métodos de enseñanza que en ella se emplean son buenos, malos o medianos, si son mejores que los de otra escuela, en que se procede de distinta manera, y así sucesivamente. Esta comprobación es asimismo necesaria para saber si tal categoría de niños da mejores resultados que otra, si ciertos grados de atraso tan sólo son mejorables en proporciones ínfimas; todo lo que no pueda saberse de antemano, que se resuelve a la ligera mediante miras *a priori*, y que sería preciso determinarlo de manera verdaderamente científica en interés de las escuelas, de los alumnos y aun del contribuyente, que paga los gastos. En fin, no hay que contentarse con apreciar *in abstracto* la bondad de métodos y adelantos de los discípulos, sino recordar que el objeto de las escuelas es clasificar anormales en la sociedad y adaptarlos a las necesidades de ella. La escuela no tiene por objeto formar individuos brillantes, estrellas de concurso, sino individuos capaces de atenderse a sí mismos, de ganarse la vida. Tal debe ser la preocupación constante de los educadores. No han de encerrarse entre las cuatro paredes de su escuela, diciendo: «La vida exterior no nos importa». Su imperioso deber es considerar la vida escolar como preparación para la

vida del mundo; así, pues, deben estar atentos a las necesidades del medio que inmediatamente rodea a la escuela, saber cuáles profesiones prosperan, cuáles requieren obreros, darse cuenta de cuáles son las profesiones accesibles a los anormales y orientar su enseñanza con arreglo a ello. El servicio doméstico de provincias, por ejemplo, al que se deja tan poca iniciativa, parece ser excelente refugio para las muchachas débiles que tienen buenos instintos. Los trabajos agrícolas son también adecuada ocupación para los muchachos, porque en el campo la vida es menos complicada y la adaptación a ella más fácil que en las ciudades. Para saber si el educador ha sabido mantener contacto con la vida real, si su escuela de anormales está bien dirigida, no hay más que un medio seguro y práctico, aunque no fácil: averiguar qué es de los anormales al salir de la escula y cuál es el percentaje de los salidos que ha logrado colocarse con salario conveniente.

Estas preocupaciones comprobatorias son tan lógicas, que basta exponerlas para obtener en el acto el asentimiento de las personas sensatas. Únicamente podría preguntarse, en efecto, si en las escuelas organizadas por el Estado los inspectores se preocupan lo bastante de este aspecto práctico de la enseñanza y no cometen a veces el error de juzgar a ésta en sí misma conforme a un ideal convencional de literatura o de ciencia. No hablemos de las escuelas públicas, colegios y liceos, porque éstos son establecimientos frecuentados

por niños normales y, en rigor, puede admitirse que el Estado no tenga que prepararlos para la vida social. En el fondo no es esta nuestra opinión; pero no importa. Lo cierto es que el deber del Estado se hace más preciso y apremiante cuando se trata de asegurar la suerte de anormales. ¿Se ha tenido siempre presente en el espíritu que la educación de éstos debe encaminarlos hacia una profesión y que no debe enseñárseles nada inútil ni hacerles perder tiempo? Queremos creerlo. Suponemos que las escuelas de ciegos se preocupan de saber si el *braille* (1) que se enseña a sus alumnos, es un método de lectura y escritura que les sirve en la vida; si las artes manuales, como poner asientos de anea a las sillas, fabricar cepillos y limpiabarros, son los mejores medios que pueden enseñarse a quienes no son músicos para que puedan ganarse el pan. Suponemos igualmente que las escuelas de sordo-mudos, donde enseñan el método oral a sus aiumnos con tantos esfuerzos, gasto y abnegación como pueda imaginarse, han averiguado cuál es el tanto por ciento de discípulos que llegan a comunicar verbalmente con personas que no sean sus profesores, y también cuál es el tanto por ciento de alumnos que diez años después de haber sido devueltos a la vida real se sirven de este método fuera de la escuela y le

(1) Nombre que se da a la cartilla de caracteres en relieve para enseñar a leer a los ciegos, tomado del nombre de Luis Braille, profesor ciego que ideó el procedimiento. *N. T.*

deben ventajas. Todas estas cuestiones han debido ser resueltas por espíritus concienzudos, a fin de saber si el método es útil y si la escuela está bien dispuesta. Lo mismo debiera hacerse en lo tocante a las escuelas de anormales.

Hay que rendir justicia al proyecto de ley referente a los anormales porque no ha descuidado estas preocupaciones de inspección. La comisión ministerial, de la que formaba parte uno de nosotros, oyó reclamar repetidamente garantías de esta especie; se despertó su desconfianza y propuso cierto número de medidas que han pasado al proyecto de ley.

Según ello, se ha confiado a un inspector de primera enseñanza el cometido de enterarse de los adelantos escolares de cada niño. Se ha prescrito que cada individuo tenga su libreta escolar. Se ha propuesto una especie de tutela post-escolar ejercida por una junta de patronato.

Todo esto es excelente. La ley no puede entrar en más detalles. A los reglamentos de administración debe reservárseles la tarea de intervenir, para adoptar garantías contra las dos causas de error que deben evitarse: prejuicio y negligencia.

Tratemos, desde nuestro punto de mira, la cuestión de rendimiento y separemos claramente el escolar y el social.

Rendimiento escolar de las clases y escuelas de anormales. — Desde luego, para apreciar las ventajas de la enseñanza especial, es necesario saber qué es de los anormales cuando los dejan en escuelas ordinarias. Es evidente que la enseñanza especial sería condenada, y habría que suprimirla, si no hiciese más que la escuela ordinaria. Ya hemos visto que en ésta, el atrasado es un peso muerto, y el inestable, una molestia. Sin embargo, no hay que apresurarse a deducir que estos niños no se modifiquen bajo algún aspecto por el influjo de la escuela ni dejen de aprovechar la enseñanza de alguna manera. Ya hemos señalado ciertos hechos muy notables: una niña anormal aprendió a leer, gracias a la continua ayuda de una compañera suya, que era normal. Esto demuestra, por lo menos, que el trato frecuente con normales puede ser útil en algo. Pero dejemos los hechos anecdóticos y procuremos llegar a ver las cosas en conjunto.

En las escuelas primarias de París, gracias al concurso desinteresado de M. Belot, hemos podido recoger datos preciosísimos, pero muy limitados; tales datos los hemos examinado de todas las maneras posibles y siempre hemos llegado a la misma conclusión: *el anormal adelanta lentamente en la escuela ordinaria.*

Consideremos, por ejemplo, en globo los 45 atrasados de escuela, cuyos boletines poseemos, y veamos en cuánto están atrasados en las diferentes edades. Llegamos al cuadro siguiente:

Edad	Retraso	
—	—	
7 años	2 años	Unos 2 años
8 —	2 —	
9 —	1 1/2	
10 —	3 —	Unos 3 años
11 —	3 1/2	
12 —	3 —	
13 —	3 1/2	Unos 5 años
14 —	6 —	
15 —	5 —	

De modo que el atraso aumenta con los años; es de dos al principio, luego de tres, después, de cinco, Pero este aumento de atraso, primer hecho que llama la atención, no debe inducirnos a desconocer que se produce adelanto real en el estado mental y en los estudios. En efecto, observemos que aunque un niño anormal, al pasar de ocho a once años, tenga aumento de atraso con relación a sus compañeros, no ha dejado de adelantar dos años con respecto a sí mismo. Es como una diligencia, que va cada vez más despacio, pero que, no obstante, avanza. Digamos, pues, con más precisión: puesto que los atrasados alcanzan el curso medio como nivel superior, y esto en la relación de 2 es a 3 (1), puede deducirse que andan en total, poco

(1) En efecto, en el capítulo II hemos visto que mientras el 75 por 100 de los atrasados están en el eurso elemental, 25 se encuentra en el curso medio; prueba de que la

más o menos, la mitad del camino recorrido por los normales. Claro es que esto es cierto a medias solamente, y habría que hacer muchos distingos en los detalles. Pero la indicación que resulta de estos documentos no es menos instructiva, por cuanto nos demuestra que todo ocurre poco más o menos como si la mayoría, los dos tercios, por lo menos, de los atrasados, repitiesen regularmente cada curso o invirtiesen dos años en recorrer el camino que el normal recorre en uno. Importa recordar esto, puesto que los maestros no dan a tales hechos su verdadero valor. Tienen inclinación a comparar la marcha lenta del anormal con la acelerada del normal y a deducir de esta comparación que el anormal queda estacionado (1). Y esto es ilusión, comparable a la que se experimenta cuando por la ventanilla de un tren en marcha se mira a otro tren que lleva la misma dirección, pero con menos velocidad, y se cree que este segundo tren no anda. Conservemos, pues, provisionalmente, como idea directiva, esta noción importante: *solamente la mitad de los atrasados, colocados en escuela ordinaria, llegan pcnosamente al curso medio del primer año, recorriendo las etapas en doble tiempo que el normal.* A esto podría llamarse velocidad media, tomando por unidad la velocidad normal. No es dudoso que se encontrarían varios

cuarta parte del contingente pasa el curso secundario, pues si todos lo pasasen, se deberían encontrar los atrasados en número sensiblemente igual en ambos cursos.

(1) El maestro medianamente experto no incurre en tal error. *N. T.*

de velocidad menor, igual a 1/3 o a 1/4; pero, en cambio, los maestros indican a veces un atrasado que mejora notablemente, como si su inteligencia despertara de largo sueño. Hay casos, aunque son raros, y muchas veces sospechosos, puesto que puede suponerse que es por error de diagnóstico, en que un niño, que ha mejorado mucho, había sido juzgado torpe.

Respecto de los inestables (1), los resultados en escuela ordinaria son mucho mayores. Reciente investigación nos ha demostrado que en el espacio de dos años, la mitad de los niños señalados como inestables son reconocidos por los maestros como mejorados. Esta cifra es muy elocuente.

De donde, generalizando, deduciremos como esencial para escuelas y clases especiales que lleven más de la mitad de sus alumnos atrasados al nivel del curso medio y mejoren más de la mitad de sus inestables, si quieren hacer servicios superiores a los de escuelas ordinarias.

Tal es el fin. ¿Como saber si se ha conseguido o no? Mediante la comprobación más escrupulosa, por medio de libretas individuales bien llevadas, y en las cuales solamente deben consignarse hechos comprobables.

Recordamos haber hojeado, hará unos diez años. las libretas escolares de jóvenes débiles en un asilo-escue-

---

(1) Quizá pudieran llamarse *revoltosos* o díscolos en castellano. *N. T.*

la reputado de tener organización perfecta; reputación indudablemente merecida, porque cuanto se mostraba al público en las visitas era perfecto. Pero había que distinguir entre lo que se veía y lo que no se veía. Las libretas escolares se llevaban con sorprendente negligencia; de aspecto sucio, manchadas, en desorden, descosidas. Al lerlas, tan sólo se encontraban apreciaciones vagas, hechas en lenguaje de enfermero, respecto de niños, de los cuales se repetía hasta la saciedad que «podrian adelantar si trabajasen mejor». Sin contar con los diagnósticos contradictorios, como el que sorprendimos en un certificado de salida: «*parálisis completa; muy mejorado*», o este diagnóstico excesivamente optimista y cándido en verdad, si el que lo dictó no tuvo el mal gusto de la ironía: «*niña viciosa; será excelente camarera*». Si pueden redactarse tales expedientes, de seguro se debe a que quienes los redactan están convencidos de que nadie los ha de leer.

Pedimos, pues, que las anotaciones que indiquen los adelantos escolares de los alumnos estén constantemente escritas bajo amenaza de comprobación, para que estén garantidas contra la negligencia y el optimismo interesado. Todo este sistema de inspección es muy sencillo y se resume en tres puntos:

1.° La evaluación de adelantos de alumnos debe hacerse por los profesores que conozcan bien cada niño y puedan percatarse de sus cambios. El profesor siempre tendrá presente que sus notas han de

ser juzgadas por el inspector. Si se trata de instrucción escolar, las notas se referirán a lectura, escritura, cálculo y ortografía, con arreglo a los métodos que hemos indicado, evitando las notas ordinarias de *bien, bastante bien, pasadero,* que llevan las tarjetas de correspondencia, en uso en las escuelas, y que no significan absolutamente nada. En lo que concierne al trabajo manual, la notación, casi igual.

2.° El inspector examinará cierto número de casos tomados al azar, y realizará su inspección con plena libertad de espíritu, sin prejuicio alguno.

3.° Se servirá de procedimientos de inspección que tengan carácter estrictamente impersonal.

Rendimiento social. — Nos asombra que en el extranjero, como hemos comprobado, se hayan publicado tan pocos datos respecto al rendimiento social de las escuelas, a pesar de que funcionan desde luengo tiempo; varias tienen cerca de cuarenta años de existencia. Las estadísticas son escasas, desprovistas de comentarios, y algunas parecen tendenciosas. Para saber lo que vale todo esto, sería preciso vivir en el país y seguir por sí mismo el funcionamiento de las escuelas. Los documentos oficiales no enseñan gran cosa, y puede suponerse que todo servicio público, no vigilado de la manera más inteligente ni aguijoneado por la competencia, cae en la rutina y el empirismo. Reclamamos trabajo referente a estos dos puntos: ¿Cuántos anormales dominan una profesión al salir de las escuelas especia-

les? ¿Cuántos anormales, provistos de profesión, quedan en las escuelas especiales?

De seguro que este trabajo no se ha hecho nunca seriamente. He aquí algunas cifras de estadística. La señora Fuster, a consecuencia de su estancia en Alemania, donde visitó algunas *Hilpschule* y *Hilfsclasse* (así se llaman las escuelas y clases de anormales, literalmente clases y escuelas de ayuda, de perfeccionamiento), envió a la Sociedad del Niño una comunicación, de la cual resulta que en las 90 escuelas de atrasados que hay en Berlín, 70 a 75 por 100 de los niños anormales admitidos en ellas llegan a ejercer oficio; 25 a 30 por 100 mueren durante los estudios o son devueltos a sus famitias, o enviados a establecimientos médicos para idiotas.

Conforme a una investigación más reciente, hecha bajo los auspicios del señor Gizycki, en Berlín, y publicada en el libro de Paul Dubois (1), el 22 por 100 de niños son devueltos a la familia o enviados a los asilos; 11 por 100 devienen aprendices; el resto, 62 por 100 se dedica a ocupaciones que no exigen conocimientos y que producen poco (buhoneros, barrenderos, demandaderos, traperos). Juntemos estos dos últimos grupos y tendremos una relación de 73 por 100 de

---

(1) *Op. cit.*, p. 72 y siguientes, M. Marillier, en un articulo del *Volume* (1.° septiembre 1906), asegura que el número de anormales capacitados para ganarse la vida, en Alemania, es de 83 por 100, y añade que, según los últimos datos, esta cifra es inferior a las que se obtienen actualmente. Pero esta afirmación optimisla no va acompañada de detalle alguno demostrativo.

anormales que han llegado a ser más o menos utilizables.

Citaremos, por último, un documento, al cual atribuímos más interés que a los precedentes, porque tenemos plena confianza en el que lo ha recogido directamente. El doctor Decroly se dignó hacer para nosotros, a petición nuestra, una estadística relativa a la clasificación profesional de las muchachas salidas de una clase especial de Bruselas. Nos hizo notar que la clase se abrió en 1903, que la enseñanza en Bélgica no es obligatoria y que muchos alumnos dejan la clase demasiado pronto; todas estas circunstancias explican la pobreza de resultados. Cree firmemente en la influencia educadora de la enseñanza especial, a condición de no pedir milagros, cosa propia de todo buen espíritu crítico. Y ya que no podemos publicar el cuadro entero, lo resumiremos de este modo: de 3 idiotas no se sabe casi nada; de 8 imbéciles se sabe que una está desocupada en su casa, otra, desocupada (?), y otra lleva calzado a domicilio. Por otra parte, no puede esperarse buen rendimiento de imbéciles e idiotas, y el mérito de la estadística del doctor Decroly está en haber separado claramente aquellas niñas de las débiles. Hablemos más extensamente de estas últimas. Son en número de 30. De 9 no se tiene noticia alguna; 2 entraron en una escuela católica, y no nos dicen más; prescindamos de estas 11; nos quedan, pues, 19. Hay unas «retenidas en sus casas», o bien «ocupadas en sus ca-

sas»; éstas son 5. Ignoramos fijamente su suerte. Hay otras que «trabajan»; pero no se sabe si es fuera ni si tal trabajo merece consideración. Estas son 4. Quedan las aprendizas (sastras, cigarreras, costureras, etc.), de las que hay 9. Esta cifra es, quizás, la única que debiera considerarse. En definitiva, de 19 muchachas débiles, de las cuales tienen datos, la mitad, o sea, 50 por 100, han entrado en aprendizaje, o poco más de la mitad, esto es, 75 por 100, si en el grupo se incluyen las débiles que «trabajan». No nos alejamos sensiblemente de las cifras citadas por la señora Fuster, relativas a las clases especiales de Berlín, ni de las publicadas por Gizycki (1).

No se piensa lo bastante en la escuela ordinaria ni en los auxilios que presta a los anormales, o mejor, se afirma demasiado que no les presta servicio alguno. Cuantos anormales salen de ellas, no se portan mal.

Algunos publicistas, para llamar la atención de los poderes públicos, han clamado que los anormales, abandonados a sí mismos, caen fatalmente en la men-

---

(1) El doctor Demoor, en un interesante folleto, titulado *Les enfauts ânormaux et la criminologie* (Bruselas, 1899, extracto de la *Revue de l'Université de Bruxelles,* IV, 1898-1899, abril), cita brevemente una estadística procedente del Asilo Real de Lancáster, escuela para idiotas. Según esa estadística, 10 por 100 de los enfermos pudieron volver a sus casas capacitados para ganarse la vida; 3,5 por 100 pudieron atender a su subsistencia en empleos especiales que se les procuraron; 22 por 100 fueron devueltos a sus familias muy mejorados; 22 por 100 quedaron regularmente; 29 por 100 fueron trasladados a asilos o a casas de trabajo para idiotas; 2,3 por 100 murieron. El doctor Demoor añade la nota, a nuestro parecer muy justificada, de que estas escuelas son muy importantes, puesto que a ellas deben atribuirse las mejorías y verdaderas curas obtenidas en aquellos enfermos.

dicidad y en el crimen. Pero, ¿qué saben ellos? Absolutamente nada, puesto que no se ha hecho ninguna información seria. Nosotros mismos nos dejamos sugestionar durante algún tiempo por tales afirmaciones, hasta el día en que uno de aquellos publicistas se excedió. Aludimos a un alienista que, en un periódico de la mañana, publicó una serie de artículos sobre anormales; después de apreciar en 40,000 el número de éstos, les llamó *locos de mañana,* título en verdad bonito para un artículo emocionante. Pero a poco que se reflexione es fácil percatarse de que en todo ello no hay nada probado. Quienes creen que los anormales están destinados a ser locos fantasean tanto como quienes pretenden que los anormales devienen delincuentes. La verdad es que se ignora todo ello en absoluto, porque siempre se ha temido emprender una investigación que promete ser tan larga como penosa (1). Y, digámoslo francamente, es una vergüenza que ningún estado la haya prescrito.

Por mediación del inspector señor Belot preguntamos a veinte directores de escuela qué había sido de

---

(1) Las relaciones entre el atraso mental y la criminalidad han sido tratadas únicamente en el opúsculo del doctor Demoor, ya citado por nosotros, y que tiene por título *Les enfants anormaux et la criminologie*. En tal opúsculo hay dos observaciones interesantes: una (p. 12) relativa a un niño de diez años que roba; otra (p. 12) referente a otro niño de ocho años que también roba; pero los informes dados sobre estos niños son extremadamente escasos y ni siquiera se dice que sean anormales. El autor publica también (p, 13) un resumen, según W. D. Morrison, de la dramática historia de Roberto Combes, que mató a su madre; pero nos dicen que este niño de trece años, probablemente atacado de epilepsia larvada, fuê buen discipulo en la escuela, aunque raro y caprichoso. Y esto es todo, poco más o menos. No hay estadistica seria, ni siquiera ali-

los anormales cuya presencia nos señalaron dos años antes. Hicimos preguntas solamente respecto de 66 niños; pobre estadística en verdad; no la daríamos si, después de todo, no valiese algo, por poco que sea, más que nada.

Estos 66 niños se descomponen así: 35 atrasados, 26 inestables y 3 atrasados e inestables a la vez. El atraso es bastante claro en los inestables; oscila entre uno y dos años; es marcadísimo en los atrasados (sólo uno está atrasado dos años; los otros, tres, cuatro, seis y aun siete). Damos estos detalles para que no se crea que aquellos son débiles, retrasados apenas uno o dos años; es preciso conocer tales circunstancias para formarse idea exacta del valor de una estadística.

Los informes relativos al destino ulterior de esos 66 niños, se descomponen de esta manera:

1.° *Faltan noticias de 14 niños.* — Se fueron del barrio sin dejar señas, y aun algunos abandonaron la escuela después de injuriar los padres a los directores, etc.

---

ciente de tal trabajo. Las mismas observaciones son poco demostrativas, y aunque o fueran más, aun se preguntaría si el tanto por ciento de niños criminales es mayor entre normales. En una palabra: la conclusión que se impone y que no nos cansaremos de repetir, es que no sabemos absolutamente nada; y se necesita estar desprovisto de todo espíritu crítico para dar la razón al doctor Restin cuando dice: «no hay campo de economía política que no pueda ser cultivado con más ventajas para la disminución del crimen, pauperismo y locura, que el de niños idiotas, atrasados o atacados de imbecilidad moral», como tampoco puede aprobarse al doctor Kusella el haber escrito: «lo que la sociedad economiza en primera enseñanza de esos niños abandonados, se gasta después, en cantidad diez veces mayor, en policía, justicia y prisiones.»

2.º *Niños que permanecieron en la escuela.* — Son 22; ya hemos hablado de este grupo, diciendo que algunos mejoraron.

3.º *Niños devueltos a las familias o colocados en asilos.* — Hay 3 que fueron colocados en asilos. Conocimos a uno, imbécil, pero no tenía malos instintos, y ¿quién sabe si no hubiera podido ser utilizado? De los devueltos a sus familias hay noticias tan vagas, que la interpretación de su suerte es arbitraria. Unos parece que prestan servicios; algunas muchachas ayudan en el gobierno de la casa; ciertos muchachos se asocian a la profesión de sus padres; pero se les considera inestables o necesitados de continua vigilancia; hemos creído oportuno colocarlos en esta categoría, que en nuestro concepto representa residuos sociales. Estos son 10. Repetimos que los límites de este grupo son en extremo indecisos. Con un poco de buena voluntad se harían pasar las tres cuartas al grupo siguiente; con un poco de severidad, al contrario, se aumentan. Insistimos sobre la dificultad de una delimitación imparcial de fronteras. Sería necesario servirse de un criterio bueno o malo, pero preciso; es indudable que se encontrará; mas por ahora no hay ninguno.

4.º *Niños utilizados.* — Son los puestos en condiciones para ejercer alguna profesión. Desde luego, es evidente que aquí debería tenerse en cuenta la profesión ejercida; muchas son miseria disfrazada. También habría que dejar transcurrir algún tiempo, porque no es regu-

lar que un muchacho encuentre colocación definitiva al salir de la escuela. En efecto, respecto de este último prupo nos dan este único dato: los niños han entrado en aprendizaje. Las niñas entran de aprendizas en talleres de costura o de planchadoras; los muchachos son aprendices de peluqueros, hojalateros, doradores, impresores, carpinteros, engastadores, etc. Estos niños son 17. Tales resultados nos impresionaron favorablemente. No suponíamos que la mayoría de los anormales de escuela ordinaria entrase en aprendizaje. Y realmente es la mayoría. Haciendo abstracción de los primeros grupos, de aquellos otros cuyos datos faltaban y de los que aun no habían dejado la escuela, quedan 27 niños, de los cuales 17 pasaron a ser aprendices, es decir, el 76 por 100.

De estos datos resulta una conclusión que se impone: contra la opinión que hoy se trata de difundir entre el público, la escuela ordinaria presta realmente algunos servicios al niño anormal; a propósito del rendimiento escolar, hemos visto que la escuela ordinaria lleva parte de los anormales hasta la primera mitad del curso medio. Todos estos hechos se confirman mutuamente.

¿Puede adelantarse más? Acabamos de ver que la escuela ordinaria permite la clasificación de 76 por 100 de los anormales. Pues bien; esta proporción, por coincidencia inesperada, es idéntica a la obtenida en las clases de Berlín y Bruselas, de donde, un adversario de

la enseñanza especial, se apresuraría a deducir que esta enseñanza es inútil o, por lo menos, no puede demostrar su utilidad sino bajo condición de asegurar clasificación profesional superior al 76 por 100. Después de maduras reflexiones no pensamos que tal clasificación esté asegurada. Todo lo que nuestra estadística demuestra es que la mayoría de anormales que pasan por escuela ordinaria no pierden enteramente el tiempo en ella, puesto que llegan a entrar en aprendizaje. Pero no solamente ha de tenerse en cuenta la *cantidad* de individuos clasificados, sino que sería preciso poder evaluar la *duración* de tal clasificación, y, sobre todo, su *calidad*. Un anormal ha entrado en aprendizaje; no está mal; pero, ¿cuánto tiempo permanecerá en él? ¿Lo despedirán como incapaz al cabo de algunos meses? Y si lo conservan, ¿lo mantendrán en empleos ínfimos, como peón de albañil o mozo de carga? En todos los oficios hay empleos ínfimos en los que se eternizan los débiles. La estadística que hemos examinado no tiene en cuenta estas diferencias, que son de grandísimo interés; por esa razón solamente puede dar incompleta idea del aprovechamiento de anormales, y sería preciso que el método estadístico se perfeccionara mucho para que permitiese medir los servicios prestados por la enseñanza especial. Es probable que la escuela especial haga más que la ordinaria porque posee más ventajas: maestros más ejercitados en la educación de anormales, enseñanza más adecuada a las aptitudes

de éstos y, sobre todo, la posibilidad de aproximarse a la enseñanza individual.

Y terminamos aquí. Por ahora es cuanto podemos decir de organización e inspección de enseñanza especial. Ir más lejos sería formar juicios *a priori*. Tiene la palabra la experiencia. Las clases nuevamente formadas en Burdeos, París y otras partes, van a ser muy vigiladas. Se tanteará, se harán ensayos y, seguramente, se cometerán errores, lo que no es gran perjuicio si se tiene buen sentido para reconocerlos y valor para enmendarlos. Lo esencial es que todo el mundo comprenda que el empirismo ha caducado, y que los métodos de precisión científica deben introducirse en todas las obras de educación, a fin de llevar a todas partes buen sentido y luz.



BINET Y SI

NIÑO